

SI NO TE GUSTA
TU VIDA,
¡CÁMBIALA!

El desafío diario de hacer
realidad tus sueños



Prólogo de
**DANI
ROVIRA**

JESÚS CALLEJA

 Planeta

Si no te gusta tu vida. ¡cambiala!

Jesus Calleja

Índice

Portada

Cita

Las tres fuerzas, por Dani Rovira

Antes de partir

1. Sueños de infancia

2. En la pista de despegue

3. Si no tienes un plan, estás muerto

4. Principios, finales y reencarnaciones

5. Un hijo de Nepal

6. Llamando a la puerta del cielo

7. El reto del Everest

8. Desafío extremo

9. La ascensión del Kilimanjaro

10. El lugar más frío del mundo

11. Hacia el Polo Norte

12. Misión Aconcagua

13. Terror en la sima

14. La aventura del presidente

15. Autorretrato

¡Buen viaje!

Agradecimientos

Fotografías

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos

Clubs de lectura con autores

Concursos y promociones

Áreas temáticas

Presentaciones de libros

Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Lo consiguieron porque no sabían que era imposible.

Jean Cocteau

Las tres fuerzas

Existen frases en nuestro castellano que están tan manidas y sobadas que terminan por perder su sentido. Entre ellas, quizás más que ninguna, «Solo se vive una vez». Pero es que, mientras no venga alguien del más allá o un reencarnado a desmentirlo, la frasecita está llena de razón.

«Solo se vive una vez» y, a veces, se nos olvida. Lo obvio es tan obvio que, en ocasiones, lo obviamos. Y esa frase es como una lección de la vida. Pero no existen profesores que te enseñen esto. O al menos eso pensaba yo... hasta que conocí a Jesús Calleja.

A lo largo de mi vida he conocido gente maravillosa que, con su ejemplo, sus acciones y sus pensamientos, me ha ayudado a entender en qué consiste esto de vivir. Sin querer aleccionar, sin pretender, sin ser más que nadie. Pero quizás conocer a Jesús ha sido una de las experiencias más reveladoras de mi vida. Observarlo, escucharlo, entender el motor que mueve su vida. Un motor que resulta ser de un número infinito de caballos.

Jesús se autodenomina aventurero, aunque muchos lo catalogan de «flipao», «loco», «colgao», «un tío que arriesga su vida a cada momento». Y yo era uno de esos catalogadores. Pero he conseguido entender que, si hay alguien que ama la vida más que nadie, ese es él. Una persona que se pone como meta conocer el mundo entero a través de la aventura no es alguien con desapego a la vida. No he conocido a nadie más enamorado del hecho de estar vivo que él.

Vivir con la máxima intensidad posible minimizando el riesgo. No es mala fórmula, ¿no crees?

El libro que tienes entre las manos es el más personal de Jesús Calleja. No se centra tanto en contar sus múltiples aventuras —que, créeme, tendría para cientos de tomos—, sino en cómo ha llegado a ser el hombre que es. De cómo un «tirillas» nacido en León, apasionado de la montaña, aunque ganándose la vida con unas tijeras de peluquero en la mano, ha llegado a ser uno de los hombres más queridos y conocidos de España por su manera de ver el mundo.

Alguien que ha subido prácticamente solo al Everest no es una persona que se rinda con facilidad. Por eso estamos ante un ser humano con lo que yo llamo «las tres fuerzas»:

- *La fuerza física.* La de los músculos, las manos y los pies duros; la que surge del entrenamiento diario, de las horas de escalada, de las carreras.

- *La fuerza mental.* La que te empuja a subir un metro más cuando el cuerpo no te responde; la que engaña a los músculos, a la memoria e incluso a los sentidos para convencerlos de que sí se puede un poco más.

- *La fuerza del corazón.* La que no se entiende, esa que la tienes o no la tienes; la fuerza que surge de la fe en conseguirlo. Quizás sea la fuerza más salvaje, la fuerza que te hace estar en contacto con la naturaleza, los dioses y lo más antiguo de esta Tierra. Y perdona que roce las cotas del misticismo con este tema, pero el aludido lo merece.

He tenido la suerte de vivir doce días con Jesús Calleja y su equipo y en ellos he aprendido a escalar paredes que ni me imaginaba. He corrido a temperaturas, humedades y

desniveles enfermizos. He remado en piragua entre los manglares. He luchado con un profesional de boxeo tailandés... Y todo esto no lo hubiera hecho si este personaje no hubiera creído en mí.

No soy yo persona de rendirme, pero me cuesta afrontar cosas que creo que no voy a superar. Y Jesús me cambió el chip: ¡sí se puede!

Se puede escalar un poco más alto, correr unos minutos más; se puede estar de buen humor ante la adversidad; se puede superar una enfermedad, encontrar el trabajo de tu vida, conquistar a la chica a la que amas; se puede ser feliz: cada uno con sus cartas puede hacer la jugada de su vida.

He aprendido con él que las toallas son para secarse el sudor, pero nunca para tirarlas.

He disfrutado tanto escuchando sus vivencias que me pareció el auténtico protagonista de una de mis películas preferidas, *Big fish*. Jesús es el mejor contador de historias que he escuchado jamás, no por lo bien que las cuenta ni por lo divertidas que son, sino porque ha sido el protagonista de cada una de ellas.

Gracias por esta gran lección, Jesús. Gracias por animarnos a ser los protagonistas de nuestras propias aventuras. Gracias por haber hecho de ese «tirillas» de León la persona que de niños todos queríamos ser.

Lector: disfruta la aventura de este libro y, cuando la acabes, ¡empieza la tuya!

DANI ROVIRA

Antes de partir

No hay nada imposible. Cuando tenemos un sueño, lograrlo depende de nosotros mismos, de la capacidad de lucha que tengamos para alcanzar nuestros objetivos. Eso es así en cualquier faceta de la vida de cualquier persona.

Yo voy siempre de aquí para allá, poniéndome a prueba en aventuras emocionantes, descubriendo otras culturas en viajes exóticos, conociendo a gente que me alucina. Me dedico a la actividad que más me gusta, la montaña, pero en las expediciones descubro otros muchos deportes que me interesan y me exigen aprender.

Mucha gente me dice que envidia la vida que tengo. Me ven como alguien que puede vivir todo el año de lo que más le gusta. Y es verdad que he encontrado un equilibrio perfecto para llevar a cabo la vida que me apasiona.

Tal vez mi caso llame más la atención, pero estoy seguro de que muchas personas viven de lo que les apasiona, aunque no sean actividades tan llamativas.

¿Cómo lo he logrado yo? Seguramente gracias a una mezcla de decisiones personales, pero también de acontecimientos ajenos a mí que explico en este libro. Han intervenido las coincidencias, mi forma de afrontar las cosas, la gente maravillosa que me he ido encontrando...

Tengo la convicción de que si tomas la vida como una aventura, independientemente de lo que hagas, acaban sucediendo grandes cosas. Con ilusión, humildad, esfuerzo, compañerismo y humor cualquier plan puede llevarse a buen puerto.

Yo diría que lo que más me ha ayudado en mi carrera como explorador es ser perseverante, hasta pesado. Todo un «cazorro» de León. Soy tan insistente que cuesta que me digan que no. Cuando detecto lo que quiero, voy a por ello como una tromba, muy rápido, ¡a veces demasiado!

Procuro seguir mi intuición, y valoro por encima de todo vivir con libertad. Esa es una de las cosas que quiero compartir en este viaje contigo: no deberíamos renunciar jamás a nuestros sueños. Hay que luchar por ellos. La determinación te lleva a insistir, a intentarlo una y otra vez, a no abandonar tu proyecto ni rendirte jamás.

La montaña y la escalada te enseñan a tener confianza en ti, y aprendes rápido a confiar en tus decisiones, a escoger a compañeros buenos y fiables. Esta escuela te da poderosas herramientas en la vida diaria.

A lo largo de las aventuras que vamos a compartir, veremos cómo estas enseñanzas pueden aplicarse a la vida cotidiana, al día a día de cualquier persona que quiera seguir su pasión o que, si no le gusta su vida, esté dispuesto a cambiarla.

CREO EN EL CAMBIO. Y pienso que somos demasiado temerosos a la hora de cambiar.

Yo he reinventado mi vida innumerables veces. Me quedan algunas vidas por delante, supongo, que aún no vislumbro bien, pero no me asustan. Las nuevas situaciones, las personas que llegan a nuestra vida, siempre nos enriquecen y nos aportan nuevos argumentos para las risas y el humor, un motor imprescindible en la vida.

En este libro cuento cómo ha transcurrido mi existencia hasta llegar al punto de cumplir mis sueños y vivir la vida que me apasiona. Lo he hecho buscando anécdotas que puedan ser extrapolables a tu vida, por si encuentras pistas útiles que te ayuden.

Como siempre, lo que más deseo es entretenerte para que pases un buen rato. ¡No hay tiempo en nuestra corta vida para las chapas y los tostones!
Empieza el viaje.

Sueños de infancia

Todo lo que una persona pueda imaginar, otras lo harán realidad.

JULIO VERNE

Cuando pienso en mi infancia, recuerdo a mis padres trabajando de sol a sol. Era otra España, la de hace medio siglo. Tenían una peluquería en León y, para poder sacar adelante a la familia, debían abrir los sábados e incluso los domingos en los que había boda. En especial mi madre iba como loca entre el trabajo y sus hijos. Éramos tres hermanos, no daba abasto.

En aquella época no existía la preocupación que hoy en día tienen los padres con los niños. Su meta era simplemente sacar adelante a la familia. Mis padres ni siquiera tenían tiempo de preocuparse por lo que seríamos de mayores. Hacían lo imposible para que estudiáramos, pero tampoco podían controlar si realmente lo hacíamos o no. Teníamos pocos apoyos, en la familia y en la escuela.

Yo comprendí rápido que mi vida la iba a decidir yo, no otros. Y tenerlo claro me ha ayudado a perseguir mis sueños de forma implacable. Hasta que se demuestre lo contrario, solo tenemos una vida, así que no puedes desaprovecharla.

Vivíamos en una época en la que cada uno tenía que decidir lo que quería hacer con su vida, decidir su destino, a una edad relativamente temprana.

Dicho esto, yo tiré por la borda todas las oportunidades que me ofrecieron mis padres de niño.

En la nave espacial

Cuando yo era niño, mis padres y sus tres hijos vivíamos en un ático de dos habitaciones en León y pasábamos muchas estrecheces económicas. Teníamos una peluquería, pero no era nada glamurosa. Era un negocio muy poco rentable y las jornadas eran muy exigentes: se trabajaban muchas horas y mal pagadas.

Se llamaba Alta Peluquería de Señoras Julián, que era el nombre de mi padre. Él fue uno de los primeros peluqueros de señoras, y atrajo a las damas más distinguidas de la ciudad, pero justamente esas señoras eran las más caprichosas y exigentes.

Entonces yo veía una serie en televisión que se llamaba «Espacio 1999», una aventura de ciencia ficción con naves y trajes espaciales, y la hice tan mía que llegué a vivir dentro de ella. Para mí esa era la gran realidad, y no me importaba nada lo que ocurriera en el exterior. Yo me encontraba en otro planeta.

Todo a mi alrededor eran artilugios del espacio: lo movía todo haciendo chasquidos. Ya no hablaba sino con los ruidos propios de los robots. Entraba en la peluquería de mis padres abriendo la puerta muy despacio, como si fuera la escotilla de una nave, *shhhhhhh...*, *brraaaaam*, ¡*chas!* Me ponía en la cabeza el secador de los rulos de las señoras, que era mi casco de extraterrestre, y me quedaba ahí dentro, hablando como una máquina.

Esa etapa duró bastante. Mi madre estaba asustadísima y me llevó al psicólogo para que le explicara qué le pasaba a su hijo.

La realidad era que yo me lo montaba de cine. Los ruidos de la peluquería eran zumbidos propios de la gran nave, y mi bicicleta era otra nave más pequeña. Vivía inmerso en mi mundo, plenamente feliz.

Es esencial cultivar la fantasía a cualquier edad. De pequeños, nos sirve para descubrir nuestras propias visiones sobre el mundo, pero la imaginación también hay que nutrirla en la edad adulta. Va a ser una herramienta vital cuando nos sintamos bloqueados o agotados y necesitemos empezar de nuevo.

Cuando llegaba el fin de semana, íbamos al molino de Fresno de la Vega, donde había nacido mi madre. Era una casa apartada a un kilómetro y medio del pueblo, con una presa de agua que molía la cebada y el trigo para los agricultores.

El molino era mi supernave espacial que iba al planeta más lejano. Para mí suponía un mundo de aventuras diarias. Mi madre pensaba que había que hacer algo conmigo, pero yo creo que mi mente se ejercitó para que fabular fuera mi modo de vida.

El gen explorador

Desde muy joven fui consciente de lo que quería ser y de cuáles eran mis sueños: quería viajar y tener aventuras.

Íbamos con la familia al río porque mi padre tenía una auténtica fiebre por la pesca. Una vez allí, yo lo que hacía era inventarme una aventura, porque no quería pescar. Subía las montañas cercanas, me hacía una cabaña con palos, o bien me metía en el río y me imaginaba que estaba en otro planeta...

Desde niño me perseguía un doble objetivo: viajar y explorar. Había que viajar para explorar, no para conocer lugares: esa era una gran diferencia. El turista se limita a coleccionar puntos en el mapa, a tomar fotografías para poder decir: «He estado aquí». El explorador, en cambio, busca comprender profundamente otras culturas, y en su exploración se mejora a sí mismo.

Yo sabía que de mayor iba a explorar; sabía que viviría aventuras, que iba a escalar montañas.

Mis sueños siempre consistían en estar haciendo algo excitante: estar colgado de un árbol, estar escalando o estar viajando.

Probablemente, hoy el psicólogo me hubiera definido como un niño hiperactivo, y tal vez me hubieran apoyado más en el colegio, con profesores pendientes de mí. Pero aquella era otra época, más todavía en León, y tuve profesores que me marcaron para siempre, no precisamente por su apoyo o sus enseñanzas.

La paliza del submarino

A veces no nos damos cuenta del calado que tienen algunas cosas que nos suceden de niños. Que alguien te pegue de pequeño jamás se te olvida. De mi etapa escolar recuerdo que éramos muchos los que íbamos al colegio con miedo. Además, niños y niñas estábamos separados por vallas. Nos veíamos, pero no podíamos tocarnos.

Para ir a clase tenía que caminar cada día dos kilómetros y pico de ida, y otros dos y pico de vuelta. Mis hermanos y yo cruzábamos lo que se llamaban las Eras de Renueva. Ahora está todo construido, pero entonces era solo una gran explanada.

Don Empidio y don Macario fueron dos profesores que recuerdo especialmente. El primero te decía que le trajeras la vara con la que te iba a sacudir. Las varas eran ramas secas de los árboles del patio; él tenía treinta o cuarenta distintas, y te hacía decidir con cuál querías que te diera. Había que poner los dedos en punta... y zumba que te daban.

Para don Empidio yo era un caso perdido; nunca comprendió que a los chavales hay que entenderlos. Solía decirme: «¡Inútil de la vida, nunca llegarás a nada, acabarás llevando el carro de la compra de Benavides!». Se trataba de un supermercado muy concurrido en León.

Don Macario también daba bofetones. Si te portabas muy mal te decía que te habías ganado un *submarino*, que consistía en levantarte por las orejas gritando: «¡Periscopio!»; luego decía: «¡A la izquierda!», y te retorció en el aire, y entonces exclamaba: «¡Torpedo número uno, torpedo número dos!»; y te soltaba y te daba un sopapo, mientras añadía: «¡Nos han dado por un lateral!». Y ya te había dado una paliza ahí delante de todos.

Maldita la gracia.

Yo me tragué varios submarinos de esos porque era rebelde, porque no me sabía la lección o porque don Macario me pillaba haciendo cualquier cosa.

Entiendo que esa época, aquella España, era así: en el colegio te zurraban y punto. Pero nunca aprobaré esos métodos, los censuro.

Hay una palabra que odio en cualquier faceta de la vida: prohibición. Soy bastante anárquico y respeto la libertad, la libertad de hacer lo que nos dé la gana. Es un principio de vida que te puede traer muchos problemas pero que te llevará hasta donde hayas soñado.

La luz de los exploradores

De pequeño, yo no paraba quieto ni un minuto. Era un trasto que volvía locos a los mayores, y tenía la cabeza llena de sueños y fantasías. Mi padre me hablaba siempre de las aventuras de los grandes exploradores. Los que más le gustaban eran los de los siglos XIX y XX. Y entre ellos, Edmund Hillary y su *sherpa* Tenzing Norgay.

Me fascinaba saber que el Sagarmatha —que para los nepalíes se traduce como «diosa madre de las nieves»— recibiría su nombre occidental por John Everest, un geómetra inglés que consiguió calcular la altura de la montaña a partir de sus observaciones

desde la India. En aquella época estaba prohibido para cualquier extranjero entrar en Nepal.

Desde el descubrimiento del Everest hasta la primera expedición pasaron más de sesenta años durante los cuales ningún occidental pudo verlo a menos de cien kilómetros.

Tras varios intentos fallidos —y algunas muertes—, en 1953 el gobierno de Nepal dio un único permiso para escalar por la vertiente sur. El neozelandés Edmund Hillary y el *sherpa* Tenzing Norgay fueron los primeros en coronar la cima más deseada. El 29 de mayo a las 11.30 de la mañana lograron al fin la gesta y pasaron quince minutos en la cima. Allí se hicieron fotos, comieron pasteles y colocaron banderas. El *sherpa* enterró unos pocos víveres para honrar a los dioses que habitan en el techo del mundo.

Como mi padre me leyó esta historia tantas veces, un día le prometí que escalaría el Everest para él.

Esa idea arraigó tanto en mí, que la convertí en mi aspiración vital.

Intrépido desde la cuna

«Mi hijo siempre estaba inventando cosas. Recuerdo que un día llegué a casa y estaba haciendo circular por el pasillo una caja metálica de galletas. Había quitado las ruedas de un tractor de juguete y, con el motor de un scalextric y unas pilas, la había montado de tal forma que la caja andaba como un coche.

Desde que iba en tacatá, Jesús era muy travieso; y yo, como madre, tenía que vigilarlo constantemente. Siempre estaba investigando.

Ya de niño, cuando íbamos al campo, siempre tenía que llamarlo a gritos porque se marchaba lejos. Lo encontraba en las montañas, oculto entre los riscos, en lugares donde ni siquiera sus hermanos lo acompañaban. Había que estar pendiente de él todo el día, porque sabías que en cualquier momento se la iba a pegar.

Jesús empezó a escalar de muy pequeño. Se subía a los nogales con las cuerdas de atar el ganado o escalaba por las ventanas abiertas del molino. Siempre estaba subido a algo.

Una vez abrió todos los cajones del armario de su habitación y empezó a escalar por ellos. El armario volcó y él se quedó atrapado entre este y la litera, que por suerte frenó la caída. Afortunadamente sus hermanos estaban en las camas, pues el armario podría haberlos aplastado.

En otras ocasiones, las vecinas me llamaban la atención porque veían que el niño hacía puntería tirando cosas a los coches desde una ventana del séptimo piso, donde vivíamos. Jesús nunca paraba.

Pensando que quizás tanta imaginación y nerviosismo no eran normales, llegué a llevarlo al psicólogo. Por suerte, el terapeuta me calmó diciéndome que no me preocupara y que lo dejara jugar, inventar y crear todo lo que quisiera, que eso era muy bueno para los niños. Me quedé más tranquila.»

MARÍA JESÚS CALLEJA

Un Rocky leonés

Aunque por la cantidad de cosas que he hecho de adulto y por la energía desbordante que tenía siendo un chaval cueste creerlo, yo fui un niño muy enfermizo. Tuve todas las enfermedades infantiles imaginables: paperas, varicela, sarampión, hepatitis..., y perdí meses de clase.

Era enclenque, delgado y débil.

Mi madre se preocupó muchísimo y me llevaba a todos los médicos a su alcance, que me daban vitaminas y otras mil cosas. Pero yo seguía enfermo y la atención que me prestaban me hacía sentir todavía más débil. Hasta que un día me di cuenta de lo mala que era la sobreprotección.

Necesitamos exponernos a la aventura de superarnos, demostrarnos a nosotros mismos que somos capaces de romper nuestros propios límites.

Así que le dije a mi madre que iba a curarme yo solo.

Había llegado a la adolescencia y entendí que, como siempre me habían tratado como a un niño enfermizo, me lo había acabado creyendo.

En mis aventuras he descubierto que la mente es muy poderosa. Un pensamiento negativo sobre ti mismo puede acabar siendo profético. Si te convences de que algo saldrá mal, de forma inconsciente harás lo posible para que el oráculo de la catástrofe se cumpla.

Pero también puedes hacer lo contrario. Si descubres que estás enfocando algo equivocadamente, puedes darle la vuelta y corregirlo. Todos tenemos esa capacidad de superarnos; solo hay que tener determinación.

Decidí entonces revertir a la fuerza mi supuesta debilidad. Me metí en un gimnasio a hacer pesas, empecé a subir montañas cargando con leña, a correr sin parar... Mi día a día parecía una película de Rocky. Hacía ejercicio hasta reventar y volvía muerto.

Todo aquello era para demostrarme a mí mismo que podía ser fuerte.

Elaboré un plan de entrenamiento que a veces era contradictorio. Para hacer pesas, por ejemplo, me habían aconsejado comer mucha carne para que me crecieran los músculos, pero yo en aquella época seguía una de esas decisiones que se toman en la vida sin saber muy bien por qué: me había vuelto vegetariano, así que tuve que olvidarme de ello y volver a comer carne.

Con dieciséis años, me subí al tren de Matallana que salía de León y me bajé en un pueblo que se llama Aviados. En la ferretería me compré unas cuerdas de pita, cortafríos para cortar metal, sogas y un martillo. Con ese equipo primitivo empecé a colgarme de las rocas y de las paredes sin saber absolutamente nada de montaña ni de escalada.

Mi irresponsabilidad era enorme. Me ataba con la soga por la barriga con un nudo de zapato. Ahora sé que, si me hubiera caído, me habría partido en dos. Además, siempre liaba a alguien para que me ayudara a subir. Mis acompañantes se fiaban de mí y yo me lo iba inventando todo sobre la marcha.

Hasta que un día por fin conocí a Julito Ludena, que me enseñó a escalar, y vi la luz: ese era mi deporte.

En cuestión de meses empecé a notar un cambio en mi cuerpo y me puse muy fuerte. Y fue a través del deporte. La realidad es que la ayuda médica no me había servido de nada: el cambio estuvo en mi actitud.

Desde muy joven me he dado cuenta de que, si en la vida quieres algo, tienes que lucharlo tú; no puedes esperar a que alguien venga con una varita mágica.

La última lección

El gurú de la informática Randy Pausch, profesor de la Universidad de Carnegie, ha sido uno de los grandes maestros en darle la vuelta a la dificultad.

Siendo ya un reconocido orador y conferenciante, le fue diagnosticado un cáncer de páncreas en 2006, cuando contaba con cuarenta y seis años.

Pero lejos de dejarse llevar por la depresión, Pausch decidió vivir con plenitud y alegría el tiempo que le quedase de vida. «No podemos cambiar las cartas que nos han dado, solo decidir cómo jugar con ellas», aseguró en su última conferencia en la universidad, en 2007, un mes después de que le confirmaran que el cáncer se había extendido y era terminal.

En su discurso, titulado «Alcanzar tus sueños de infancia», animaba a sus estudiantes a vivir cada día como si fuera el último y a perseguir sus sueños hasta contentar al niño que habían sido. Su conferencia se convirtió posteriormente en un libro titulado La última lección, que enseguida fue uno de los bestsellers del New York Times.

Pausch murió en 2008, dejando tras de sí, sin embargo, un legado de esperanza y positivismo inolvidable.

«No te lamentes, solo trabaja más duro. Encuentra lo mejor en todo el mundo. Quizás tengas que esperar largo tiempo, pero finalmente la gente mostrará su lado mejor. El objetivo no es cumplir los sueños, sino cómo tus sueños guían tu vida. Si manejas tu vida de la forma correcta, el karma hará el resto. Y los sueños se te harán realidad», auguraba basándose en su propia experiencia, ya que logró cumplir la mayor parte de sus sueños de infancia antes de morir.

Una madre en la movida

Mis padres, como tantos otros, han hecho mucho por sus hijos. Pero mi madre era especial en su época. Siempre ha sido una mujer progresista, de ideas avanzadas y revolucionarias.

Aunque nació en una aldea pequeña, Fresno de la Vega, hija de molineros muy humildes, siempre ha evolucionado, aprendiendo y cambiando su forma de ver la vida con el tiempo. De hecho, nos cuenta que pasó de ser una beata cristiana y de ir a misa todos los domingos a no volver nunca. Creía, además, que la habían engañado. Sigue siendo creyente, pero no quiere saber absolutamente nada de la Iglesia. Sus valores son otros. Hoy es una mujer de setenta y pico años y su vida ha sido más interesante e imprevisible que la de la mayoría de las mujeres de su generación.

Recuerdo que, cuando la movida madrileña se extendió por todo el país, mi madre decidió vivirla. De un día para otro la vimos muy maquillada, con chupa de cuero, chapas y pelo punki, para irse a la discoteca a bailar la música de esa época.

Mi padre se quedaba un poco descolocado, y mis hermanos y yo flipábamos. Para mis amigos, mi madre era una heroína. Todos querían una así.

La movida madrileña

«¡Rockeros: el que no esté colocado, que se coloque... y al loro!», exclamó el Viejo Profesor, Enrique Tierno Galván, en los tiempos de revolución y cambio que acompañaron a la movida madrileña.

Con esa frase empezaba el revolucionario alcalde de Madrid un discurso para arengar a los madrileños a hacer de su ciudad un lugar mejor y luchar contra las injusticias y las lacras sociales de la época. Él mismo había sido expulsado de su puesto como profesor en la universidad por defender las protestas estudiantiles contra el franquismo.

La llamada movida madrileña fue un movimiento artístico, pero también social y político, que buscaba el cambio y la liberación de la sombra que había cubierto a España durante la dictadura franquista. A través de sus múltiples formas de expresión, pretendía mostrar al mundo que España volvía a ser un lugar abierto y moderno, preparado para relacionarse con los demás.

Gracias al deseo de cambiar de los impulsores de la movida madrileña, el legado que quedó de aquella corriente no fue solo una gran riqueza musical, sino un paso fundamental hacia el cambio político y social.

También le pilló la época hippy de las comunas y consiguió que mi padre la acompañara a vivir el *flower power*. Se fueron en bolas a pasar unos días desconectados del mundo en Murcia.

Mi padre siempre se ha dejado arrastrar por amor.

Una vez, estuvieron en un monasterio budista y mi padre tuvo que andar un porrón de kilómetros para encontrar un bar y poder ver la final de la Champions League, que jugaba el Madrid.

Mi madre era rompedora y eso me ayudó mucho a perseguir mis sueños.

Cuando tienes una idea y crees en ella con absoluta convicción, consigues realizarla: eso me ayudó a entenderlo mi madre. Para ello tienes que seguir tu propio camino y no preocuparte demasiado por lo que dirán los demás. Solo tú sabes cuál es tu sueño y cómo puedes realizarlo.

Ella comprendía todas mis extravagancias. Siempre quiso que yo viviera la vida como creía que tenía que ser, y se encargaba de hablar con mi padre para que él también lo permitiera. Mientras no pidiera dinero, podía hacer lo que me diera la gana.

Trabajar por tus sueños

Como tantas otras personas de origen humilde a las que no les han regalado nada,

todo lo que he tenido desde chaval me lo he ganado yo solo. Para ganar dinero montaba una estantería para una clienta, arreglaba cualquier cosa o bien construía con placas tiestos de colores de diferentes formas, ponía un cartel en la peluquería de mis padres y los vendía.

También recuerdo que un verano fui a trabajar en una librería, la Laudino de León. Llegué incluso a vender enciclopedias en las casas para ganarme un sueldo. No es que mis padres fueran tacaños; simplemente no existía la posibilidad de que hubiera dinero para nosotros. Por eso descubrí muy pronto que la mejor forma de tener las cosas que uno quiere es buscarse la vida. No puedes esperar a que te lo den los demás. Debes espabilarte tú mismo.

Siempre he creído que engancharse a la corriente de que todo va fatal es solo una justificación para nuestro día a día. Muchas personas se escudan en las dificultades que los rodean, en la mala situación del país, para no hacer nada. Pero, como decía Gandhi, cada uno debe ser el cambio que quiere ver en el mundo.

DIY: hazlo tú mismo

Este lema tan arraigado en la cultura anglosajona ha sido reducido a tres simples letras que lo convierten en un *trending topic*. *DIY (Do It Yourself)* es el título de infinidad de páginas en internet que nos animan a aprender actividades que van desde decorar tus camisetas hasta restaurar tus propios muebles.

Pero más allá de estos factores, la psicología sostiene que hacer cosas que dependen solo de uno mismo mejora nuestra autoestima y refuerza nuestra confianza personal. Empezar un proyecto y llevarlo a cabo, superando las dificultades que se presentan, ayuda a desarrollar un orgullo sano y positivo cuando el objetivo ha sido logrado.

«Planta tu propio jardín y decora tu propia alma, en vez de esperar a que alguien te traiga flores», dice una frase atribuida a la poeta Veronica Shoffstall.

Los viajes de la familia Telerín

Cuando llegué a la adolescencia, mi madre planeó que, antes de que nos echáramos novia, mis dos hermanos y yo aprovecháramos para conocer el mundo en familia. Quiso que descubriéramos Europa para enterarnos un poco de cómo era la vida ahí fuera, porque en la España de la dictadura todo era muy oscuro.

Con un Simca 1000 con baca, una tienda de campaña y toda la comida, nos íbamos los veranos a explorar el mundo.

Más adelante mi padre compraría un Talbot 1200 y un remolque caravana plegable.

Descubrimos otros puntos de vista y nos enteramos de que había que aprender inglés. Todos recibimos mucha influencia y muy positiva de Europa.

En la época que les tocó vivir a mis padres, para muchas familias no había ninguna oportunidad de acceder a más estudios que a los que se impartían en los pueblos: una educación que era muy general y que había que combinar con las obligaciones domésticas,

que en ese momento eran muchas. Aquello hizo que se despertara la inteligencia innata que residía en ellos: auténticos visionarios, cambiaron su vida en la medida de lo posible e influyeron en las de sus hijos, sacándolos fuera de nuestras fronteras para que entendieran mejor el futuro. Ahora son unos jubilados con muchísimas inquietudes que se interesan por las conferencias y por la lectura, y que asisten a la universidad para adultos de Castilla y León.

Cuando yo era adolescente y empezamos a viajar afuera, siempre comparábamos España con Europa y, aunque las comparaciones son odiosas, a nosotros nos vinieron muy bien. A mis padres les parecía muy importante que nosotros nos formáramos y tuviéramos otros puntos de vista.

Viajando aprendimos a defendernos, a movernos, a comunicarnos sin hablar el idioma. En esa época a los españoles nos miraban mal, y en los *campings* nos vigilaban para que no robáramos nada.

En todas partes éramos los únicos que comíamos en familia y teníamos nuestro queso, nuestro jamón... mientras que el resto de europeos cocinaban o se iban al restaurante.

Considero que cualquier excusa para viajar es buena. Si a uno le gusta hacer turismo convencional, pues estupendo: no tenemos por qué ser todos iguales. Pero lo importante es salir de casa y ver mundo de la forma que sea.

Durante uno de los trayectos, me di cuenta de que íbamos bastante rápido, o eso creía yo, porque no nos adelantaba nadie por la autopista. Resultó que se había abierto la tapa del remolque e íbamos perdiendo equipaje: la olla, la sartén, el jamón... Íbamos disparando objetos contra los otros coches, que frenaban como podían. Perdimos todos nuestros víveres hasta que al final salió el cable que llevábamos para conectarnos a la luz y acabamos dando latigazos contra el asfalto.

Nadie se atrevía a adelantarnos... y estuvimos así hora y pico.

En otro viaje creíamos haber pasado las vacaciones en Alemania, aunque en realidad habíamos estado en Austria, pero, como desconocíamos el idioma, no nos dimos cuenta. Lo descubrí tres años más tarde, en clase de geografía. Como ninguno de nosotros hablábamos ni entendíamos nada que no fuera español, ni nos habíamos dado cuenta. Después de esa clase, fui a casa con el mapa y, tras debatir con mi familia la ruta que habíamos hecho tres años antes, concluimos entre todos que efectivamente nunca habíamos pisado Alemania.

Así viajábamos, como la familia Telerín.

Peter Matthiessen, el autor de *El leopardo de las nieves*, un libro que me encanta, solía decir: «Un hombre es el que sale de viaje y otro el que regresa», y tiene toda la razón.

Cuando salimos de nuestra «zona de confort», no solo conocemos el mundo, sino que empezamos a conocernos a fondo a nosotros mismos. Por eso toda exploración es exterior y al mismo tiempo interior.

Un curso (relativamente) acelerado de cultura europea

«Antes de empezar a viajar por Europa, habíamos ido a varios campings en España, pero empezó a hacerse aburrido estar siempre en la playa sentados en un rinconcito. Fue entonces cuando tomamos la decisión de ir al extranjero. Viajamos siempre de una manera muy humilde y con una economía muy justa, aunque nos apañábamos muy bien y nos abrimos rápido al exterior.

Algo que me impresionó, y que todavía hoy no he superado, fue descubrir que cualquier mujer de setenta años de los países donde viajamos podía hablar tres idiomas. Cuando me di cuenta de eso, me desesperé por haber vivido en España tras una posguerra, con una ignorancia absoluta. Venía de un país donde casi nadie sabía nada, nos faltaban libros y hablar de muchas cosas era un tabú. Por eso, en Inglaterra me sentí como si siempre hubiera estado ahí.»

MARÍA JESÚS CALLEJA

La mili

A los diecisiete años decidí abandonar los estudios para irme a la mili.

En la escuela me aburría soberanamente y era incapaz de aprobar unas asignaturas que no me interesaban, para colmo con unos métodos de memorización que no conseguía encajar en mi mente. La ecuación era sencilla: si eras empollón y sacabas buenas notas, pasabas de nivel; pero si no avanzabas, te insultaban, eras burro y malo, estorbabas y tenías que dedicarte a otra cosa.

Así que decidí abandonar la escuela, contra el consejo de todos, e ir a la mili, para sacármela de encima cuanto antes y trabajar para poder viajar, mi pasión ya totalmente identificada.

Para mí, cualquier persona que quiera hacer algo tiene que saber primero por qué lo hace. Cuando identificas tus motivaciones y las entiendes, el camino se aclara y todo te resulta mucho más fácil. Como decía un filósofo alemán: «Quien tiene un porqué para vivir puede resistir casi cualquier cómo».

Le conté a mi madre que me gustaba mucho la electricidad y que quería estudiar FP. En realidad nunca quise estudiar electricidad, pero era algo que podía hacer al mismo tiempo que la mili. Iba a clase cuando quería para cumplir con el expediente.

La formación profesional era el reducto de los desahuciados del sistema escolar. Allí te consideraban alguien fracasado que no había sido capaz de aprobar los estudios. El trato era mucho más duro.

En aquella época podías tener muchísimas inquietudes y capacidades, pero al final te hacían sentir un despojo si nadie veía esas cualidades en ti.

Por ejemplo, yo entonces tenía una inquietud por conocer que no veo en muchos adolescentes de ahora. Cuando llegué al instituto, en vez de abandonar el mundo fantástico en el que vivía inmerso desde niño, lo encaucé hacia la astronomía. Leí todos los libros que

cayeron en mis manos, y me hice socio fundador de la Asociación Astronómica Leonesa. Construí mi primer telescopio reflector y refractor. Me pasaba las horas haciendo observaciones.

En mi caso, ahora considero que fui expulsado de un sistema rígido e intransigente. Yo he tenido la suerte de poder encauzar mi vida en la dirección que he querido, pero existen muchos chicos y chicas con capacidades, incluso brillantes, que en aquella época no pudieron seguir el esquema de la escuela tradicional, y sus vidas han perdido mucho fuelle.

Siempre hay que tener una actitud absolutamente positiva, aunque el mundo no reconozca nuestros méritos. Al creer en algo, estamos creando ya el camino que nos llevará hacia ese objetivo.

Aprender a amar

«La memoria no es una cuestión de acumulación sino de comprensión. Cuando yo estudiaba había que aprenderse un poema de memoria cada semana. Y éramos examinados sobre ese poema. Luego venía otro que permitía olvidar el anterior. ¡En realidad, te pedían que lo olvidases! Y, al final, cuando llegaba el momento de las pruebas de acceso a la universidad, le sugerían al alumno que utilizase elementos de su cultura personal para construir un discurso. ¿De qué cultura personal podía tratarse en esa lógica cuantitativa y cronológica, en la que a cada semana le correspondía su poema y el olvido del anterior? Con los alumnos decidimos aprender a memorizar una serie de textos: de ensayo, poemas, chistes, pasajes de novelas. Podía valer un aforismo de Woody Allen o una reflexión de Montesquieu. Lo importante era haber comprendido el texto, haber logrado amarlo. En vez de someterlo a esos análisis de forense que acaban con cualquier deseo —¿quién quiere hacer el amor con un cadáver?—, se trataba de hacer propio el texto, de darse cuenta de hasta qué punto aquello nos concernía.»

DANIEL PENNAC, Mal de escuela

En la pista de despegue

Sí: soy un soñador. Pues un soñador es alguien que solo encuentra su camino bajo la luz de la luna y su castigo es que ve el amanecer antes que el resto del mundo.

OSCAR WILDE

Para mi sorpresa, en la mili llegué a divertirme muchísimo, porque conocí la libertad de depender solo de mí mismo. Me decía: «Qué bonito es esto, no tengo que dar cuentas a nadie, no vivo en casa...». Aunque tenía que hacer caso de los mandos, de repente había salido al mundo, abandonando el nicho de mi casa y de la protección familiar.

Conocí a Jesús López García, alias Jesbil, y se convirtió en mi mejor amigo. Juntos pertrechamos el plan de comenzar a viajar. No pudimos hacerlo enseguida porque, cuando acabamos la mili, ambos tuvimos que empezar a trabajar. Él se metió en un banco y yo, que no había seguido con el tema de la electricidad, decidí ir a lo más fácil: hacerme peluquero como mis padres, aunque era un oficio que me aburría enormemente.

El deseo irrefrenable de viajar nunca se había detenido. Era como una bola que rodaba sin cesar por mi cabeza: no había semana ni día que no dibujara un plan de viaje. Pero como para ello necesitaba dinero, primero tendría que trabajar.

Lo tengo muy claro: debemos creer en nuestras posibilidades. A veces pensamos que nos tienen que dar las cosas hechas, que debemos «esperar la oportunidad». Sin embargo, la vida nos demuestra que las oportunidades debemos crearlas nosotros mismos. Somos dueños de nuestro destino.

En mi cabeza empezaban a dibujarse posibles escenarios para llevar a cabo mi sueño. Aún no tenía los recursos para realizarlo pero, mientras tanto, iba echándole imaginación al asunto.

Los siete motores de la imaginación

Es difícil desarrollar un proyecto o un nuevo estilo de vida sin ponerle un poco de imaginación a la receta. Imaginar el objetivo, el proceso, nuestras necesidades y nuestros posibles obstáculos es una tarea vital a la hora de emprender una aventura laboral o personal. La imaginación no es solo una cosa de niños.

Esto lo ha estudiado la investigadora Shelley Carson, doctora en Psicología de Harvard que lleva años dedicando sus estudios a la creatividad.

Para Carson, en la creatividad de la mente influyen siete factores que pueden entrenarse y potenciarse con simples ejercicios diarios. Estos siete factores son:

- *Conectar*. Ideas y situaciones, para ser capaces de generar múltiples respuestas a los problemas.
- *Razonar*. Para manejar de forma útil la información almacenada en la mente.
- *Visualizar*. Para observar y entender los conceptos y problemas en el ámbito mental.
- *Absorber*. Nuevas ideas y enseñanzas, para ampliar nuestro conocimiento y nuestra capacidad de generar respuestas.
- *Transformar*. Un estado de mente inquieto es una fuente de energía para resolver cualquier reto.
- *Fluir*. Con las ideas y las emociones, para dar forma a nuestros proyectos.
- *Evaluar*. Para observar con ojo crítico a los demás y a nosotros mismos, así como nuestros avances en la consecución de los sueños que ansiamos.

«Si no estás preparado para errar, nunca lograrás crear algo original», advierte el conferenciante británico sir Ken Robinson.

Pasión por volar

Tras el periodo de instrucción en la Virgen del Camino, en León, me tocó acabar la mili en la torre de control de Aviación.

La pista de aterrizaje ni siquiera era de asfalto, sino de tierra. Ahí fue donde soñé con volar.

Había un club privado que tenía cuatro avionetas y, si limpiaba alguna, siempre encontraba a alguien que me daba una vuelta.

Aquello era lo más brutal que había hecho en mi vida. Después de todas mis fantasías con las naves espaciales, por fin a los diecisiete años conseguí volar.

En todos los sentidos, vi el cielo abrirse sobre mí.

Ese es uno de los objetivos que había perseguido y que finalmente conseguí. Años después me hice piloto de avionetas, y seguía yendo al club privado, porque las avionetas deben cumplir una serie de horas de vuelo y a mí me las prestaban pagando solo el combustible.

Tras conseguir esa aspiración, me imaginé pilotando un helicóptero. La licencia era más complicada, mucho más cara, y encontrar un aparato para practicar me parecía imposible. Pero en realidad las limitaciones nos las ponemos nosotros. Hoy tengo mi propio Robinson 44 Raven II y vuelo con él todos los días para ir a entrenarme a la montaña.

Volviendo a la mili, como quería tener el máximo tiempo posible para mí, me busqué la ocupación de arreglar calefacciones en la Escuela de Suboficiales del Aire de España. Este trabajo me permitía tener tiempo para leer, pensar en mis viajes y en lo que quería hacer cuando saliera.

Aunque en un momento me planteé entrar en el Ejército del Aire, sabía que yo no era lo bastante disciplinado. Era incapaz de estar a las órdenes de nadie. Tampoco me gustaba la vida militar.

Mi rebeldía me hacía participar de todo lo que contravenía la disciplina castrense, así que me arrestaron innumerables veces y me comí muchos castigos de esos de toda la

semana sin salir.

Sin embargo, me lo tomaba con filosofía, sin desesperar.

Mi vida me ha demostrado que un sueño lleva al siguiente. Así como no puedes iniciar tu vida de montañero atacando el Everest, en todo lo que te propongas hay diferentes pasos y etapas que debes cumplir. Y lo bueno de escalonar así tus sueños, con diferentes «campos» que alcanzar, es que cada pequeña victoria te da un impulso increíble para llegar a la siguiente.

El anillo milagroso

Cuenta una vieja fábula que hubo una vez un rey que sufría de unos cambios de humor tan fuertes que no lo dejaban vivir en paz, pues cuando estaba feliz lo estaba demasiado, y cuando se sentía triste quería incluso morir. Cansado de esta bipolaridad que afectaba tanto a él como a sus súbditos, mandó llamar a todos sus consejeros y después a todos sus sabios para que encontraran algún remedio para sus cambios anímicos. Especialmente para cuando la desesperación lo consumía.

Pero no encontraron ninguna receta mágica hasta que llegó un hombre humilde y tranquilo que le entregó un anillo muy simple que tenía un pequeño compartimento. Tras decirle al rey que lo abriera siempre que se sintiera desesperado, se marchó sin más.

Cuando llegó un día en que la ansiedad se hizo tan insoportable que ya no veía futuro alguno, el rey recordó el anillo y abrió el compartimento. En su interior había solo una nota, pero resultó ser un gran tesoro y una valiosa dosis de esperanza en los malos momentos, porque decía: «Esto también pasará».

Un regalo para la cima

Muchos años después, curiosamente, cuando escalé el Everest me pidieron que clavara una bandera del Ejército del Aire en la cima. Era la primera vez que su bandera llegaba hasta ahí.

Antes de la expedición, me habían organizado un acto en la plaza de Armas en el que me dijeron que, para ayudarme a subir a la cumbre, me entregarían un regalo. Pensé que me darían un poco de dinero, ya que yo había tenido que pedir un crédito para sufragar el viaje.

Convencido como estaba de que iba a recibir ese talón, porque nadie del Ejército del Aire había alcanzado la cima del Everest, de repente vi que llegaba un Land Rover con doscientas o trescientas raciones de combate en latas.

Cada una de esas latas lleva un hornillo, un bote de lentejas... Me dije que esa gente no tenía ni idea de lo que era escalar el Everest. Para subir ahí llevas comida deshidratada porque no puedes cargar peso. ¿Cómo vas a llevar doscientos kilos de paquetes de comida? Les di las gracias, me llevé la comida a casa y la repartí entre mis amigos.

Aun así, me di el gusto de ser recibido en el cuartel donde tantas veces me habían

arrestado para celebrar una ceremonia, aunque disparatada, de apoyo a mi objetivo más ambicioso.

Esa ha sido un poco la historia de mi vida: remonté una infancia y una primera juventud con un carácter rebelde, imaginativo y libre en un tiempo y una ciudad que me limitaban y me expulsaban del sistema. ¿Es o no la vida una aventura?

Al final fui capaz de encontrar mi camino.

Al terminar la mili, no entré en el ejército, pero tampoco me inicié precisamente en la vida que soñaba. Más bien todo lo contrario.

Creo que debemos defender nuestra libertad individual y seguir nuestra intuición. A veces, la intuición no nos marca el futuro con claridad, pero nos advierte sobre lo que no queremos hacer. Por muy desorientado que te sientas, si sabes lo que no quieres, ya tienes un punto de partida. Hay que escuchar nuestra voz interior, aunque nos lleve de forma retorcida por las vías más alejadas.

Si no tienes un plan, estás muerto

Si tuviera nueve horas para talar un árbol, dedicaría tres a afilar el hacha.

ABRAHAM LINCOLN

Después de la mili, donde sin tener ni idea había estado cortando el pelo a los soldados, decidí hacerme peluquero. Pero no quería trabajar con mis padres. Yo me decía: «Si ellos han innovado, ¿por qué no podemos hacerlo nosotros también?». Estaba pensando en mis hermanos.

Queríamos abrir una peluquería de caballeros en el centro de León con el mismo concepto que las de señoras, o sea, un salón moderno. Ofreceríamos a los hombres una peluquería con glamour que se saliera de las clásicas barberías.

Ese era mi plan. Necesitaba ganar dinero para poder viajar. No quería entrar en la peluquería de mis padres, sino tener la mía propia. Tenía solo diecinueve años.

El primer plan

Empecé a aprender el oficio en la peluquería Garrido, que estaba en el hotel Reconquista de Oviedo. Allí lavé cabezas, barrí e hice todo lo que me pidieron.

Esos asturianos fueron muy buena gente conmigo. Me quisieron mucho y me enseñaron. Con ellos aprendí muy bien el oficio de peluquero de hombre pero, como no podía practicar con sus clientes, ya que era una peluquería de mucho nivel, me iba por las tardes a los colegios mayores, a los orfanatos y a los hospicios para cortar el pelo gratis.

Con las propinas que me daban en la peluquería, pude comprarme un coche, un ¡Seat 850! El coche me duró solo dos meses porque lo estrellé, y ese fue el mayor disgusto de mi vida, ya que perdí en un instante mis primeros ahorros.

Tras el cabreo, decidí irme a Madrid a trabajar a otra peluquería que se llamaba Quintana para completar mi formación.

Fue el primer trabajo en el que coticé a la seguridad social. Estuve cuatro o cinco meses, porque no aguantaba más estar encerrado en aquel sitio. Luego seguí preparándome en Barcelona. Cuando sentí que estaba listo, volví a León a cumplir con mi plan: abrir la peluquería.

Miro hacia atrás y reconozco que le puse morro al asunto.

Yo creo que, para cumplir tus sueños, lo primero es dejar que los sueños vuelen alto. No pongas límites a tus planes y ambiciones. Porque tener un proyecto que te ilusiona, al margen de que lo consigas o no, te abre oportunidades hacia lugares que ni siquiera imaginas.

Después de soñar, lo que debes hacer es trazar un plan. Es importante tener un plan. Sin él, la vida pasa a toda velocidad sin que hayas conseguido nada. Aunque tengas muchos y potentes sueños, y determinación para cumplirlos, si no los planificas, se te va el tiempo pensando en cómo harías algo en lugar de ejecutarlo.

Actualmente, yo siempre tengo un plan diario, otro semanal y luego uno a largo plazo. Si no lo hiciera, pasarían los días sin haberme dado cuenta y habría perdido el tiempo. Por eso hay que saber diseñar lo que uno hará, para que sucedan muchas cosas y el tiempo cunda más.

El tiempo nunca se detiene: por eso debemos aprovecharlo al máximo. Si estamos implicados en un gran proyecto, nuestra vida será más plena.

Para acometer un gran cambio, un gran plan, es importante fijar la fecha y la hora en que va a empezar, como los alpinistas que programan su ataque a la cima. Si no establecemos de forma muy concreta cuándo arrancaremos, el proyecto puede aplazarse una y otra vez y no despegar nunca.

El encierro creativo

Con el tiempo, muchos años después, he aprendido a sistematizar las tomas de decisiones importantes. Cuando me barrunta algo en la cabeza, le doy forma para que eso desemboque en una decisión.

Estas decisiones no se encuentran como las setas salen en otoño. Para materializarlas me encierro en mi casa, cojo papel y bolígrafo y voy trazando mi plan. Durante ese proceso, no estoy para nada más ni para nadie. Me vuelco tanto en el objetivo y me machaco tanto que necesito liberarme de esa obsesión, y para ello debo encontrar la forma de ejecutar lo que me he propuesto.

El programador Alan Kay decía que la mejor manera de predecir el futuro es inventarlo, y eso es lo que debemos hacer durante el encierro: diseñar cómo vamos a crear esas nuevas circunstancias que van a cambiar nuestra vida.

Resumido en tres pasos, este sería el plan de acción:

1. Explora tu presente para descubrir las propias motivaciones y determinar cuál es tu objetivo vital.
2. Una vez que lo hayas encontrado, aíslate del mundo para analizar todo lo relativo a tu proyecto:
 - a) cuál es el mejor momento para empezar,
 - b) el dinero que necesitarás y de dónde lo obtendrás,
 - c) las personas con las que cuentas para emprender ese viaje,

- d) las diferentes etapas hasta llegar a la cima de tu proyecto,
- e) las cosas que pueden salir mal y tus alternativas: el plan B.

3. Decide la fecha y la hora en la que vas a echar a andar ese plan, sin demora posible.

Los dos destinos

Conocido en todo el mundo por su libro *Los siete hábitos de la gente altamente efectiva*, el autor estadounidense Stephen Covey considera que una de las claves para el éxito personal está en las elecciones: «Todo el mundo elige uno de dos caminos en la vida: jóvenes y viejos, ricos y pobres, hombres y mujeres por igual. Uno es el camino amplio y muy transitado hacia la mediocridad, el otro es el camino hacia la grandeza y el sentido. La gama de posibilidades existentes entre estos dos destinos es tan amplia como la diversidad de dones y personalidades de la estirpe humana. Pero el contraste entre los dos destinos es como el que hay entre el día y la noche.

»El camino a la mediocridad limita el potencial humano. El camino a la grandeza libera y realiza este potencial. El camino a la mediocridad supone abordar la vida de una manera rápida, por un atajo. El camino a la grandeza es un proceso de crecimiento secuencial de dentro hacia fuera».

En el caso concreto de la peluquería, yo había cumplido la primera fase del plan, que era aprender el oficio lo mejor posible. Al hacerlo, además, había ganado algo de dinero.

Debido a mi carácter impulsivo e impaciente, lo gasté enseguida en un anhelo largamente imaginado: realizar un viaje exótico.

El descubrimiento de Oriente

En Madrid había logrado ahorrar un poco de dinero y, mientras acababa de gestar la idea de la peluquería, decidí hacer un viaje con mi amigo de la mili, Jesbil, por la India, Nepal y Tailandia.

Esta aventura me confirmaría que mi vida tenía que ser viajar, las montañas, el Himalaya, las alturas. Al regresar, ya no tuve dudas de ningún tipo.

Iniciamos la ruta con un grupo organizado, pero tardamos poco en irnos por nuestra cuenta. Descubrimos rápido la emoción y la adrenalina de viajar improvisando con muy poco dinero.

A mí me daba igual ver el Taj Mahal. Yo lo que quería era hacer un amigo que me enseñara la verdadera cultura del país, que me invitara a comer un arroz con lentejas y me presentara a su padre, a su madre y a sus hermanos. Aprendí a viajar de una manera poco convencional, desde la aventura, situándome en un escenario inalcanzable para el viajero

normal.

Al regresar sentí un enorme vacío, pero era consciente de que sin dinero no podría volver a emprender una aventura como aquella.

Las cimas budistas

No soy budista, pero cuando estoy en el Himalaya y me inundan esas montañas tan grandiosas y ese espectáculo visual tan emocionante, que no encuentras en otro lado, junto a lo maravillosos que son los nepalíes, me acerco mucho a esta filosofía de vida.

La vida de esas personas gira en torno a la reencarnación, a disfrutar de lo que se tiene, a no hacer el mal, y a ser mejor en el futuro y en vidas venideras.

Por su sencillez y por el cultivo de la bondad, el budismo me parece muy atractivo como modo de vida.

El arte de viajar

Para mí, un viaje es una escuela hiperavanzada de la vida. Aprendes los trucos de la información y de la documentación, a salirte de los líos, a meterte por sitios que te recomiendan y por otros que descubres tú mismo. Acabas conociendo a mucha gente. Al final, el objetivo es introducirte directamente en la cultura del país.

Cuando viajas solo, tienes que buscarte la vida y acabas preguntando, conoces a la gente, duermes en sus casas, haces amigos... Viajar por libre te abre tantísimas puertas que es cuando realmente conoces un país.

En mi opinión, merece la pena conocer los lugares en profundidad y desde dentro; más vale ver menos pero de manera más intensa. Solo con conocer a una familia e ir a su casa sabrás más de ese país que todo el tiempo que puedas estar dando vueltas alojado en un hotel.

El turista está muchas veces equivocado. Como vivimos en una sociedad occidental en la que todo es velocidad y prisa, queremos viajar a ese ritmo y ver mil cosas en una semana. Solo queremos coleccionar monumentos y capturar el máximo de imágenes.

A menudo programamos ver tantas cosas que al final no vemos nada y entendemos aún menos.

Conclusión: visitamos un país y a la vuelta sabemos muy poco.

En ocasiones parece que viajamos para visitar hoteles. Yo estoy harto de que la gente me cuente cómo era el hotel donde se alojaron.

El crédito de la confianza

A la vuelta de mi primer viaje por Asia, llegó la hora de llevar adelante el plan, pero la inversión era imposible de asumir, y los bancos no iban a prestarnos el dinero, porque ni yo ni mis padres teníamos propiedades que nos avalaran.

Yo me disponía a abrir la peluquería en un barrio donde los locales valían cuatro duros, pero mi madre me convenció de que sería imposible que funcionara una peluquería con glamour en un barrio pobre.

Mis padres convencieron a un constructor, cuya mujer era cliente de la peluquería, de que nos vendieran un local en el mismo centro a cambio de una cuota mensual, como si fuera la hipoteca de un banco.

Julián, el constructor, confió y nos abrió las puertas a nuestro primer negocio. Le debo un agradecimiento especial. Debido a su confianza, el plan estaba en funcionamiento.

Siempre he pensado que si decides hacer algo, aunque no sea tu pasión, conviene darlo todo y hacerlo lo mejor posible. Solo así descubrirás hasta dónde puedes llegar y te divertirás explorando tus propios límites.

En la peluquería nos pusimos a trabajar mis dos hermanos y yo. El mayor, Julián, que se llamaba así por mi padre, había aprendido de mí y se convertía en mi socio junto con Kike, mi hermano pequeño.

Mi técnica de corte era ya bastante buena, pero mi fijación era mejorar constantemente.

Dos cosas que no me gustan

Hay dos cosas que no soporto en la vida y una es la mediocridad. Si eres capaz de hacer algo muy bien, ¿por qué quedarte a medio camino? La excelencia es muy difícil de conseguir porque debes tener mucho talento, pero, aunque no lo tengas, debes poner el empeño máximo en lo que haces. Por eso uno de mis lemas es: «Intenta encontrar la excelencia sabiendo que es imposible lograrlo, pero acércate todo lo que puedas».

La otra cosa que no me gusta es la gente que hace chantaje emocional con la lástima. Soy muy radical con el «pobre de mí». Si alguien me viene con esa actitud, me cierro en banda. En la vida puedes fracasar una y mil veces, pero cada fracaso tiene que servir siempre para resurgir como el ave fénix. Al final te tienes que buscar la vida tú mismo y no apoyarte en los demás.

Peluquería Calleja

Diseñamos la peluquería para que fuera completamente distinta a todo lo que la gente conocía en la ciudad. El escaparate ya llamaba la atención. Las sillas eran modernas y el salón estaba decorado con fotos de viajes. También había una pequeña cafetería con bebidas.

Cuando entraban los hombres, una chica los recibía, les cogía la chaqueta y les

ofrecía algo para beber. Luego les lavaba la cabeza y les hacía un masaje capilar.

No nos llamábamos peluqueros: éramos estilistas.

Los clientes se sorprendían mucho al entrar. Una vez le dije a un señor que pasara al lavabo. Al ver que yo no iba a lavarle, se puso él solo de rodillas a lavarse la cabeza antes de que apareciera la peluquera.

Todo era tan diferente a lo que conocían, que los clientes no sabían lo que debían hacer.

Al principio, nuestro público estaba formado por hombres mayores, pero entonces decidí que había que atraer a sus hijos. Me interesaban más los jóvenes, porque yo tenía solo veinte años. Así que puse de moda el tupé. El peinado era a lo *rockabilly*. El lema era: «Hagas lo que hagas, el pelo tiene que estar en su sitio», de modo que cuando te levantas por la mañana el corte de pelo definiera tu estilismo.

Forramos León de tupés; no dábamos abasto.

Nuestros precios doblaban a los de otras peluquerías, pero seguían siendo baratos porque por aquel entonces cortarse el pelo era económico. Más que echar a la gente para atrás, el precio nos dio un caché.

El local, el trato, el corte innovador, la decoración, nuestra manera de vestir (copié todo lo que había visto fuera de España), todo en Peluquería Calleja era diferente.

Hacíamos cosas que hasta ese momento habían sido propias de mujeres. Yo convencía a mis clientes de que no era una cuestión de sexo, sino de si se veían guapos o no. Conseguimos que por lo menos un veinte por ciento de nuestros clientes se hicieran mechas o moldeados.

Toda la moda que se veía en televisión la plasmábamos en la peluquería a tiempo real.

En la planta de arriba había un local muy grande donde abrimos una academia que llevó mi hermano Julián hasta que se casó.

Más tarde, él y su mujer trasladaron la academia a otro local de León y me quedé con mi hermano Kike como socio. Mis padres también tenían una participación.

El *show* de la pasarela

Cuando mi hermano mayor se llevó la academia a otro lugar, abrimos una peluquería para mujeres en el local de arriba y para ello me preparé otra vez intensamente.

Aplicué el mismo modelo de peluquería que habíamos montado para los hombres. Mi madre se unió al proyecto y me ayudó con la parte técnica. Yo solo cortaba el pelo y dirigía. Mi equipo hacía las mechas y los moldeados y peinaba.

Las dos peluquerías estaban conectadas mediante una escalera que pasaba por un hueco que hicimos para comunicarlas. Para la peluquería femenina contratamos a un decorador y cambiamos totalmente el *look*. Era preciosa. Luego metimos todas las modernidades: rayos uva, depilación eléctrica, etcétera.

Cuando me he lanzado a atacar proyectos, siempre me ha parecido imprescindible tener ideas nuevas, aportar originalidad. ¿Qué gracia tiene hacer lo mismo que los demás? Por eso, mi consejo cuando emprendas cualquier proyecto es no conformarte con imitar lo que ya existe. Busca en tu interior algo que sea cien por cien tuyo y llévalo a la práctica.

Mi madre tuvo la idea de presentar los nuevos cortes de pelo, tanto para hombres como para mujeres, como los pases de moda de París o de Cibeles: cortando el pelo en directo.

La idea era buena, y la mejoramos añadiendo coreografías y vestidos especiales. Era un espectáculo que la gente joven de León, un lugar donde no pasaba gran cosa, no quería perderse. Lo hacíamos en la discoteca más grande que había en la ciudad, que se llamaba Mandrágora.

Un fallo en el plan

Sin embargo, en aquella aventura descubrí que mi plan tenía un error fatal. No había considerado un detalle muy importante.

En realidad, a mí no me gustaba estar en la peluquería. No me divertía con los chascarrillos de las señoras ni con la gestión de los empleados. Yo soñaba con escalar y largarme a la montaña. Mi sueño era escaparme de viaje a Nepal, a la India.

Fui ausentándome de la peluquería cada vez más y en periodos más largos. Me fui desvinculando poco a poco, prolongando cada vez más mis viajes. Y cuando uno abandona su proyecto, este se desinfla como un suflé.

Yo había planeado tener empleados y que mi hermano llevara las riendas del negocio, pero la gente quería que yo estuviera presente y mis largas ausencias no sentaban bien a las clientas.

Mi hermano Kike llevaba muy bien su trabajo con los hombres, pero yo tenía un gran desmadre con las mujeres, así que volví a encerrarme para cavilar un nuevo plan.

Cuando algo no nos gusta, hay que cambiarlo: eso es un pilar en mis creencias. Vale más quedarse un tiempo en casa pensando cómo vamos a cambiar nuestra vida, que salir todos los días a ver qué nos sucede. El mundo está lleno de oportunidades, así que, si no estamos contentos ahí donde estamos, tendremos que movernos sin miedo. Uno puede procurarse la felicidad en otro lugar; siempre hay tiempo para volver.

Principios, finales y reencarnaciones

Quien se resiste al cambio es arquitecto de la decadencia.

HAROLD WILSON

Mi siguiente negocio fue un taller mecánico de servicio rápido, de esos en los que cambian los neumáticos, las pastillas y el aceite de tu vehículo mientras te tomas un café.

Había llegado a la conclusión de que era un negocio que me podía dar dinero sin tener que estar siempre presente. Mi familia lo aceptó.

Mi madre alucinaba tanto con mis decisiones que ya no se sorprendía de nada, pero tenía absoluta confianza en mí, igual que mi padre. Mi hermano Julián se había independizado y seguía con sus academias, y mi hermano Kike estaba dispuesto a acompañarme.

Antes de cerrar la peluquería, busqué un socio para la nueva empresa, Miguel, porque no quería que mi familia arriesgara su patrimonio por mí.

El taller discoteca

Se llamó Autoboxes. Miguel era mi asesor en el taller. Alquilamos un local muy grande. Si las cualidades de innovador, transgresor, rompedor y moderno habían funcionado con la peluquería, ¿por qué no hacer lo mismo con el taller?

Contraté al decorador más famoso del momento, que era el que decoraba todas las discotecas de diseño de la época. Le dije que quería un garaje que se pudiera convertir en un local de copas.

El taller pasó a ser un espacio con ventanas redondas como escotillas de barco, paredes de acero, suelo pulido, un sistema de luces espectacular, una sala con hierba artificial que imitaba un campo de golf donde el cliente esperaba, televisores por todos lados con imágenes de coches corriendo... Todo era diseño puro.

Aun así, era más barato que los demás, porque nos especializamos mucho y comprábamos neumáticos y aceite de frenos en grandes cantidades. El truco para cobrar barato era ese: comprar mucho de cuatro cosas. Y en León no existía ese tipo de especialización.

Al principio funcionó. Había seis o siete mecánicos, pero tampoco teníamos espacio para meter más coches. Incorporamos elevadores rápidos, cosas que antes no se habían visto nunca, sistemas electrónicos de alineación de la dirección: metimos mucha tecnología que deslumbraba a la gente.

Mi hermano Kike pasó a ser el controlador del negocio. Yo iba de vez en cuando a ver cómo funcionaba y qué cosas se necesitaban para que fuera aún mejor, pero tenía todo el tiempo libre que quería. Había encontrado un negocio innovador que me permitía viajar.

La experiencia me ha enseñado que no sirve de nada que tengas lo mejor si no sabes venderlo, y para ello tienes que comunicarlo, exhibirlo. Muchas personas tienen grandes proyectos y habilidades, pero no se atreven a mostrarlos a los demás. Tú eres el mejor valedor de ti mismo. Sin caer en la soberbia, si muestras al mundo con honestidad lo que puedes ofrecer, tus posibilidades se multiplicarán.

Así que me convertí en el relaciones públicas del taller. Les daba a los clientes explicaciones precisas de cada cosa que hacíamos a sus coches y exigía a mis empleados que lo hicieran también. Tenían que explicar por qué ponían unos materiales y no otros, por qué eran los mejores, y además enseñárselos a los clientes en los monitores a través de imágenes.

Al cliente le encantaba saber, mientras se tomaba un refresco y oía música, que lo que llevaba nuevo en su coche era mejor que lo anterior. En el taller había dinamismo, buen rollo, vídeos, copas... Se convirtió muy pronto en el taller de moda, igual que había sucedido con la peluquería.

Por fin vivía como quería: trabajaba medio año y otro medio año viajaba. Había conseguido cumplir mi sueño. Ahora escalaba a menudo y había logrado dominar todas las técnicas: roca, nieve, hielo...

Paralelamente, me había convertido en guía del Himalaya para una agencia de *trekking*, y ese trabajo me encantaba.

Cuando estuve seguro de que el taller funcionaba perfectamente, vendí los locales de las peluquerías y dividimos las ganancias entre mis padres, mi hermano Kike y yo a partes iguales.

Con sus ahorros, mis padres construyeron casas rurales y mi hermano invirtió una parte en el negocio del taller.

Todo fin es un nuevo inicio

Mi afición por la economía hizo que me diera cuenta de que estaban desembarcando empresas del sector con las que iba a ser imposible competir. Se trataba de franquicias del sector rápido de taller.

Autoboxes llevaba funcionando dos años, de mis veintisiete a mis veintinueve, pero me di cuenta de que, por mucho diseño e innovación que le metiéramos, sus días estaban contados.

Eso es algo que hay que tener muy claro: el momento antes de que un negocio entre en decadencia es el indicado para vender, antes de que muera y sea demasiado tarde.

Tal como yo lo concibo, deberíamos contemplar cualquier empresa humana como un organismo vivo con su nacimiento, juventud, madurez, declive y muerte. Todo tiene su duración, también los proyectos humanos, y esta visión nos permite valorarlos en conjunto y adelantarnos a los problemas. Como bien saben los grandes jugadores de bolsa, no hay que esperar a que un valor empiece a hundirse para vender y apostar por otra cosa. Muchas personas no crearán nunca un negocio, pero nuestra vida es una empresa de la que debemos

hacernos cargo. Si no esperamos conseguir nada especial, podemos dejarnos llevar por la corriente hasta palmarla; pero, si albergamos un sueño, tendremos que desplegar el plan, sin dejar fuera ningún detalle, y entregarnos a él.

Mi sueldo de guía en el Himalaya no era muy alto, pero me hacía enormemente feliz. Escalaba sin parar y estaba donde quería estar. Enseñaba a escalar a mis clientes, a vivir una experiencia única.

Aunque tuviera otros negocios, fui viendo que mi vida eran las montañas. Me escapaba cada vez más a menudo, y al final encontré la manera perfecta de hacerlo: ¡trabajando!

En esa época me había convertido ya en un buen alpinista y conocía también a los mejores del mundo. Era un guía del Himalaya muy experimentado, aunque debido a mi negocio en León solo pudiera viajar dos o tres veces al año. No había mejorado tanto mi capacidad técnica, pero ya era conocido en las agencias y los clientes se divertían conmigo.

El turista montañero suele ser introvertido y metafísico. La soledad de las montañas supone un gran atractivo para él. Pero yo les descuadraba sus esquemas por completo. A mí me gustaba hacerlos reír; quería que conocieran el país y sus gentes, no solo las montañas.

Los montañeros somos personas bastante solitarias y creo que buscamos un poco la pureza de las cosas, pero sabemos apreciar el contacto humano con otras culturas.

Mis clientes se iban con la sensación de haber vivido una aventura, no de haber conseguido solo una cumbre.

Así, me encontré con que había dejado atrás una vida de trabajo duro para cambiar seguridad y algo más de dinero por tiempo y felicidad.

Mientras tuvimos el taller, mi hermano también aprovechaba para viajar cuando yo volvía. Nos habíamos organizado de esa manera y nos fue muy bien mientras aquello duró.

Vendedor de coches

Con la crisis de los talleres rápidos, decidí reducir el local a la mitad y convertirme en vendedor de coches de ocasión. Otro cambio de rumbo inesperado para muchos.

Decidí explorar ese mundo y me fui a Alemania a aprender el negocio. Traje los primeros coches de importación de León y convertí aquello en mi nuevo empleo hasta tal punto que traspasé el taller y me dediqué exclusivamente a la venta de vehículos de segunda mano.

De nuevo, mi hermano se vino conmigo y al fin mi socio Miguel se quedó con el taller.

La automoción pasó por un momento bueno y luego vivió una etapa de declive. La tienda la manejábamos entre mi hermano, un empleado y yo, y era bastante modesta porque yo había empezado a perder definitivamente la motivación por los negocios, ya que lo que quería en realidad era asentarme en los viajes.

Cuando trabajaba como guía de montaña me sentía muy a gusto porque me olvidaba de los problemas que conlleva tener un negocio. Quería vivir con libertad, y esa responsabilidad me pesaba.

Era un momento de mi vida en el que las montañas, los *sherpas*, los viajes... me

hacían enormemente feliz.

La vida es una gran aventura, pero soy consciente de que el ser humano no es nómada por naturaleza. Hay muy poca gente a la que le guste salir sin un rumbo predeterminado. Nos gusta tenerlo todo controlado. Sin embargo, yo descubrí mi serenidad en la aventura, en el cambio constante. Es muy importante saber quién eres y ser fiel a tus propias prioridades y a tu forma de ser.

Gestionar bien la etapa intermedia

En el momento en que te adaptas a una etapa, aunque sea buena y ganes algo de dinero, alcanzas la rutina y, en mi caso, eso me mata. Es como un fumador que va fumando y se va matando a sí mismo poco a poco. La rutina hace que todo transcurra muy rápido y el tiempo pase sin que te des cuenta.

Con la perspectiva del tiempo, he dividido mi vida en tres etapas: la de niño y adolescente, en la que siempre estaba feliz porque el tiempo no pasaba; luego la etapa en la que das rienda suelta a tu imaginación y cumples tus sueños; y luego habrá otra etapa, la vejez, en la que veré lo que ocurre y cómo la vivo.

Creo en hacer aquello que nos procure la máxima felicidad, por eso no pienso que me vaya a aposentar. Funcionaré a otro ritmo, pero seguro que seguiré en movimiento.

Es muy importante gestionar bien la etapa intermedia, aunque no sea fácil. Hay que tener muy claras las prioridades, y estas no son fáciles de identificar. A veces tardas años en darte cuenta de quién eres y con qué disfrutas de verdad. Para uno la prioridad puede ser la familia, para otro el negocio, para un tercero la combinación de una buena posición laboral y familiar.

Cada persona tiene que encontrar qué es lo que quiere de la vida. Y cuando lo sepa, ir decididamente a por ello, sin temores. Aunque implique cambios profundos, o cambios que al principio hagan perder algo material, como un buen sueldo o la estabilidad, ese es el motor de búsqueda de la felicidad.

El valle del Zanskar

El Ladakh es el Tibet de la India y quizás sea lo más auténtico que hay en el Himalaya. El paisaje es el mismo que al otro lado de la frontera, tienen la misma cultura, pero, como la India dio a los tibetanos la libertad de asentarse en esa zona, es allí donde se encuentran los monasterios más espectaculares y auténticos de la cultura budista.

En la agencia empezamos a llevar a clientes a esa zona para escalar montañas de seis mil metros, y fue ahí donde me hice muy amigo del guía principal, que se llama Phuntchok. De eso hace ya unos diecisiete años, y hoy seguimos siendo íntimos amigos.

Al cabo de tres o cuatro años de habernos conocido, yo tenía en mente atravesar el valle del Zanskar, que es el lugar más espectacular que he visto en el mundo.

Quitando los dos meses de verano en los que se puede atravesar los pasos de

montaña andando, allí hay una población llamada Zangla que permanece aislada del mundo. La zona se llena de nieve y no hay manera de entrar o salir.

Es un pueblo feudal. De hecho, en Zangla hay un rey y una reina. Es uno de los lugares con las temperaturas más bajas del planeta, ya que se encuentra a menos de doscientos kilómetros del Karakórum, que es un lugar tremendamente frío donde todavía no se ha conseguido coronar ciertos picos.

En ocasiones se rozan los cuarenta grados bajo cero.

El río de este valle se llama justamente Zanskar y es uno de los principales afluentes del Indo. Discurre por un cañón enorme, blindado por unas paredes gigantescas de unos cinco o seis mil metros y es muy caudaloso, pero en invierno se hiela prácticamente todo, incluidas las cascadas, excepto en algunos lugares. La única manera de entrar y salir del valle del Zanskar durante el invierno, que es muy largo, es a través de este río, pisando su superficie helada.

Los habitantes de la zona se mueven en caravanas de un valle a otro para poder intercambiar cosas. La ruta dura unos siete días y tiene que hacerse caminando y durmiendo al raso o en pequeñas cuevas que se encuentran por el camino. Para calentarse o cocinar, se utilizan las maderas que arrastra el río.

El pueblo más grande del valle se llama Padum, y ahí viven unas mil personas. No tienen cosas occidentales: todo se lo fabrican ellos y, como su cultura es budista, son muy hospitalarios.

Yo llegué ahí en invierno, pero no solo quería conocer a sus reyes y a su gente, sino que además pretendía escalar una montaña de seis mil metros en invierno, cosa que nunca nadie había hecho. Para ello necesitaba ayuda y que alguien me asegurara dándome cuerda.

Se lo pedí a Phuntchok. Él me dijo que lo haría solo porque era mi amigo, pero que eso era muy peligroso y pasaría mucho miedo.

«Esta travesía no la hace nadie», me dijo. Escalar una montaña en invierno, además, es mucho más complicado porque hay un montón de avalanchas y la nieve aún no se ha transformado en hielo.

Al final hicimos un pacto según el cual él me acompañaba y ponía su vida en riesgo por mí, a cambio de que luego yo lo llevara a ver al dalái lama, que era su ilusión. Casi nada. Pensé que ya encontraría la forma de cumplir, aunque fuera en medio de una multitud, como todo el mundo. El budismo en esas tierras está muy arraigado y ver al dalái lama es lo más extraordinario que les puede suceder.

Cada cual asumió su parte del trato.

En efecto, logramos hacer la travesía y fue durísimo, pero también fue lo más bello y hermoso que jamás haya hecho. Probablemente seamos los únicos del mundo que hemos escalado esa zona en invierno, porque no hay constancia de otra expedición que lo haya logrado.

Bienvenida la nueva estrella

Cuando regresamos, al cabo de un mes, me tocó cumplir con mi parte del trato.

Al llegar a Dharamsala, la capital de los budistas tibetanos en el exilio, nos llevamos un gran disgusto porque el dalái lama se había ido de viaje a Estados Unidos, debido a que se había producido un acontecimiento de gran repercusión mundial.

El dalái lama tiene una figura que está por encima de él. Para alcanzar la sabiduría ha tenido un maestro, y no uno cualquiera, sino la joya o flor de loto, el más sublime entre los sublimes. Esa persona se llama *karmapa*.

Cuando se produjo la ocupación china en el Tibet, mataron al *karmapa* y a toda su familia. Con eso, los ocupantes creyeron que controlarían la zona, pero no lo lograron porque el fervor de los budistas tibetanos era inagotable. Nunca lo han podido controlar, pues son gente muy apegada a sus principios. Prefieren morir antes que comulgar con algo en lo que no creen.

Cuando los chinos se dieron cuenta de eso, buscaron un futuro *karmapa* a medida. Eligieron a un niño tibetano de tres años y se lo llevaron a Pekín junto a su familia. Allí lo adiestraron con todos los preceptos del comunismo de aquella época.

Con una elaborada estrategia de publicidad, el gobierno chino anunció que el *karmapa* se había reencarnado en ese niño. Lo agasajaron con todo tipo de riquezas y propiedades y, cuando cumplió dieciséis años, lo devolvieron donde vivía el anterior maestro supremo.

Los tibetanos, sin estar convencidos, aceptaron a regañadientes al nuevo *karmapa*, que siguió viviendo bajo la protección del gobierno chino en el Tibet.

Para sorpresa de todos, sin embargo, cuando el chico fue mayor de edad se escapó y llegó a Dharamsala huyendo por las montañas. Los chinos quisieron matarlo por su traición.

En todo el planeta, el budismo despertó una expectación inesperada.

De repente, todos los budistas del mundo —nepalíes, indios, americanos, suizos, alemanes— querían ir a Dharamsala porque el *karmapa* había anunciado al mundo que en veinticuatro horas hablaría. Se armó la gorda.

Curiosamente yo llegué ese día junto a mi amigo Phuntchok. Y no tenía ni idea de quién era el *karmapa*.

Empecé a enterarme de lo que ocurría estando ahí. El dalái lama se encontraba en Estados Unidos porque todavía no sabía si aceptaría al *karmapa*. Todas las televisiones del mundo estaban en Dharamsala. Mientras tanto, en España mi madre me había recortado una hoja de *El País* donde se explicaba toda la historia.

Como la avalancha de gente era tan grande, solo podían aceptar a unas mil quinientas personas en el recinto donde el *karmapa* iba a hablar.

Sé moverme bien por esos países, y Phuntchok y yo logramos entrar casi a codazos. Nos cachearon por si llevábamos armas, nos dieron instrucciones muy precisas de que el *karmapa* nos pondría un cordón de agradecimiento por ir a recibirlo y nosotros tendríamos que agachar la cabeza y poner las manos atrás sin levantarlas en ningún momento, para demostrar que no queríamos atacarlo.

Sospechaban que los chinos habían metido a alguien para atentar contra él.

Había un ambiente de fervor impresionante. Como yo no era budista, estaba un poco tenso.

De repente, llegó un chico alto de metro ochenta más o menos. Era fuerte y de mirada penetrante. Algo tenía ese ser porque, cuando entró, el ambiente era eléctrico. Yo no sabía qué estaba pasando, pero se me pusieron los pelos de punta.

Todo el mundo se puso a gritar y a cantar.

Nunca he vivido una sensación tan excitante. Mi amigo Phuntchok lloraba como una Magdalena y estuvo a punto de desmayarse de emoción, como casi todo el mundo que estaba ahí.

Entonces el *karmapa* se puso a contar la historia de su vida y de cómo había empezado a tener visiones en el Potala de que lo que habían hecho con él estaba mal. Explicó que verdaderamente podía ser el nuevo *karmapa*, porque tenía tanto poder que se había reencarnado en aquel niño que había sido secuestrado por los chinos, y que estos no habían logrado educarlo a su manera.

A los familiares que habían quedado en China los arrestaron, y a otros los mataron. No solamente se había jugado su vida, sino la de toda su familia. Pero había tenido la necesidad de ir a Dharamsala a contar que era un impostor y que los chinos lo habían fabricado.

Posteriormente, el dalái lama hizo unas declaraciones en las que decía que no lo habían fabricado sino que, en efecto, él era el auténtico *karmapa*, que se había reencarnado en ese niño después del asesinato de su verdadero profesor, aunque sabía que iba a ser aleccionado por los chinos.

Aquella historia fue como una catarsis. Ahora el *karmapa* que se reencarnó en ese niño es quien más poder tiene y el dalái lama se ha retirado ya de sus cargos oficiales.

Cuando íbamos desfilando y el *karmapa* nos iba a poner el hilo de gratitud, mi amigo Phuntchok, presa de la emoción, quiso dirigirse a él. El cuerpo de seguridad lo aplacó y se lo llevaron arrestado.

Como intenté ayudarlo, me arrestaron con él y nos sometieron a un interrogatorio. Bien podía ser yo un espía. Entonces contamos nuestra historia, cada uno por su lado, y como era exactamente la misma nos soltaron.

El *karmapa*, al ver el follón que se había armado, quiso saber qué había sucedido y cuando se lo contaron nos llamó para recibirnos.

Yo me puse muy nervioso y a Phuntchok le temblaba la mandíbula como a un perro. Contó al maestro que yo era lo mejor que le había pasado en la vida y que era yo quien había logrado llevarlo hasta ahí. Le pidió entonces que me pusiera un nombre tibetano como agradecimiento para que así yo tuviera una parte tibetana.

Entonces el *karmapa* se quedó pensativo y dijo que me pondría un nombre y sería mi primer maestro. Escribió mi nombre en sánscrito, se quitó su lazo rojo, cogió el sello, lo lacró y me llamó Karma Kalsang Gyurme, que significa «bienvenida la nueva estrella». Luego me dijo que sería mi primer inductor al budismo y mi maestro.

Como todos los periodistas habían visto lo que pasaba, cuando salí de ahí me interrogaron como locos. Yo había sido el primer alumno que había tenido el *karmapa* en su primera aparición pública.

El abismo más profundo

En medio de esta época de cambios y revelaciones, en mi vida sucedió algo irreparable.

Mi hermano Julián murió de un cáncer siendo padre de dos niños. Pocas cosas pueden ser más dramáticas que perder a un hermano a los treinta y un años. Tuvo, además, una muerte lenta, y luchó mucho contra su enfermedad. Fue una pesadilla.

Ni siquiera fui capaz de ir a su entierro.

Cuando ocurre una desgracia de ese calibre, el instinto natural hace que te aferres a algo y en mi caso me fui al Fresno de la Vega, al molino donde jugaba de pequeño con mi

hermano, allí donde diseñaba mi futuro y donde vivía en mis planetas lejanos.

Mi madre tampoco se vio con fuerzas para ir. Nos quedamos los dos en la huerta hablando de cosas felices, ni una sola cosa triste.

No fui al velatorio, ni al entierro, ni he ido nunca al cementerio a verlo. Perderlo me pareció tan horroroso y tan injusto que no quise saber nada de ello. Prefería recordarlo con vida. Le di la espalda a una muerte que no entendía.

Un viaje exterior e interior

A la semana de morir Julián, inicié un largo viaje por el Tibet, la tierra donde las montañas y los *sherpas* hablan de la reencarnación. Aseguran que la muerte es una alegría porque significa cambiar de un estado a otro mejor. Ellos dicen que te reencarnarás tantas veces como sea necesario hasta llegar a un estado tan perfecto que no tendrás ya que sufrir.

Desde mi lejanía lo entiendo y me parece curioso, pero la verdad es que, cuando se te muere un hermano, tratas de encontrar muchas respuestas acerca de la muerte, sin que te convenza ninguna.

Paradójicamente, cuando he estado en peligro, con la sensación de estar a punto de matarme, siempre me he acordado de Dios, y he hablado con él por si acaso. Como decía Mario Benedetti: «Yo no sé si Dios existe, pero si existe, sé que no le va a molestar mi duda».

En esa búsqueda del lugar al que había ido mi hermano me fui de Katmandú y crucé el Himalaya haciendo un largo viaje para escribir. Fue un viaje de lectura y escritura. Empecé a leer *Mi vida y mi pueblo*, del dalái lama; luego a otros pensadores y algo de filosofía, y escribí, escribí y leí.

Al final, después de ver tantas religiones y tanta gente creyente y de escuchar tantas cosas, me he dicho: algo tiene que haber. El budismo es muy atractivo: asegura que todos somos iguales y tenemos un cerebro, pero que, si tocamos con un dedo un bolígrafo, algo tiene que haber que esté dando esa orden al cerebro para que mande el impulso eléctrico a la mano y podamos cogerlo. Es el espíritu. Y este espíritu no puede morir. Es como si fuera un conductor que va cambiando de coche a medida que este envejece. Creo que el espíritu no muere, nos vamos a otro lado. ¡Aunque ni idea de adónde!

El leopardo de las nieves

Este libro, obra del escritor Peter Matthiessen y el zoólogo George Schaller, se publicó por primera vez en 1978. Estos dos hombres de espíritu aventurero emprendieron un viaje hacia las tierras ignotas de la montaña de Cristal, en el Tibet, para escribir sobre el cordero azul y estudiar la necesidad de crear en la zona una reserva natural. Y, de paso, para tratar de hallar al misterioso y huidizo leopardo de las nieves.

Para Matthiessen era también un viaje de búsqueda de paz, pues había perdido a su mujer debido al cáncer, al igual que me sucedió a mí con mi hermano.

En esta obra llena de belleza, que mezcla el naturalismo con la literatura de viajes, Matthiessen explica cómo las enseñanzas budistas y el aplomo los ayudan a sobreponerse a las muchas dificultades que encuentran en el camino.

«Quizás ese miedo a la impermanencia explica el ansia con que consumimos los pocos bocados de experiencia, en carne viva, que nos ofrece la vida moderna, por qué la violencia es libidinosa, por qué la lujuria nos devora, por qué los soldados eligen no olvidar sus días de horror: nos aferramos a esos momentos extremos en los que parece que morimos y en los que, por el contrario, renacemos», dice en su libro.

El leopardo nunca apareció ante sus ojos, pero sí encontraron respuestas a muchas de sus preguntas, y parte de la paz que estuvieron buscando con tanto ahínco.

Un hijo de Nepal

Cada niño llega al mundo con el mensaje de que Dios aún no ha perdido la esperanza en los hombres.

RABINDRANATH TAGORE

En Katmandú conocí a quien sería mi ahijado, Ganesh. Era un niño de unos siete años que se ofreció para hacernos de guía. Llevábamos una moto, así que lo subíamos en el manillar para que nos guiara.

Nos sorprendía mucho que fuera tan valiente y quisiera ir con nosotros sin hablar antes con sus padres. Nos contó que él mismo organizaba su vida porque vivía en la calle. Era un chaval increíble.

Dos años después, volví a Nepal y pregunté por él, porque le traía un regalo y un poco de ropa. Después de buscarlo, me dijeron que estaba muy enfermo de tuberculosis. Al final lo localicé y descubrí lo difícil que era su vida y los problemas que tenía.

En aquel momento sentí que quería involucrarme a modo de agradecimiento por todo lo que me había dado su país. Intentamos que nos hicieran un pasaporte para poder sacarlo de ahí, porque en esas condiciones su vida no duraría más de pocos meses.

Hay momentos en la vida en los que no puedes dejarte guiar solo por la razón. El corazón y tu sentimiento de lo que es justo y necesario tienen ahí algo que decir, y eso es lo que hice con Ganesh. Por complicada que parezca tu decisión, siempre hay que mirar hacia el futuro y pensar que lograrás avanzar en la dirección correcta.

Traerlo fue muy complejo, aunque logramos un visado de tres meses para hospitalizarlo en España. Luego lo tuvimos que alargar para que pudieran curarlo, porque el tratamiento fue durísimo.

El chico tenía que recuperarse física y psicológicamente de todo lo que había sufrido, y eso iba a tomarle mucho tiempo. Así que decidí darle una oportunidad y que se quedara en León.

Sin duda fue una decisión arriesgada, dado lo complejo del caso y lo movida que era mi vida ya por entonces. No obstante, sentí que debía hacerlo. O al menos intentarlo.

La enfermedad misteriosa

Ganesh tardó en comprender que no había trampa en el hecho de que yo lo ayudara. Me miraba de reojo porque, después de tanto padecer, no entendía que su nueva vida consistiera en ir a clase para estudiar, en estar limpio y bien comido y tener los fines de

semana libres para jugar.

Seguimos alargándole los visados. Tengo que decir que las autoridades españolas me ayudaron mucho. En la historia de Ganesh se involucró bastante gente: organismos oficiales y sobre todo mis padres, porque yo seguí viajando mucho y se lo empaquetaba a mi madre.

En realidad lo crió más ella que yo.

Cuando pensábamos que su tuberculosis estaba curada, tuvo una recaída. Empezaron a salirle bultos en la cabeza y le cambió el carácter. Se volvió depresivo y violento. Se autolesionaba con frecuencia. Aquel carácter era incompatible con él, que siempre había sido un encanto.

Lo llevamos al hospital y lo pusieron en una habitación, aislado, porque no sabían qué le pasaba. Estuvo así semanas. Yo estaba preocupadísimo porque Ganesh no hacía más que empeorar.

Entonces me encerré en casa y me puse a investigar en internet. Quería comprender qué le pasaba. Así fue como descubrí que en Ecuador había siete casos similares al de Ganesh. En el hospital me habían dicho que tenía un tumor muy grande y que mediante una operación muy delicada iban a intentar extirparlo, aunque las posibilidades de que muriera en la intervención o sufriera graves secuelas eran altísimas.

Fue el día de la operación cuando descubrí esa información. Comprendí que a Ganesh la tuberculosis le había migrado al cerebro pasando la barrera craneoencefálica.

Parece ser que la tuberculosis es una de las pocas enfermedades capaces de subir al cerebro, aunque eso sucede en rarísimos casos. Yo por aquel entonces ni sabía que tenemos unas barreras en el cuello que impiden que las enfermedades pasen hacia arriba, volviéndose letales, pero en el caso de Ganesh algo había fallado.

Fui al hospital y di toda la información que había encontrado al médico que lo iba a operar para que la contrastara. Este, después de estudiarla detenidamente, decidió posponer la intervención.

Entonces el hospital se puso en contacto con el médico de Ecuador que había tratado esos casos y, por increíble que parezca, resultó que efectivamente Ganesh era el octavo caso conocido que padecía de tuberculosis migrada al cerebro. La solución no era operar, sino que siguiera un tratamiento que se prolongó un año y pico, pero que al final logró detener el avance de la tuberculosis.

Ganesh volvió a ser el niño feliz que había conocido en Nepal.

Después de esto nos unió un lazo tan fuerte que decidimos que se quedara a vivir en España. Es una adopción un tanto rara porque en realidad en Nepal tiene un padre y una madre, a los que ayudé a construir una casita.

A lo largo de mi vida, he entendido que, por muy feas que se pongan las cosas, no hay que tirar nunca la toalla: siempre existe la posibilidad de dar con una solución. Tanto si tratas de escalar una alta montaña como si te enfrentas a una enfermedad, tu disposición mental es clave en lo que vaya a suceder.

En las situaciones límite, la actitud de lucha, la no resignación, es fundamental. Aunque no la veas, la solución puede estar muy cerca. Sería una lástima haber abandonado justo antes...

Ganesh vuelve a Nepal

Mi ahijado creció y realizó estudios de electrónica. Cuando estaba a punto de acabar, le dije lo típico que prometen los padres: que si se sacaba los estudios le compraba una moto.

Le dieron matrícula de honor y fue el mejor estudiante de su colegio. Además, la empresa donde hacía las prácticas lo quiso contratar enseguida. Cuando iba a cumplir mi promesa, me confesó que no quería una moto. En cambio me contó que su amigo Suresh, que había vivido con él en las calles de Katmandú, también estaba enfermo, y peor que él cuando lo traje.

Me pidió que lo ayudara a traerlo y me dijo que a cambio él me devolvería todo el dinero que costara el trámite, trabajando poco a poco en la empresa.

Hicimos el mismo protocolo que con Ganesh, luego le buscamos trabajo y se afincó en España. Hoy vive entre nosotros como un leonés más.

Durante su adolescencia, sin embargo, Ganesh tuvo un año bastante rebelde, así que decidí que volviera a Nepal y viera sus orígenes, donde podría valorar lo que tenía aquí. Fui con él a Katmandú, compré dos taxis para que trabajara con turistas y luego regresé a León.

A los siete meses me llamó y me dijo que yo tenía razón, que había visto lo dura que era la vida en su país y que cambiaría.

Fui a buscarlo y me di cuenta de que era verdad que había cambiado, aunque antes me hizo una trastada que casi tuve que dejarlo ahí. Cuando llegas al aeropuerto de Katmandú, hay un montón de niños de la calle; casi todos son hijos de parejas no deseadas, porque ahí todo va por castas. Están en el aeropuerto porque quieren ayudarte con las maletas para que les des una propinilla.

A mi llegada, uno de esos niños se me acercó y me cogió las maletas. Entonces Ganesh le dijo: «¡Suelta, que es mi padre!». Y empezaron a sacudirse como locos. Yo no podía separarlos.

Entonces vinieron unos policías, los agarraron y les dieron dos palazos gordos antes de arrojarlos a un coche jaula para llevárselos. Los metieron en la cárcel.

Yo tenía que sacarlo, pero no me dejaban porque me decían que primero habría un juicio. Tuve que negociar y dar una buena mordida para que me lo sacaran. Y cuando lo logré, me dieron un palo para que sacudiera al otro chaval.

Soy muy consciente de que no conseguimos nada solos. La gratitud es un valor esencial que debemos cultivar para encontrar el equilibrio en nuestra vida. Y no solo hacia las personas que nos han ayudado en ciertas etapas del trayecto, sino también hacia aquellas cosas que nos han sucedido, sean buenas o malas, y que han supuesto lecciones en nuestro camino.

Estaba asombrado. No solo me devolvían a Ganesh, sino que me pedían que crujiera al otro.

Entonces pagué un poco más y pedí que también lo sacaran. Cuando lo hicieron, le dieron una patada en el culo diciendo «¡Qué suerte tienes!».

Al salir tuve que cruzar unas palabras con Ganesh para pedirle que nunca más

utilizara la violencia.

Este chico se había criado en la violencia, en la calle y en la dureza de la vida, y el proceso de cambiarlo ha sido muy largo y con varios baches, sobre todo en la adolescencia. Si ya es una época dura para cualquier chaval, para alguien que no ha tenido el calor de una familia y ha sufrido un cambio de cultura es aún más difícil.

Mi hijo es hoy una persona mágica. Jamás ha dicho una mentira: prefiere hundirse y llorar que no decir la verdad. Es de una nobleza inimaginable.

Es una parte muy importante de mi vida, porque me ha dado mucha estabilidad. Ahora, además, estamos muy contentos porque se ha casado con una mujer encantadora.

Consiguió el pasaporte hace dos años. Han tardado quince en dárselo.

Mamá Calleja

«Tuve la oportunidad de estar tres meses en Nepal ayudando en el centro de una alumna de la madre Teresa de Calcuta. Había niños a los que habían recogido de las cunetas de las carreteras. Una imagen que se me quedó muy grabada fue la de una niña de seis años dándole el biberón a un bebé que sostenía en sus brazos, mientras con la pierna mecía a otro bebé que estaba tumbado en un moisés.

El centro acogía a niños hasta los dieciocho años. Los mayores eran los que llevaban la carga más grande: lavaban ropa y atendían a los pequeños. Todo funcionaba en cadena. Los niños de tres a seis años amasaban una pasta para hacer galletas que luego vendían.

Aquellos tres meses de estancia cambiaron mi vida, aunque también fue duro volver a España, donde me pareció que tenía demasiadas cosas y que muchas de ellas me sobraban.

Ir a Nepal y estar con esos niños lo hice para entender mejor a Ganesh, porque al principio no lo comprendía y la relación fue difícil. Aunque sea su abuela, Ganesh me llamaba mamá, ya que nunca había tenido una figura femenina de referencia. Cuando Jesús lo trajo, aún vivíamos todos juntos.»

MARÍA JESÚS CALLEJA

La boda de Suresh

Siempre me ha parecido muy divertido que Ganesh sea budista y su amigo Suresh hinduista, lo que significa que es mucho más religioso.

Un día Suresh me dijo que se quería casar pues ya tenía edad para ello. Le dije que por qué me lo contaba a mí, que se buscara una novia. Como no tenía padre, me dijo que ese papel debía asumirlo yo, y que, según marca su tradición, yo tenía que ir a Nepal y buscarle una mujer de su casta, porque él no tenía derecho a hacerlo.

«No me jodas, Suresh», le dije.

Son cosas extraordinarias que me han ocurrido, pero no casualmente. Las cosas

suceden porque tú alguna vez pusiste algo en marcha. Por eso, procura que lo que muevas sea positivo, porque luego será eso mismo lo que volverá multiplicado. Como dice un proverbio chino: «La siembra es opcional, pero la cosecha es obligatoria. Por eso, ¡cuidado con lo que plantas!».

Pero la realidad es que me vi involucrado en una de las historias más surrealistas de mi vida. Estaba en Nepal de viaje, así que me acerqué a ver a su madre, que me enseñó fotos de varias candidatas y me pidió mi opinión. Volví a León con las fotos de cinco chicas para que por lo menos escogiera él. Pero Suresh me preguntó de nuevo mi parecer. Así que yo apoyé a la única que vi con pantalones vaqueros. «La más moderna», pensé. De eso hicimos un programa que se llamó *La boda de Suresh*, que sigue ostentando nuestro récord de *share*.

Todo el tinglado duró una semana. Yo era el encargado de hacer la pedida a la familia y llevar los regalos. También tuve que ir de carabina en la primera cita para que no se tocaran, luego en la segunda para que solo se cogieran de la mano, y seguir con ellos en la tercera, hasta que en la cuarta ya pudieron ir solos.

Sonam: una gran inspiración

En mis numerosos viajes a Nepal conocí a una persona que ahora mismo es muy célebre en su país. Era un *sherpa* que tenía grandes sueños, grandes ideas y muy buenos planes que supo cumplir. Se llama Sonam y ha sido una de mis fuentes de inspiración a lo largo de mi vida.

Cuando lo conocí era un *sherpa* normal y corriente con el sueño de inventar el *trekking* en el Himalaya y de que la gente pudiera practicarlo en ese terreno. Y eso hizo: montó la empresa de *trekking* y aventuras más importante que existe en su país y luego se dio cuenta de que era muy importante dar buen servicio, así que también montó un hotel. Luego, como en Nepal no hay carreteras, decidió que todo se haría con avionetas y helicópteros. Así que empezó con una pequeña compañía aérea que hoy día se ha convertido en la más grande de Nepal: Yeti Airlines.

Sonam es un *sherpa* visionario que, sin dinero pero con buenas ideas, consiguió llegar donde está ahora. Tiene los hoteles, la compañía aérea y la empresa de aventuras más importantes de Nepal. Y siempre está iniciando nuevos proyectos.

Cuando empezamos los dos con nuestros negocios, uno de ellos lo hicimos juntos. En una ocasión montamos entre los dos un pequeño hotel, aunque luego nos dimos cuenta de que no era lo que buscábamos, así que lo traspasamos y con el dinero nos fuimos a Rusia y alquilamos dos helicópteros que nos dieron muchos problemas. Luego nos separamos porque él tenía el proyecto de su compañía aérea, que costaba una gran cantidad de dinero que había que pedir prestado, y yo no tenía ningún aval.

Después de años trabajando, él ya tenía un patrimonio en Nepal. Se había casado por segunda vez y pudo empezar ese negocio en el que me ofrecía ser su socio. Al final se ha convertido en un hombre rico. Ahí cometí uno de los grandes errores de mi vida: no haberme asociado con él, un hombre tan inteligente en un país con tantas posibilidades. Hubiera sido una idea brillante, pero la falta de financiación no me lo permitió.

Dejar escapar una oportunidad debe convertirte en alguien más receptivo ante las nuevas oportunidades que se presenten en el futuro. Siempre hay que extraer algo positivo de los errores.

Llamando a la puerta del cielo

Persigo la felicidad, y la montaña responde a mi búsqueda.

CHANTAL MAUDUIT

Llevaba ya muchos años guiando por montañas de más de seis mil metros y las tenía muy dominadas. Me adaptaba y me aclimataba muy bien. Nunca tuve ningún accidente haciendo escalada y eso no es un hecho casual. Soy un obseso de la seguridad y me importa mucho la gestión del riesgo, sobre todo después de un incidente que sufrí y que contaré más adelante.

Desde entonces nunca hemos tenido un accidente, ni siquiera cuando hemos rodado con equipos de sesenta personas en el Everest.

Profesionalmente yo estaba en los seismiles, pero veía los ochomiles y anhelaba subir esas montañas. Desde el punto de vista técnico tenía cualificación y físicamente estaba hecho una máquina.

En cualquier cosa que nos apasione, es muy importante graduar las metas que nos vamos poniendo para no fracasar nada más empezar. Incluso un tío tan impulsivo como yo tiene que planificar las etapas de cada gran proyecto. Del mismo modo que sería una locura atacar el Everest sin haber pasado antes por seismiles y sietemiles, en todo proyecto de vida ambicioso una buena planificación —etapa por etapa— nos acercará al gran objetivo, impulsados además por los éxitos anteriores.

El problema era que esas montañas son muy caras, aunque el camino hacia ellas sigue un proceso lógico. Sucede como con cualquier deportista que empieza y va evolucionando. Primero te inicias con la escalada de roca, después haces escalada en la nieve, luego los corredores de hielo, las cascadas de hielo; a continuación las montañas mixtas, luego las de cuatro mil, cinco mil, seis mil... Hasta que te das cuenta de que lo que te queda es dar el gran paso, los ochomiles, que es como jugar en la Champions League.

Para mí, dar ese gran paso implicaba una gran diferencia de precio y, sobre todo, de dificultad.

Decidí hacer el ochomil más barato, el Cho Oyu, ya que su coste es menor por los impuestos que pagas al gobierno chino. Esta cima se halla entre Nepal y el Tibet, pero se escala siempre por la parte del Tibet, con ayuda de *sherpas*.

Filosofía de los *sherpas*

Cuando nos hablan de *sherpas*, pensamos en los valientes guías que acompañan a

los montañeros hacia las neblinosas cumbres de lejanas montañas, pero el término *sherpa* engloba en realidad a todos los habitantes de la región del valle del Khumbu, en Nepal.

Aunque también practican el budismo, se consideran diferentes al resto del pueblo tibetano. Fieles a sus creencias ancestrales, no solo no se han dejado influir por las oleadas de visitantes de Occidente, sino que utilizan las donaciones obtenidas para enviar a sus hijos a recibir enseñanzas en los monasterios tradicionales.

Habiendo crecido a la sombra de los altos picos, veneran sus montañas, que consideran la morada de los dioses.

Para los *sherpas* es de una gran importancia respetar el espíritu de todos los seres vivos, también el de las montañas. Son grandes anfitriones y reciben con gusto a los visitantes, no solo porque son una fuente de riqueza para ellos, sino porque su religión los impulsa a ser benévolos y solidarios con todos, sea cual sea su raza.

Para ellos la vida y la muerte están ligadas a sus altos picos y, aunque a veces estos sean crueles, siguen venerándolos como antiguos testigos de un mundo para el que solo somos un breve aliento que busca desafíos.

Mi primer ochomil

El Cho Oyu se puede hacer con unos cinco o seis mil euros, así que una parte la pagué de mi bolsillo y el resto con una pequeña ayuda de un patrocinador.

Mi objetivo era el Everest, la montaña de los sueños de infancia que de forma tan persistente me había inculcado mi padre. Pero primero tenía que probarme con uno o dos ochomiles más bajos, pues la gran cima tiene casi nueve mil metros.

Esta experiencia supuso mi primera gran bofetada en las montañas. Iba de sobrado, fui prepotente y creí que iba a comerme esa cumbre. Estaba convencido de que alguien como yo, con una experiencia de tantos años guiando a personas y enseñándoles a escalar montañas en el Himalaya, no iba a topar con ninguna dificultad. Además, me adaptaba bien en altura.

Pero me la pegué en todos los morros.

La altura me golpeó muy duro, nos pillaron tormentas y vi morir a gente.

Me había hecho amigo de un escalador griego en el campamento base.

Compartíamos comida y decidimos atacar la montaña juntos, pero el mal de altura lo mató.

En cuatro horas se volvió loco y en cinco se murió. Para mi desgracia, presencié el proceso de su muerte.

Una expedición maldita

Las montañas las puedes afrontar con o sin oxígeno. Se supone que «lo más ético» es hacerlo a pulmón. Con seguridad, es mucho más difícil. Hay quien dice que es una aberración subir sin él y quien defiende que cada uno suba la montaña como le dé la gana.

Cuando escalas tan arriba sin oxígeno, puedes sufrir un edema cerebral. Si no es grave, tratarlo con dexametasona te permitirá volver a ponerte en pie y descender la montaña. Pero también puede ser galopante y entonces no tienes nada que hacer. Se te

hincha el cerebro.

El terrible suceso con el griego me hizo renunciar. Esa montaña se había convertido en un monstruo que había matado a un amigo.

Además, ocurrieron otras cosas.

Conocí a otro escalador, un empresario americano que físicamente no estaba preparado, pero era tal su obsesión de subir la montaña que cuando llegó al campo tres, a siete mil seiscientos metros, siguió subiendo la cima. Ya estaba anocheciendo y, en esas condiciones, la ascensión resultaba imposible.

Pensamos que estaba loco cuando lo vimos subiendo con la linterna.

En esas circunstancias, o te mueres o te quedas jodido, pues en el mejor de los casos es probable que te congeles y tengan que cortarte las manos.

Por la mañana creíamos que estaba muerto, pero milagrosamente había sobrevivido. Tuvimos que organizar un rescate para sacarlo de ahí. Necesitábamos dinero para pagar a los *sherpas* para que lo bajarán, pero en esas situaciones nadie quería soltar un duro y los *sherpas* lógicamente exigían cobrar, ya que ese es su trabajo. Y sin dinero no se movían.

Fui a la tienda del americano. La rajé porque estaba cerrada con candados y le abrí la mochila hasta encontrar su cartera. Tomé el dinero que había y lo junté con mi propio dinero hasta pagar el rescate.

Se lo encontraron con los veinte dedos congelados y diciendo que, como de todas formas se los iban a cortar, no le importaba hacer otro intento para subir la cima. El *sherpa* quiso cogerlo a la fuerza, pero el americano lo amenazó y se negó. Así que el *sherpa* bajó solo otra vez.

Nunca más se lo vio ni se encontró su cadáver.

Esa misma noche aparecieron unos policías y me arrestaron. Estaba acusado de robo por haber rajado aquella tienda y cogido el dinero. Había testigos de ello.

Resulta que un tibetano corrupto, cuando se enteró de la muerte del propietario de la tienda, la había rajado por detrás y se había llevado todo lo que yo había dejado en su sitio. La realidad es que me hostigaron y me asustaron mucho.

La policía china quería sacarme todo el dinero. Me amenazaron con cancelar mi expedición y la de toda mi gente. Yo iba con una expedición internacional en la que hacía de guía de un grupo de quince españoles. Tardé mucho en convencerlos y, con el apoyo de la gente, me dejaron seguir.

Querer liderar y organizar un rescate se convirtió en una auténtica pesadilla.

Mal de altura

En esa ascensión aprendí que es imperativo tener mucha más información para un ochomil. Hay que planearlo todo mejor.

Jamás imaginé que una altura así pudiera hacer tanto daño.

Nunca antes había notado la sensación real de morirme. Es como un reloj de arena al que le das la vuelta: hay algo en el interior de tu cerebro que se activa como un clic, y que te indica que tienes un tiempo limitado, unas horas.

La otra mitad del miedo

Nacido en 1944 a la sombra del Tirol, Reinhold Messner fue el primer alpinista en escalar los catorce picos que se hallan a más de ocho mil metros de altura. Sus logros han sido desde entonces fuente de inspiración no solo para escaladores de todo el mundo, sino para mucha gente que encuentra en su vida diaria obstáculos grandes como montañas.

Para cumplir desafío tras desafío, tuvo que educar su cuerpo y su mente y desarrollar una gran fuerza de voluntad. Pero también aprendió a detectar sus flaquezas. Para él era vital mantener el equilibrio emocional.

«Creo que el coraje es solo la otra mitad del miedo —decía para *National Geographic*—. Solo porque tengo miedo, tengo coraje... Si estoy bien preparado, y si vivo largo tiempo en mis visiones, en mi fantasía, con mi reto, estoy viviendo con él antes de acometerlo. Estoy pensando en eso, en planificación, preparación, entrenamiento.

Y así, cuando empiezo a subir, especialmente cuando me encuentro frente a una gran pared, estoy tan concentrado que no existe nada más. Solo unos pocos metros de la pared donde estoy colgando y escalando; y en esta concentración, todo parece bastante lógico. Ya no hay ningún peligro. El peligro se ha ido... Pero la concentración es absoluta.»

Hay poquísima gente que haya escalado el Everest sin oxígeno y los que lo han hecho, todos, en mayor o menor medida, han bajado con secuelas. El mismo Reinhold Messner, que desafió el pronóstico de todos los médicos y fue el primero en subir todos los ochomiles sin oxígeno, experimentó luego problemas de concentración.

Sin oxígeno sufres una hipoxia cerebral con una muerte celular y neuronal enorme. Es un azote salvaje para el cerebro.

Lo que sí es cierto es que hay personas que se aclimatan mejor y tienen una mayor capacidad para oxigenar que otras. En mi caso, a partir de los siete mil quinientos metros noté lo que les estaba sucediendo a mi cuerpo y a mi cabeza. La angustia que me entró ante la falta de oxígeno, la debilidad, el decaimiento y el abandono fue brutal.

Tener miedo es natural. Lo concibo como algo positivo. Pone freno a los riesgos que asumes en la vida. Cuando el miedo es visceral y está lleno de adrenalina, en una situación de acción donde temes perder tu vida, tu cuerpo entra en tensión máxima. Es como un chute, en mi caso de excitación total. Puedes enfrentarte a una parálisis de pánico, pero debes superarla. Con la experiencia aprendes a controlarte y a tomar decisiones rápidas, sabiendo que si cometes un error tal vez no lo cuentes. Con presión, pero con lucidez. El miedo se combate con información y con experiencia. Cuanto mejor te hayas documentado, más entenderás lo que sucede. Y si acudes una segunda vez al escenario que te generó miedo, el conocimiento previo hará que la mayor parte del temor deje de existir.

Esto no solo es válido para la alta montaña, sino para cualquier pánico al que nos enfrentemos en la vida.

Para ascender a esas alturas, tienes que aprender cuántas horas podrás sobrevivir a partir de ese momento, y eso da miedo. Así que la primera noche que dormí a siete mil seiscientos metros noté que me estaba muriendo. Ahora, haciendo un análisis retrospectivo, sé que tenía mucho más tiempo del que creía, pero en ese momento me asusté y regresé a casa.

Había visto cómo la montaña mataba a un compañero y luego a otro, y creí que yo iba a ser el siguiente.

Volví a casa con el rabo entre las piernas, pero sabía que, si no me enfrentaba a ese miedo, jamás cumpliría mi plan de escalar esas montañas.

Segundo intento

Al año siguiente, en 2004, regresé solo y con la lección aprendida. Estaba mentalizado y con una mejor preparación.

Seguía trabajando de guía y, tras acabar con un grupo, volé a Katmandú, luego al Tibet y, sin perder tiempo, volví a subir el Cho Oyu.

Lo logré en dieciocho días, cuando normalmente se tarda un mes o un mes y medio. En esta expedición me hice muy amigo de un *sherpa*, Sedab Jambu, que me acompañó hasta la cima.

Fue todo muy gratificante porque escalé muy deprisa y conocí a grandes alpinistas. Me encontré muy fuerte y muy rápido. Había conseguido vencer el miedo con buena información.

Para poder escalar esas montañas, lo más importante es una buena preparación física y mucha velocidad. Cuanto más rápido eres, más seguro vas, porque necesitas menos tiempo en ese contador regresivo que te está matando.

La verdad sobre los escaladores

Siempre digo que los ochomiles conllevan un 70 por ciento de sufrimiento y un 30 por ciento de cosas que van sucediendo hasta que llegas a la cima y alcanzas el máximo placer. Cuando lo consigues, ganas un instante de felicidad y una satisfacción de por vida.

Si analizas todo lo que padeces en los ochomiles, llegas a la conclusión de que difícilmente está justificado. Pero el alpinista es vanidoso, olvida el sufrimiento y se esconde tras un mensaje poético. Hay diversas motivaciones para coronar ochomiles, pero no son ajenas, en multitud de casos, al ego personal, a coleccionar metas para contarlas y que la gente hable de ello.

En el Everest es difícil pasar de las veinticuatro horas sin oxígeno. De hecho, es casi imposible.

Cuando alcanzas la cumbre de un ochomil, como el Cho Oyu, la experiencia es brutal: tienes un cúmulo de sensaciones difíciles de explicar.

Te crees Supermán. Y cuando bajas, sacas pecho y piensas que puedes con todo. Quieres ponerte más metas por delante.

He probado en mi propia piel que conseguir objetivos difíciles engancha mucho. Nos pone tanto que ya estamos pensando en el siguiente. Es importante salir de nuestra zona de confort e intentar algo nuevo, sobre todo si siempre hemos pensado que no lo podríamos lograr. Así como el miedo engendra más miedo, el valor y la audacia se alimentan a sí mismos.

Esta clase de experiencias son adictivas por dos razones: una porque te has pasado un año preparándote y finalmente lo consigues, lo cual te da mucha seguridad; y hay otra que los alpinistas no suelen mencionar, pero es así: nos encanta que nos aclamen y nos den vítores por algo que muy pocos mortales pueden hacer.

Porque escalar ochomiles es el deporte más duro del mundo y el más peligroso. Haberlo logrado y estar vivo es haber ganado una gran apuesta. Por eso nos chuleamos y nos regocijamos.

Al cabo del tiempo, te das cuenta de que tampoco era para tanto. Hay cosas mucho más importantes que ocurren cada día, pero en ese momento te crees superior. Eres un ególatra y te resulta más importante contarlo constantemente que haberlo vivido.

Cuando alcancé la cima del Everest, desde arriba ya estaba pensando en cuál iba a ser mi siguiente objetivo radical. Allí te crees invencible, has coronado una meta contra todo pronóstico, contra viento y marea, bajo unas condiciones terribles, pero por supuesto que quieres más.

No deberíamos olvidar nunca la humildad y el realismo a la hora de planear los objetivos. Y eso se podría aplicar a la vida en general. Hay un momento idóneo y una preparación necesaria para realizar cada cosa. El coraje, sin esa previsión y esa humildad, es una bomba de relojería. Antes o después, nos acaba estallando en la cara. Por eso es importante planificar y templar el arrojo con el miedo.

En mi caso, cuando regresé del Everest, me esperaban las autoridades de León. Al aterrizar en el aeropuerto, había en la pista mucha gente con banderas de mi comunidad, periodistas...: fue como un agasajo increíble y me sentí muy bien, tan admirado.

Todos los humanos tenemos un ego, y sensaciones así queremos volver a repetir.

Por culpa de eso, muchas veces no se es objetivo, ni se calibra el riesgo que implica la siguiente meta, ni lo que va a reportar. Lo que ansías es volver a vivir esa gloria. En parte, por eso los mejores escaladores están casi todos muertos. Si seguimos el rastro de un alpinista que ha hecho algo muy espectacular, lamentablemente nos daremos cuenta de que casi siempre acaba muriendo.

Estoy harto de leer que los mejores acaban así. Y mueren por eso, porque desafían a la lógica una y otra vez, hasta que se quedan en el intento. Es la inercia del deporte extremo. Como es el mío, reflexiono sobre ello muy a menudo.

El reto del Everest

La cima es solo la mitad del camino.

ED VIESTURS

El Everest no es la montaña más bonita, ni la más técnica, ni la más difícil. Sencillamente es la más alta.

Cuando estás en la cima del Cho Oyu, a 8.201 metros, y ves tan cerca el Everest, te sientes tan grande por haber alcanzado esa meta que decides que la más alta de todas debe ser tu siguiente objetivo.

No es algo que me haya pasado solo a mí, les ha pasado a muchos más alpinistas.

Yo me tomé el Everest como la montaña que tenía que romper definitivamente mi vida. Para subirla tenía que hacer el superencierro, el superplán.

Ya sabía lo que me gustaba en la vida: había probado los negocios y sabía lo difíciles que son, la de problemas y ataduras que suponen. A estas alturas de la vida, ya sabía que donde había sido plenamente feliz era en las montañas. Y empezaba a ser consciente de que no quería entrar en la rutina de seguir solo escalando montañas en el Himalaya: necesitaba conocer el mundo.

Una constante en mi vida ha sido comprobar que tú haces cosas en una dirección y, al avanzar, provocas otras cosas inesperadas. Es como si tus acciones llamaran a la buena suerte. Creo que a eso lo llaman serendipia.

Quería viajar por el planeta y experimentar otras aventuras. Pero necesitaba poder vivir de ello.

¿Cómo viajas por el mundo haciendo expediciones? ¿Cómo se financia eso?

Sin tener una respuesta clara, me fui acercando. Porque otra de mis conclusiones importantes tiene un nombre difícil de pronunciar: la serendipia.

Aún no tenía la respuesta a esa pregunta, pero algo sí estaba claro en mi mente: no iba a aplazar mi sueño.

La importancia de no postergar la felicidad

Muchas veces tenemos tantas dudas, vivimos tal estado de confusión o sentimos que tenemos tantas cosas que hacer, que al final no hacemos aquello que es prioritario, aquello que realmente nos importa.

Para evitar que la parálisis del «ya lo haré más tarde» nos impida conseguir nuestros sueños, podemos seguir estas medidas:

- Establecer objetivos a largo y medio plazo, así como en el día a día.
- Empezar cuanto antes, puesto que una vez enfrascados en la tarea es más fácil continuarla.
- Compartir con los demás lo que vamos a hacer, para sentirnos más obligados a cumplirlo.
- Evitar las pequeñas distracciones y las excusas para detenerse.
- Visualizar los logros, para llegar a ellos lo antes posible.

Tal como nos enseña la sabiduría popular: no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, ¡y empieza ya a hacer tus sueños realidad!

El escalador informador

Ya tenía cuarenta años y no me daba tiempo de tener un gran currículum como alpinista para poder vivir exclusivamente de esta actividad. Por eso tenía que buscar financiación.

Me percaté de un hecho casual que acabó resultando clave. Todavía nadie en León había conquistado el Everest. Apelando al sentimiento leonés, eso me daba un argumento formidable.

En aquel momento, subir al Everest costaba cincuenta mil euros. Solo el permiso ya vale diez mil. Luego había que pagar a los porteadores, a los *sherpas*, etc.

Era una suma enorme, casi inabordable. Para acometer ese proyecto tendría que poner todo mi dinero ahorrado y el de todos los patrocinadores. Y aun así no me llegaba.

Conseguí dinero local del Ayuntamiento de León, y de bastantes empresas de la zona. Forré literalmente mi ropa con decenas de logos.

A mucha gente le extraña que siga llevando publicidad en la ropa en los programas de televisión, pero a mí me parece de lo más natural. ¡Se podría decir que nací con ello puesto!

Al preparar la expedición, decidí invertir en algo novedoso e innovador. Buena parte del presupuesto se me fue en un equipo satélite compacto que acababa de salir y que consistía en una antena y un ordenador blindado que aguanta las alturas, ya que en gran altitud el disco duro se quiebra.

El *Diario de León* decidió apoyarme publicando mis crónicas, y yo estaba decidido a enviar todas las que me fuera posible. Quería además conseguir mucha repercusión para que mis patrocinadores llegaran al mayor número de personas posible.

Hice de la comunicación una clave importante del proyecto.

Ahora es muy fácil porque la tecnología ha avanzado mucho, pero por aquel entonces a nadie se le había ocurrido contar una expedición al Everest de una sola persona y enviar fotos y crónicas todos los días. Me tuve que familiarizar con los equipos de satélite, que no son sencillos, y armarme de paciencia. Tardaba unas tres horas entre escribir y lanzar la crónica con la antena, tratando de evitar que nadie cruzara por delante e hiciera interferencias. Decidí también grabarme con una Handycam durante toda la expedición.

El primer *selfie* alpinístico.

Hice un curso de cámara y me puse las pilas con la tecnología para poder llevar a cabo mi plan. Me iba a convertir en un escalador informador.

Además de ser el primero en hacer algo, lo cual es siempre esencial, yo iba cargado de energía, optimismo y pasión. Esa actitud te permite sobreponerte a todas las dificultades que ponga la vida en tu camino. Debes enamorarte de tu meta y tenerla siempre en tu punto de mira contra viento y marea.

El ingrediente secreto de Steve Jobs

De espíritu emprendedor desde su juventud, el fundador de Apple conoció el éxito mundial, pero también los fracasos, y nunca se avergonzó de ellos. Muy al contrario, los compartía para que sirvieran a los demás como le habían servido a él para superar los obstáculos.

Cuando en una entrevista le preguntaron qué había que hacer para crear una empresa con éxito, este fue el consejo que dio Jobs: «La gente dice que debes tener una gran pasión por aquello que emprendes y es totalmente cierto, porque es muy duro y si no tienes una razón para seguir te rendirás. Es muy difícil y tienes que lidiar con ello todo el tiempo, y, si no amas lo que haces y no te lo pasas bien haciéndolo, acabarás abandonándolo. Y eso es lo que le pasa a la mayoría de la gente. [...] Supone una gran cantidad de trabajo y una fuente de preocupaciones, y si no lo amas fallarás. Así que debes amarlo y tener pasión por lo que haces».

Para Jobs había dos tipos de emprendedores: los que por falta de pasión abandonan y los que consiguen el éxito porque aman lo que hacen. Antes de emprender cualquier proyecto, debemos preguntarnos de qué tipo vamos a ser.

Una ascensión diferente

Descubrí que no había nadie que hiciera lo que yo hacía yendo solo. Había expediciones potentísimas de mucho presupuesto que se quedaban fascinadas cuando veían mi equipo.

El *Diario de León* reprodujo fielmente las crónicas y enseguida me colocó en la contraportada. Y un medio te lleva a otro.

Hablé con alguna radio, y conseguí entrar en directo en «El Larguero», que fue mi primer impulso a gran escala. David Alonso me dio esa oportunidad y decidió que, siendo yo un don nadie, había algo en mí que podía ser importante.

Solo tenía un ochomil a mis espaldas. Era un alpinista sin currículum, pero estaba consiguiendo que algunos medios de España me dieran voz.

Lo que resultaba especialmente llamativo era que pudiera retransmitir hasta los siete mil quinientos metros de altura. Eso, que ahora parece normal, en aquella época era una locura. Poder mandar una foto desde allí y al momento, junto con una crónica, era fascinante. En aquella expedición estuve tan motivado y me mandaban tantos mensajes que

peleé durísimo.

Para conseguir escalar el Everest tuve que emplearme a fondo en mi estrategia, porque con el poco dinero que había conseguido reunir iba justísimo.

A medida que veía el tamaño tan gigantesco del Everest, se me iba encogiendo el corazón, porque también me di cuenta de que todas las expediciones que se dirigían a la cumbre estaban muy bien equipadas. Eran muchos los escaladores, y muchos más todavía los fornidos y expertos *sherpas* que los acompañaban. Y aun así hay pocas posibilidades de conseguirlo...

Yo me preguntaba cuál sería mi porcentaje de éxito, pues me encontraba solo, sin mis amigos y con un único *sherpa*, Pasang, al que contraté en Katmandú.

Llegué a creer que me había equivocado en mis aspiraciones. No tenía ni equipo ni presupuesto, pero estaba allí y no pensaba dar marcha atrás.

Así que decidí incorporar otro *sherpa*. Como no podía pagar a uno más experto, contraté el más barato, que resultó ser un pastor sin ninguna experiencia que jamás había escalado montaña alguna, pero que me cobró solo ochocientos dólares, que era lo que me quedaba.

Allí caminaba yo, con Pasang y el recién incorporado pastor Chiring, rumbo a la montaña más alta del planeta, con unas posibilidades de éxito casi nulas...

Por el camino, Chiring me preguntaba cómo se escala, qué son los camprones, los piolets, cómo se usa la cuerda, los tornillos de hielo... ¡Me di cuenta de que me había vuelto loco! Había contratado a un pastor y nos íbamos a matar ahí arriba.

Le llegué a decir que si quería podía abandonar, que quizás me había equivocado contratándolo, pero él respondió que los ochocientos dólares no se los sacaba del bolso ni el propio dalái lama.

Las dudas y el ataque

Ese año, el 2005, fue de los peores, climatológicamente hablando, de la historia del Everest. Recuerdo que estuvo nevando los dos meses y medio que estuve ahí. Viento y nieve eran una constante.

Por la cara sur y por la cara norte normalmente se citan unas mil personas, y ese año hicimos cumbre poquísimos, solo unos diecinueve o veinte. Todo el mundo se fue porque creyeron que ese año no habría ventanas de buen tiempo. Expediciones potentísimas de empresas enormes se largaron sin escalar nada de nada.

Dudé mucho, porque vi que grandes expertos se retiraban. Yo compartía un cocinero y gastos con un equipo de mallorquines que eran los primeros de la isla en escalar el Everest, y con Carlos Pauner, un alpinista aragonés.

Carlos aseguró que ese año quien intentara escalar el Everest o se congelaría o moriría. Dicho esto se fue, se fueron todos, y nos quedamos ahí cuatro pelagatos.

En un mar de dudas, me encomendé a Hillary y a la promesa que había hecho a mi padre de pequeño.

La superación por Edmund Hillary

El Everest siempre ha sido el objetivo soñado de los alpinistas, que se inspiran en la hazaña del excombatiente neozelandés Edmund Hillary, quien, tras un primer intento fallido, fue el primer hombre en conquistar la cima de esta montaña imposible.

Hillary fue un gran defensor de los derechos de los *sherpas* y de la solidaridad en la montaña, y nunca vio con buenos ojos que el ascenso a las cimas se convirtiera en una empresa para ganar dinero.

Estas son algunas de sus premisas, aplicables a cualquier gran proyecto que afrontemos en la vida:

- Hay que saber ser modesto, pero también no ponerle freno a la motivación.
- Cada gran hazaña se empieza haciendo lo más difícil, que es dar el primer paso.
- Debemos enfrentarnos a los obstáculos y no dejar que nos ganen la partida.
- Una vez que se empieza algo, no hay que rendirse hasta que se consiga.

En palabras del propio Hillary: «Ningún gran triunfo carece de obstáculos. [...] Aunque los triunfadores a veces encontraron la derrota, nunca abandonaron sus sueños, sino que persistieron obstinadamente hasta que lograron sus metas contra todos los pronósticos».

A mí me costaba renunciar, porque había hecho un ejercicio tan grande de documentación y tenía tantas ganas de escalar esa montaña que me agarré a un clavo ardiendo. Sabía que no tendría más oportunidades. Además, mi hermano Kike me convenció con una gran bronca para que no tirara la toalla como los demás. Me dijo que yo sabía que podía conseguirlo y que tenía que seguir luchando por ello. Gritando, me pidió que no me moviera de ahí.

Fue él quien, insistiendo, me obligó a quedarme. Esa contundencia resultó importantísima para mí: fue el impulso final. Todos se iban porque se aproximaba el cierre de la temporada, marcado por la entrada del monzón y el final del permiso del gobierno nepalí.

En los partes meteorológicos no había esperanzas de mejora, y estar dos meses y medio a cinco mil trescientos metros, sin duchas, en la penuria, desgasta de forma devastadora.

Entonces conocí a un tipo muy importante llamado Willy Benegas, un argentino que vive en Estados Unidos y que es uno de los mejores guías del Everest. Dijo que haríamos un intento: quien quisiera unirse, que lo hiciera.

Conseguimos reunir a diecinueve personas. Tendríamos que escalar desde los ocho mil metros hasta la cima del Everest sin montar cuerdas fijas. Normalmente se montan como si fueran ascensores: se necesitan por si ocurre algo. Son el cordón umbilical que te lleva de nuevo al campamento base y te salva la vida.

Aquel año no se había conseguido equipar la montaña en el último tramo de casi mil metros, así que tuvimos que asumir algo muy difícil. Fuimos poniendo trozos de cuerda según íbamos escalando. Se convirtió en una ascensión extenuante. Fueron treinta y seis horas ininterrumpidas de escalada, sin dormir y sin comer.

Como todos los españoles se habían ido y me había quedado solo, sin cocinero ni nada, tuve que pedir a unos iraníes que me aceptaran en su campamento. Su cultura musulmana los obliga a dar cobertura a todo el que se la pide, así que me aceptaron a

cambio de varias condiciones: no hablar con ninguna mujer y quedarme en una esquina cuando se ponían a rezar.

Esos iraníes iban con soldados y escoltas privados para el jefe del equipo. Estaban muy militarizados debido a la presencia estadounidense. Se trataba de una expedición de Estado.

En mi ascensión solo tenía dos cilindros de oxígeno que podía alargar ocho horas si liberaba muy poca cantidad, así que lo que hice fue aguantar hasta los ocho mil quinientos metros sin oxígeno hasta que me senté y me desplomé. Uno de los *sherpas* con los que subía me tuvo que dar dos tortazos para que me despertara, porque allí arriba, cuando te duermes, mueres. Generas tanta serotonina que ya no te puedes despertar.

Le di al oxígeno y empecé a notar un calor que me espabiló, aunque con ese poquito tenía que llegar a la cima y luego descender.

Cima, descenso y nuevo plan

Al final ni siquiera llegué a consumir el aire que llevaba. Llegué a la cima cumpliendo la promesa que había hecho a mi padre de pequeño. Y lo llamé por el teléfono satélite.

Mi padre, mi hermano y mi madre llevaban toda la noche nerviosísimos, sin dormir, porque mi hermano Julián había muerto no hacía mucho tiempo y yo me encontraba en una situación muy comprometida. Poder decirle a mi padre que estaba en la cima aún me emociona. Aquello fue sublime.

No hay, ni ha habido, ni quiero que se produzca nunca un momento tan intenso como aquel.

Ese 2005 fue de los años que menos cimas se hicieron de la historia reciente; casi todo el mundo abandonó la expedición al Everest, pero nosotros, los peor equipados, lo conseguimos porque nuestra arma secreta fue la TENACIDAD. Por muchos recursos que tengas, si no estás absolutamente comprometido y tienes focalizado cada minuto de tu vida en la misión encomendada, si tu equipo no piensa y actúa igual que tú, es imposible llegar al éxito. Focaliza sin desviarte ni un milímetro de tu objetivo y, por muy difícil que sea, caerá.

Cuando llegó el momento de descender, me dormía nuevamente, pero tenía que llegar al campamento cuatro, en el collado sur, donde ya no usaría oxígeno.

En este collado a ocho mil metros, que es donde más gente muere porque han descargado toda su adrenalina al subir y ya no les quedan fuerzas para volver, hice una suerte de reclutamiento interior. Me decía a mí mismo que estaba donde quería estar, que había hecho lo que quería hacer toda mi vida y que esa emoción, ese placer, esa descarga de adrenalina, alcanzar esa cumbre había sido tan orgásmico que tenía que ser el plan de mi vida. Debía lograr esa sensación más veces. Así quería vivir.

Para no dormirme, empecé a pensar cómo podía dedicar mi vida a aquello y fui capaz de encontrar la respuesta que no había podido hallar antes.

Me había dado cuenta de que la clave estaba en la comunicación y de que aquello

había sido fundamental en esa escalada.

El Everest significó para mí la absoluta confirmación de que lo más importante para lograr tus éxitos es la perseverancia. La determinación. Ser consecuente con tu proyecto y no abandonarlo, aunque tengas muchos motivos. Mucha gente es tímida en sus proyectos, ya sean grandes o muy pequeños. No hay que temer resultar ser pesado. No debes dejar de perseguir tu objetivo. Nunca debes pensar que vas a molestar con tu insistencia. No abandones tu objetivo hasta el final.

Tenía a los patrocinadores locales de León muy contentos, porque habían tenido repercusión en todo el país. Ahora tocaba hacer un superproyecto único en el mundo que nadie hubiera hecho antes.

Sin duda, la hipoxia, la falta de oxígeno, me jugó una mala pasada, porque en pleno desvarío empecé a pensar que subiría las montañas más altas de todos los continentes. Luego haría las travesías más difíciles del planeta, como ir andando al Polo Norte y al Polo Sur. Haría otro ochomil más técnico por una cara de la montaña que diera que hablar. Escalaría el Lhotse, la cuarta montaña más alta del mundo, que tenía ahí enfrente. Correría el rally más duro del mundo, aunque no había cogido un coche de rallies en mi vida. Bucearía en los lugares más radicales.

Quería participar en las disciplinas más duras del mundo, y prepararme para ello. Una persona puede ser muy buena en una disciplina, pero aquí se trataba de ser bueno en varias. Esa era la clave, el factor diferencial.

Todo eso lo llamaría «Desafío Extremo».

Así que, bajando el Everest, se trazó en mi cabeza mi nuevo plan.

Dos ascensos (y dos descensos) en uno

Siempre digo que el Everest lo escalé dos veces porque el compromiso de filmar la subida significó, en ocasiones, tener que subir, rapelar, volver atrás a recoger la cámara, dársela al *sherpa* para que me filmara, luego seguir filmando yo... Todo ello para tener muchas secuencias.

Me trabajé muy bien todos los procesos de filmación para poder disponer de mucho material. A mi llegada a España, le di mis vídeos en bruto a un montador de Zaragoza que editaba muchos de los documentales para los festivales de montaña. Hizo un montaje clásico, con una voz en *off* literaria y una historia de superación épica.

Al llegar a León, seguí dando forma a mi plan fantasioso y extravagante de «Desafío Extremo». Tal vez porque era desmedido, llamó la atención y encontré el apoyo entusiasta de Sotur, el organismo que gestionaba la difusión turística de la Junta de Castilla y León.

Necesitaba dinero para ejecutar el plan, cuya difusión segura y fija era el *Diario de León*.

Mi gran plan sigue

Cuando subí el Lhotse ya había conseguido la financiación para «Desafío Extremo», que no había nacido para la televisión sino como un objetivo en sí mismo.

Me financiaban varias empresas de las cuales Sotur era la más potente y la que apostó más. En dicha empresa había una persona que fue capaz de intuir que, tras la chaladura de un aventurero, había algo real.

Si vas a vender un proyecto, es importante poner mucha pasión y mucha seguridad. A veces en las empresas hay alguien capaz de ver si una propuesta puede llegar a algún sitio. Jesús Romo fue un visionario que creyó en mi proyecto y apostó por él. Aunque pudo darme muy poco dinero, yo le dije que no lo defraudaría y que le devolvería multiplicado por diez lo que invertía en mí, porque su gesto me había cambiado la vida.

Luego hubo dos personas más que apostaron por mí y a quienes debo un especial agradecimiento: el periodista David Alonso y la ejecutiva que me acabaría fichando para la televisión, Elena Sánchez.

Iba cumpliendo mis metas de «Desafío Extremo» y, a mitad del proyecto, empecé a salir en la antena del programa de José Ramón de la Morena de la cadena SER. Salía ocasionalmente los jueves a la una de la madrugada, como un deportista entusiasta y original.

Como iba solo a todas partes, la cámara se convirtió en mi compañía. Todo el material que tenía grabado lo iba acumulando, sin saber muy bien dónde acabaría.

Desafío extremo

Todo ser humano es también un ser que sueña. Soñar une a la especie humana.

JACK KEROUAC

Un día, David Alonso, que me seguía entrevistando por la radio, me dijo que lo que yo hacía tenía mucho valor y que me iba a dar el teléfono de alguien que estaba muy interesado en mí.

Esa persona era Elena Sánchez, la directora de Cuatro.

Me había escuchado en un programa de radio y se había reído tanto conmigo que quiso probar algo con mi personaje. Había visto en mí algo que no sabía lo que era pero que tenía mucha fuerza y le interesaba.

El proyecto televisivo estaba a punto de nacer.

Elena Sánchez encargó a una de sus mejores periodistas y creativas de Cuatro que explorara mi mundo y descubriera quién era yo en realidad. También le pidió que analizara mi material para definir cuál sería mi rumbo televisivo. Esa persona se llama María Ruiz y ahora es mi amiga, mi socia y una mujer en la que tengo una confianza absoluta.

Mi caso era muy atípico para ella, ya que todos los contenidos del exterior llegan empaquetados por una productora. Elena nos presentó y nos dijo: «Vosotros dos estaréis unidos a partir de ahora». ¡Parecíamos un matrimonio!

Hay personas visionarias, pero en el caso de Elena Sánchez su visión fue muy atrevida, pues yo no era nadie, ni en la televisión ni en el mundo de la aventura. Era un auténtico desconocido que llegaba a un canal de televisión de pura casualidad. El encargo para María era peliagudo y un tanto envenenado. Se trataba de una apuesta personal de Elena y tenía que salir bien... Yo era una «patata caliente».

Cuando nos conocimos, me comporté con desparpajo. Yo no tenía nada que perder y sí mucho que ganar, así que me mostré con María tal como soy, sin adornarme, y creo que eso fue lo que más le gustó: la sinceridad y sobre todo que nada más conocerme se rió, y eso en estos tiempos no es fácil.

Así que María le puso mucha ilusión al proyecto, porque en realidad yo era una rareza televisiva. Nadie contrata a un don nadie como imagen de cadena sin conocerlo, y menos aún sin ningún aval y sin programa.

Siempre me he guiado por la naturalidad, ya que ser uno mismo es el mayor atractivo que podemos brindar a los demás. Lo auténtico tiene un valor especial que no puede ser reemplazado por otra cosa. Eres único y ofreces tu singularidad al mundo.

La mujer de mi vida

María visionó el material de mis expediciones que había editado yo mismo y se quedó en estado de *shock*, porque le pareció pretencioso y épico, como una copia mala del programa alpinístico de referencia, «Al filo de lo imposible». Le pareció increíble que Elena Sánchez me hubiera contratado. De hecho, el primer sorprendido había sido yo.

Pidió los vídeos en bruto al montador de Zaragoza, que desde mi punto de vista había hecho un buen trabajo, aunque el resultado fuera algo clásico. En ellos había muchas situaciones disparatadas que dieron lugar a lo que sería el alma de «Desafío Extremo». Había momentos cómicos, momentos de verdad, de sufrimiento, de penurias.

Revisando el material desechado, María encontró imágenes que la hicieron reír, y también descubrió cosas de las expediciones que la sorprendieron y que nunca se habían contado. María no sabía mucho de alpinismo y su mirada sobre las imágenes era la del espectador ignorante de las claves de la montaña. Eso era una ventaja, porque queríamos luchar en el *prime time* de una tele comercial, no en la de pago ni en la televisión pública, que tienen audiencias más de montañeros.

Como yo la hacía reír, empezó a pensar que si enfocábamos bien el humor podríamos tener una oportunidad. María se dedicó durante meses a conocerme. Junto a su equipo, ella debía editar los desafíos que había grabado yo solo (cuatro expediciones en total) y preparar los nuevos, que ya grabaríamos profesionalmente.

Nos aplicamos un lema: «Que nos quiten lo bailao». Éramos conscientes de que era improbable superar la primera temporada.

Aventuras en *prime time*

Empezamos a quedar muchas veces y descubrió en mí a un tipo diferente al alpinista común. Empezaba a pasárselo muy bien, se tronchaba de risa. Se daba cuenta de que yo tenía cosas nuevas que ofrecer: era extrovertido, tenía capacidad para comunicar, sabía reírme de mí mismo y, mi mayor virtud: me hacía muy amigo de la gente local de los lugares donde viajaba.

A María le gustaba sobre todo que viviera la montaña no como algo poético, grandilocuente, sino como algo cercano.

Así que, finalmente, de todas esas grabaciones en bruto lograron rearmar cuatro programas que se emitieron en televisión: la ascensión al Everest, la del Lhotse, el viaje a la Antártida y el monte Vinson.

Cuando firmamos el contrato y me dijeron la cantidad de dinero que me iban a pagar, casi me caigo de espaldas.

Hoy por hoy, llevamos ocho años en *prime time*.

El primer programa que emitimos fue el del Kilimanjaro, cuando la cadena Cuatro prácticamente acababa de nacer. Tuvimos un 7,5 de audiencia. Fue un dato alentador.

Mis planes con «Desafío Extremo» se acabaron cumpliendo por completo, pues luego llegamos a hacer todo lo que había previsto: las siete cimas, las expediciones al Polo Norte y al Polo Sur y los dos rallies más difíciles.

Yo no sabía que «Desafío Extremo» acabaría en la tele cuando lo imaginé. Pero cuando pones a rodar cosas, cuando haces que las cosas sucedan, abres oportunidades para

que pasen otras que ni siquiera imaginas. Por eso es tan importante el cambio, emprender iniciativas. Aunque no las tengas del todo claras, al generar movimiento siguiendo tu intuición facilitas que sucedan cosas buenas.

Se cierra el círculo

María era una creativa de la tele. Dirigía programas y se había especializado en documentales. Estaba bien considerada y valorada, ya que es muy buena en su trabajo. Vivía en la oficina, en el mundo de la tranquilidad y de la familia.

Pero María hizo conmigo un gran cambio en su vida. Se lanzó a la aventura. Con la excusa de hacer los programas, empezó a viajar.

Fuimos al Kilimanjaro. Ahí se quedó fascinada por todo: por lo brutos que éramos, por la juerga, porque nos tomábamos la vida de otra manera. Y allí entendió la fuerza de la montaña. Fue su primera gran montaña y, ante nuestro asombro, alcanzó la cima. No hubiéramos apostado un céntimo por ello.

El cámara accidental

En mis primeras reuniones con María, propuse como cámara a mi amigo de la pandilla Emilio Valdés. Era el que hacía los vídeos de nuestras escaladas. Le encantaba cacharrear con la tecnología en situaciones difíciles. Delante de ella llamé a Emilio, que en aquel momento era un mileurista que trabajaba en una empresa de reciclaje de neumáticos. Quería que María pensara que él ya era un cámara profesional, así que le grité: «¡Emilio! ¿Qué tal? Mira, que sí: que al final tienes que ser tú...».

Él no tenía ni idea de lo que le estaba hablando. Ni siquiera sabía que me encontraba en Madrid reunido, ni que estaba vendiendo mi proyecto a la televisión. Todo me había ocurrido en tres días.

Emilio pensaba que yo estaba borracho. No entendía nada. Al finalizar la llamada, le dije que lo esperaba en la tele a las diez de la mañana del día siguiente y colgué rápidamente para no seguir hablando. Luego tuve que desconectar el teléfono porque no paraba de llamarme.

Así fue como mi amigo Emilio se convirtió en mi cámara. Ahora da cursos sin parar y se ha convertido en uno de los cámaras más solicitados de la profesión. Es capaz de colgarse de una pared y grabar de una manera impecable. Inventa un montón de cosas para poder grabar con frío, en el agua..., cosas que necesitamos para que la cámara no falle en situaciones extremas.

Así fue como María empezó a darle forma a lo que considerábamos un producto televisivo que valía mucho la pena: íbamos a abrir una ventana al mundo donde visitaríamos los lugares más exóticos e increíbles, donde yo iba a vivir una aventura y la iba a contar con mi lenguaje.

Asombrado, me di cuenta de que se cerraba el círculo de mi mayor plan: había

conseguido llegar a la televisión, me pagaban bien y en adelante tendría el presupuesto que necesitaba para hacer cualquier expedición que quisiera acometer en todo el planeta. Ya me podía ir a cualquier lugar.

No podía aspirar a nada mejor.

Mi primer contrato era de dos años, luego hubo otro de tres y luego otro de tres más, con el que sigo actualmente.

María me había advertido que la televisión es muy efímera: que, de cada diez proyectos que se producían, solo uno funcionaba. Y que el nuestro, siendo aventura y deporte, posiblemente tendría una vida corta. Así que lo más lógico era agotar los recursos que nos ofreciera el programa en esos dos años.

Decidí ahorrar el dinero que ganaba para cuando me echaran de la tele. Pero la segunda temporada tuvo más éxito aún que la primera y vinieron tres años más. María y yo nos independizamos y montamos una empresa, porque desde la tele no era fácil organizar estos programas tan peculiares. Lo hicimos ilusionados pero cargados de temor, porque era el año 2008 y ya había comenzado la crisis. Un año después, sin poder imaginarlo, nuestro canal, Cuatro, fue vendido a Mediaset. Mucha gente de Cuatro se quedó sin trabajo.

El accidente que casi terminó con todo antes de empezar

Aunque empecé a trabajar en Cuatro en septiembre de 2006, me presentaron a los medios en el mes de abril de 2007. Fue un jueves, en la librería Desnivel, justo antes de Semana Santa. Yo tenía planeado ir a entrenarme con la moto a las dunas de Merzouga, en Marruecos, porque necesitaba prepararme para el Rally de los Faraones, que íbamos a grabar en septiembre.

María me había avisado de que era una locura, a solo cuatro días de emprender la expedición al Polo Norte, asumir los riesgos del entreno en moto. Yo la tranquilicé diciendo que sería prudente, que nunca me pondría en una situación de riesgo (jamás iría el primero del grupo, la posición más expuesta) y que me cuidaría.

El siguiente domingo tuve el peor accidente de mi vida.

Me encontraba en Merzouga cuando llegó una tormenta de arena. Yo estaba subiendo con la moto una duna, la más alta, que tiene 280 metros.

Para subir una duna hay que dar gas hasta poco antes de llegar a la cima, donde hay que cortar para empezar el descenso. Había tanta arena que subí, subí, subí sin ver nada... y, cuando creía haber llegado, caí al precipicio.

Fue como despeñarme de un séptimo piso.

Un error que pudo ser fatal

Cuando vas por las dunas en moto hay básicamente dos posiciones: ir el primero o el segundo. El primero es el que abre camino y el que tiene que estar en tensión para esquivar los peligros. El segundo va mucho más tranquilo porque si hay un peligro el primero ya lo ha sufrido y ha abierto huella. Cuando hablé con María, le dije que no se preocupara, que iba con gente y no me iba a exponer a los peligros.

Pero a la hora de la verdad, en medio de una tormenta de arena me metí el primero e iba muy rápido.

Lo hemos hablado después y creo que hasta entonces yo tenía la sensación de ser invencible. Como no había tenido un accidente grave en mi vida, creía que eso nunca iba a suceder. Estaba cargado de euforia tras mis tres ochomiles y mi contrato con la cadena.

En las dunas de Merzouga pequé de arrogancia y de inconsciencia. Si hubiera ido de segundo, eso no hubiera ocurrido. Fue una estupidez absoluta por mi parte. Una lección importantísima. Desde entonces gestiono el riesgo de forma muy seria.

No me maté ni me quedé inválido de milagro. Hoy por hoy, ni los médicos ni yo entendemos por qué.

Acabé con once fracturas en el hombro, y otras tantas en la muñeca. A consecuencia del accidente se me cortaron los bíceps y los tríceps, y se me salió el hombro por completo.

Recuerdo haber gritado que me buscaran el hombro, que tenían que volver a ponérmelo.

Fue horrible. Estábamos muy lejos de cualquier hospital y no había manera de llamar a nadie ni de que viniera ningún helicóptero. Así que tuvieron que atarme a una moto y llevarme con los huesos rotos por el desierto hasta que encontraron una casa, pero ahí no llegaba ningún médico.

Entonces mi hermano cogió un coche y estuvo conduciendo durante horas para llevarme a un hospital de una aldea donde fueron incapaces de hacer nada: la lesión era demasiado grave.

Desesperado, Kike volvió a meterme en el coche y me llevó de un tirón hasta el hospital de León. Estuve dos días viajando, sin sedantes ni nada, con la ropa pegada y sin poder quitármela. El dolor era tan inenarrable que tuve que concentrarme en algo para poder soportarlo.

Pensé en mi proyecto futuro y, gracias a la gran motivación que tenía debido al contrato que acababa de firmar, logré sobrevivir.

La motivación debe estar siempre presente en todo lo que hagas en la vida, porque es lo que te dará impulso para empezar, pero también para seguir adelante en momentos de extrema dificultad.

La motivación me ha servido para salir de situaciones complicadísimas, así como para conseguir lo que parecía imposible. Si no hay motivación en un proyecto, algo falla y debe cambiarse. Sin motivación es complicado implicarte al máximo, que es cuando disfrutas y cuando consigues hacer las cosas realmente bien. Cuando perdemos la motivación, o cuando no la tenemos desde el mismo inicio, es difícil llegar lejos.

Debemos aprender a automotivarnos y a motivar a la gente que tenemos alrededor. Y si no lo conseguimos, hay que cambiar de proyecto, o la gente que está contigo debe buscar otro proyecto que vuelva a encender la ilusión y las ganas.

Cómo empecé lisiado el trabajo de mi vida

Salir mentalmente de este golpe fue de las cosas más difíciles que he hecho. Tuve que automotivarme y trazar un nuevo plan para que aquella imprudencia no diera al traste con lo que, aun sin saberlo, había perseguido y construido durante tantos años.

Pensé mucho en todo lo que me perdía si no me curaba rápido. Aparté todo lo negativo que me estaba sucediendo y me quedé solamente con lo positivo.

El doctor Ignacio Álvarez me operó de forma fantástica durante nueve horas, pero al terminar nos dijo a mi hermano y a mí que el brazo solo recuperaría el 20 por ciento de la movilidad, y que ya nunca más podría escalar. Aquello sí que me hundió. Además, había partes de mi mano que en ese hospital ya no podían arreglar. En eso fueron sinceros conmigo.

Me aconsejaron que me fuera a la clínica Dexeus de Barcelona. Ahí me operó el mejor especialista posible, el doctor Xavier Mir, el que opera a todos los motoristas. Cuando le conté lo que me había pasado, cómo había llegado hasta ahí y mi proyecto de futuro, llegó a operarme hasta cinco veces hasta conseguir repararme, y además no quiso cobrarme nada. Me dijo que no tenía el valor de cobrarle a alguien como yo, que aún no había cobrado ni un céntimo pese a todos mis proyectos.

Cuando se enteraron en Cuatro de lo que me había sucedido, se quedaron pálidos. A la pobre Elena Sánchez la dejé en una posición un poco difícil, pues después de convencer a todo el mundo para que un don nadie sin currículum como yo firmara con ellos, podía estar de baja un año y pico, que es lo que me habían dicho los médicos.

Pero eso no sucedió. Lo único que tuve que aplazar fue la expedición al Polo Norte. La siguiente sería el Kilimanjaro, y me propuse hacer rehabilitación como una bestia, con mucha disciplina y sacrificio.

Como no podía interrumpir el tratamiento, llevé al fisio al Kilimanjaro, una extravagancia más que puso a prueba la paciencia de María. Y pasé mi penitencia, porque el fisio me daba unas palizas que dolían como los demonios. Hice el programa con ropa larga para que no se vieran las escayolas que llevaba debajo.

Y en septiembre fui al Rally de los Faraones, todavía sin estar bien recuperado. Llevaba en la mano una especie de guante de boxeo con una estructura de metal, y en una posición en la que no podía moverme perfectamente. Aunque tenía que agarrar el manillar de una forma un poco incómoda, acabé el rally en un buen puesto, con lo que me demostré a mí mismo que podía hacer cualquier cosa aunque tuviera una lesión gravísima.

La clave para lograr hacer lo que hice en mi estado fue la motivación. Yo nunca había experimentado una fuerza tan intensa al luchar por algo después de la subida al Everest.

Había alcanzado mi trabajo perfecto, e iba a pelear por él con todas mis fuerzas.

Desde entonces hemos realizado con el equipo, en el que destaco a mi amigo y cámara Emilio Valdés, más de sesenta expediciones por todo el planeta. Hemos grabado siete temporadas de «Desafío Extremo», en las que hemos contado, entre otras, la ascensión a tres ochomiles: el Everest, el Lhotse y el Makalu (esta última sin hacer la cima); o la conquista de las siete cumbres más altas de cada continente: además del Everest en Asia, el Elbrus en Europa, la pirámide de Carstensz en Oceanía, el monte McKinley en América del Norte, el Vinson en la Antártida, el Kilimanjaro en África y el Aconcagua en América del Sur. Hemos contado la expedición terrestre al Polo Norte, y las tres de la Antártida, en viajes de exploración por mar y en avión.

Hemos corrido en el Rally de los Faraones en Egipto, en el Rally Dakar americano y

en el Africa Race. Y hemos hecho programas de buceo con tiburones: el tigre, el oceánico y el blanco. Hemos batido récords de distancia en globos aerostáticos, en el Amazonas y en Laponia en invierno. Hemos pilotado en África en paramotor, hemos ascendido volcanes en erupción en el Congo, en Vanuatu y en Ecuador. Hemos explorado Bután en busca del yeti, hemos atravesado Siberia en busca de nómadas, y Svalbard en busca de osos polares.

He competido en una maratón profesional de Etiopía y hemos realizado un descenso brutal, hasta mil seiscientos cincuenta metros de profundidad, en la cavidad más honda del planeta: la sima Krúbera-Voronya en el Cáucaso.

Llevamos alrededor de sesenta expediciones realizadas y grabadas para la tele, y calculo que yo antes habría hecho otras tantas, por mi cuenta y con clientes, como guía de montaña.

La receta del éxito

En 1937 se publicó por primera vez el libro *Piense y hágase rico*, del americano Napoleon Hill, uno de los primeros promotores de la literatura destinada a abordar el éxito personal.

Según su autor, alcanzar tus sueños depende de estas claves:

- El punto inicial de todo éxito es el deseo de conseguirlo.
- Eres el creador de tu propio destino y puedes influir, controlar y dirigir tu propio entorno.
- Si fallas, significa que tus planes no están bien definidos. Modifícalos, arréglalos y sigue adelante.
- Cada adversidad, fallo y decepción llevan en sí la semilla de un beneficio igual o incluso mayor.

Con estos ingredientes, el éxito está asegurado. Como Hill dijo hace ya casi un siglo: «Pon tu mente en un objetivo definido, y observa lo rápido que el mundo se aparta a un lado para dejarte paso (y conseguirlo)».

La ascensión del Kilimanjaro

Si cierras los ojos a los hechos, aprenderás a través de los accidentes.

PROVERBIO AFRICANO

Para María fui su mayor desafío profesional, y se involucró tanto en el proyecto que decidió que se vendría al primer rodaje. Se lanzó a la aventura conmigo y mi escaso equipo: mi amigo el cámara Emilio Valdés, mi hermano Kike y un fisio que me tenía que acompañar por culpa del accidente en Marruecos.

Ella tenía que ver con sus propios ojos cómo nos desenvolvíamos y generar un programa a partir de ahí. Era nuestro primer rodaje en la televisión, y sería el piloto para el resto de los programas, si es que algún día se hacían realidad.

María es madre de dos hijos y de vida claramente urbanita, así que dio un paso de gigante en su vida cuando quiso viajar a África a ascender los casi seis mil metros del Kilimanjaro. Ella, que nunca había subido ninguna montaña, se metió en un lío pero muy gordo. También nos acompañaba un cámara vasco, Josu, que era montañero y enseñaría a Emilio las artes de la filmación, y la productora, Cristina.

Todo era nuevo para todos.

Para ser sincero, ninguno dábamos ni un euro por María. Yo llegué a decir que al segundo día abandonaría. En cambio, del cámara profesional, Josu, todos dijimos que llegaría a la cima, porque era rudo, vasco y montañero.

Un volcán de leyenda

El ascenso al mítico Kilimanjaro era un hito especial para mí, porque se convertiría en el primer programa grabado por el equipo de la primera temporada del «Desafío Extremo» televisivo. Iban a sumarse tres personas de la tele, ajenas al mundo de la montaña. Era para mí un sueño hecho realidad en muchos sentidos.

Con sus 5.895 metros de altura, el Kilimanjaro es la montaña más alta de África. Pero aunque es alta no es técnica, y aparentemente resulta fácil.

Merece la pena ascenderla, porque es magnífica: un volcán rodeado de leyenda en medio de los parajes de África, la cuna de la humanidad.

Y allá íbamos nosotros, a conocer aquella cumbre, sus gentes, su vida salvaje y las historias del resto de expedicionarios, en algún caso con final bastante dramático. Y lo más importante: íbamos a iniciar por fin el gran desafío de coronar las cumbres más altas de los siete continentes, una aventura con la que yo siempre había soñado.

Un reto añadido

Poco antes había tenido el accidente de moto que ya he contado. Aunque los médicos me dijeron que tenía por delante una larga rehabilitación, me negué a que aquello impidiera empezar la aventura para Cuatro.

Así que eché toda la carne en el asador, me concentré en rehabilitarme al triple de la velocidad programada y conseguí estar listo para la expedición al Kilimanjaro.

Pero el esfuerzo valía la pena para no dar al traste con el plan que tanto me había costado conseguir: dedicarme a lo que quería y tener la vida que siempre había soñado.

La Casa de Dios

«El Kilimanjaro es una montaña cubierta de nieve de 5.895 metros de altura, y dicen que es la más alta de África. Su nombre es, en masái, *Ngáje Ngái*, "la Casa de Dios". Cerca de la cima se encuentra el esqueleto seco y helado de un leopardo, y nadie ha podido explicarse nunca qué estaba buscando el leopardo por aquellas alturas.»

ERNEST HEMINGWAY, *Las nieves del Kilimanjaro*

Nada es lo que parece

Cuando preparamos la ascensión al Kilimanjaro, me llevé la primera lección de la tele, que me iría cambiando poco a poco la mentalidad de montañero. Al ser una cumbre fácil para mí (venía de escalar montañas mucho más altas y más técnicas), lo obvio era pensar: vamos a hacerlo de la forma más difícil posible, vamos a complicarlo al máximo, vamos a dormir en el cráter, a hacer algo fuera de lo común... Si no, ¿qué gracia tiene?

El Kilimanjaro se sube por varias rutas, y la más fácil, la más concurrida, es la llamada ruta de la Coca-Cola. Tiene una senda muy marcada y cuatro campamentos con pequeñas cabañas (los «huts») donde puedes dormir sin necesidad de llevar una tienda de campaña. La mayoría de las casi cuarenta mil personas que suben cada año el Kilimanjaro lo hacen de esta forma.

Tras discutirlo con el equipo de la tele, se decidió, para mi sorpresa, ascender por esa ruta, la más masificada y sencilla. Su mirada era distinta que la mía; ¡el objetivo se escoge en función del programa que queremos hacer, no de su dificultad, que era lo que pensaba yo como montañero! Pensamos que esa ruta, aunque más sencilla, nos iba a dar más historias humanas, más interacción y por lo tanto más humor que cualquier otra. Efectivamente, no solo cumplió las expectativas, sino que las superó con creces.

La ruta de la Coca-Cola

Después de empaparnos de la increíble vida de África en compañía de los masái,

grabando la fauna salvaje, en los pueblos de alrededor, tocaba empezar nuestro desafío extremo, que en realidad no tenía nada de extremo: nacíamos en una contradicción. El Kilimanjaro nos esperaba.

Comenzaba ya nuestra ascensión a la cumbre más alta de África, y nos acercamos en autobús a las puertas del parque nacional, que está a mil ochocientos metros de altitud.

Lo primero era hacer todos los trámites para poder subir, como siempre, y sobre todo obtener los permisos de grabación, que era algo más complicado.

En la oficina de la ruta Marango, que es la principal y la más fácil, la famosa ruta de la Coca-Cola, había cola. Y me parecía que así iba a ser toda la expedición, con mucha gente por todas partes.

Había unos tipos uniformados que llevaban rifles, y les pregunté en broma si era para cargarse a los que no conseguían hacer la cima. Luego, ya en serio, pregunté por las medidas de seguridad. Me explicaron que allí no había helicóptero de rescate, sino carretones-camilla. Aluciné con el nivel de seguridad.

Debido a la cantidad de equipación y de expedicionarios que llevábamos nosotros, nos asignaron un total de veintisiete personas entre guías, cocineros y porteadores. Una locura, pero estabas obligado a aceptarlo. Al menos así las poblaciones locales tenían trabajo.

Empezamos la ascensión por un ambiente selvático de película. Las llamadas barbas de san Jorge, que son unos líquenes muy sensibles a la contaminación, reflejaban que aquel era todavía un ecosistema sano y lleno de vida.

El ambiente era espectacular, de leyenda.

Para María, el primer día fue una tortura; más que por la distancia que tenía que caminar, siempre cuesta arriba, por cosas más humanas. Por ejemplo, fue una tragedia tener que orinar al aire libre con gente por todos lados. Se preguntaba dónde lo haría, cómo se bajaría la ropa y si alguien la estaría viendo... Parece una tontería, pero para alguien que siempre lo ha hecho en un baño era comprometido; en cuanto a las aguas mayores, eso ya era tragedia griega...

Luego estaba lo de comer el rancho, sin lavarse, y un frío al que no estaba acostumbrada. En aquella expedición, dormiríamos en unos vetustos refugios donde nos hacíamos todos los montañeros y los guías africanos. Allí el olor es difícil de describir. Y siempre metidos en sacos de dormir, para seguir ascendiendo cada día más distancia y más altura, hasta llegar a páramos incompatibles con la vida donde solo hay desolación, viento, frío, mucho frío, hielo y temperaturas al amanecer de veinte grados bajo cero.

La morajela que extraigo, una vez más, es que no te puedes fiar de las apariencias, pues una mente tenaz puede mucho más que unos fornidos músculos.

La sorpresa fue que cada día pasaba la prueba sin rechistar, sacando fuerzas de donde no existían para llegar a la cima. Todos quedamos asombrados por ese gesto de pundonor... Allí estaba ella, la a priori frágil ejecutiva, en la cima del Kilimanjaro, mientras el recio montañero vasco se quedaría ochocientos metros más abajo, debido al frío intensísimo, pero sobre todo al mal de altura, que lo dejó fuera de juego.

Para María aquel viaje supondría un gran cambio en su vida. Luego han venido más expediciones en las que nunca se amilana; muchas veces es ella el motor del equipo, por su tenacidad y porque piensa como yo:

Pero volvamos ahora al ascenso que acababa de empezar...

Nada es imposible; todo es cuestión de intentarlo.

La fauna humana del Kilimanjaro

Nuestra primera parada fue en el campamento uno, el Mandara, a dos mil setecientos metros de altura. Estaba compuesto por barracones verdes de madera con literas y, aunque se supone que es una ruta muy masificada, tampoco nos encontramos con tantísima gente por allí. Lo que sí había era mucha niebla, casi todo el día, lo que aumentaba la sensación de misterio que envolvía a aquel volcán.

Nada más salir hacia el campo dos, cambió de repente el paisaje y se hizo mucho más árido y de montaña. Adiós al bosque tropical.

Vimos cómo bajaban a alguien en una de las carretas-camilla, bastante fastidiado por el mal de altura. Pensé que no me gustaría nada estar en una de esas carretillas, traqueteando todo el camino entre el polvo y con la cabeza a punto de estallar.

Es lo que pasa en estas rutas fáciles con tanta gente inexperta. Estaba seguro de que nos lo íbamos a encontrar muchas más veces. Solo había que ver quiénes nos rodeaban. Una japonesa con sombra de ojos y colorete, un padre y un hijo que estaban allí para celebrar la graduación del chaval, gente con sobrepeso... Yo esperaba que les fuera bien a todos.

También nos encontramos a una pareja de vascos que venían de bajada. Nos comentaron que habían visto a bastantes echarse para atrás a lo largo del ascenso.

A la mañana siguiente, al salir de la tienda me encontré a un grupo haciendo taichí. Estaba siendo un poco surrealista todo aquello.

Estábamos listos para seguir hacia el campo tres. Por delante nos esperaban aquel día más de mil metros de desnivel, que era lo que empezaba a afectar a los que no estaban preparados.

A la japonesa que habíamos conocido nos la encontramos de vuelta poco después, con el maquillaje un poco corrido. No había podido seguir, pero iba muy sonriente cogida de la mano de su guía, así que supusimos que no había sido tan mala la experiencia.

Nos encontramos también a una canadiense que iba con su hijo de doce años. Ellos habían conseguido llegar a la cima, aunque a mí me parece una irresponsabilidad llevar a niños a esas alturas. Pero en la ruta de la Coca-Cola te puedes esperar cualquier cosa. Y más que nos íbamos a encontrar.

Grabamos muchas conversaciones con la gente que nos íbamos encontrando. Conectar con los demás mediante el humor, buscando siempre una buena broma, es el camino más rápido para conocer a las personas. Con la sonrisa y el buen humor es muy difícil que alguien se cierre en banda.

Uno de los grandes valores que he aprendido viajando es la empatía, que a lo largo de la vida resulta muy útil tanto para progresar en un trabajo —los comerciales empáticos son los que más venden— como para entenderse con la pareja o con los amigos.

Cuando nos trasladamos a una cultura muy distinta, debemos ponernos en el lugar del otro para ver el mundo a través de sus ojos. Es un aprendizaje profundo que aumenta el «ancho de banda» de nuestra comprensión. Respetar la diferencia y aprender de ella es un seguro de vida que nos puede ahorrar muchos disgustos.

El rescate de los keniatas

Llegamos al campamento cuatro, a cuatro mil setecientos setenta metros de altitud, bastante agotados. Había sido un día largo y polvoriento, con más de mil metros de desnivel. Allí nos íbamos a quedar un día entero para aclimatarnos, que era lo más inteligente.

Sin embargo, tienes que insistir mucho para que te dejen aclimatarte un día más en ese lugar. La organización del parque, para aumentar el tráfico de gente, quiere que el mismo día que llegas, en la madrugada, comiences la ascensión. Es una barbaridad, porque no estás bien aclimatado. Mucha gente lo intenta y fracasa por este motivo.

Prevenir el mal de altura

El cuerpo humano funciona mejor a cotas cercanas al nivel del mar. A medida que ganamos altura, empiezan los problemas, debido a que el nivel de oxígeno en la atmósfera va decreciendo. A partir de los tres mil quinientos metros empiezan a presentarse los síntomas del mal de altura, que en casos extremos pueden derivar en un edema pulmonar o cerebral.

A gran altura, el corazón late más rápido y podemos tener problemas digestivos. Para prevenirlo es importante realizar una buena aclimatación, para la que hay que tener en cuenta lo siguiente:

- Al llegar a una altura considerable, es conveniente pasar un periodo de veinticuatro horas para adaptarnos. En principio, las personas no experimentadas en montañismo no deberían ascender más de cuatrocientos o quinientos metros diarios a partir de los tres mil quinientos metros.
- Los síntomas graves del mal de altura requieren un descenso inmediato.
- A gran altura es importante beber mucha agua, aunque no sintamos sed, y orinar a menudo. La dieta debe ser rica en hidratos de carbono y evitar un exceso de proteínas.
- Son totalmente desaconsejables el alcohol y la cafeína.

De hecho, allí mismo vimos cómo preparaban una carreta-camilla para llevarse a uno que sufría de mal de altura, y al que tenían reposando estirado en el suelo y cubierto de mantas. Iban a descenderlo de inmediato.

También había un grupo de keniatas, de los pocos africanos que estaban allí por placer y no trabajando, con síntomas de mal de altura. Uno de ellos vomitaba. Les dijimos a los responsables que debían bajarlos también enseguida, pero nos dijeron que ya no

quedaban carretillas. Nos explicaron que los keniatas estaban camino de la cima cuando empezaron a enfermar, y que, como no había gente suficiente para bajarlos, los obligaron a continuar hasta arriba.

Los ayudamos como pudimos y les dimos medicamentos, porque no llevaban. Pero una de las mujeres estaba desarrollando ya un edema, y había que bajarla de inmediato. El problema era que no quedaban carretillas.

Con ayuda de otros alpinistas, encontramos un carretón que estaba por allí escondido. Nos pareció que habían intentado ocultarlo para algún blanco que se pusiera malo. Una barbaridad. Los forzamos a prepararlo y a que durante la bajada le dieran de beber cada quince minutos. Al final se la llevaron y esperamos que le fuera bien.

Es trágico que en una ruta inicialmente sencilla pasen todas estas desgracias. Solo en aquel momento, vimos que había ocho personas en graves aprietos. Es muy triste ver cómo un viaje de diversión se convierte en un drama. Pero puede pasar si no te preparas, o si eres un turista y las empresas de turismo te engañan convenciéndote de que puedes hacerlo sin problemas.

El Kilimanjaro no era un plácido paseo como habíamos previsto.

La cumbre de los abandonos

Aquella noche fue muy límpida y cuando nos levantamos, tras dormir unas horas, la luna brillaba intensa en el cielo totalmente negro. Parecía que no íbamos a tener muy mal tiempo.

Hasta entonces, una buena parte de la diversión para mí había sido guiar a mis tres inexpertos compañeros de Cuatro. Josu frecuentaba las montañas y estaba convencido de llegar a la cumbre. Pero en el campo cuatro tuvo un horrible dolor de cabeza, debido al mal de altura, y tuvo que quedarse. Cristina estaba muy en forma, y ascendió hasta la cumbre, junto con María, que jamás había estado en una montaña ni había dormido en un campamento, recién salida de una rehabilitación de ligamentos cruzados y por la que ninguno de nosotros hubiera dado un euro.

Emilio el cámara, mi hermano Kike, Marcos y yo salimos a la una cincuenta de la madrugada. María y Cristina habían salido dos horas antes.

Empezamos a ascender desde los 4.750 metros de altura, alumbrándonos solo con la luz de nuestros frontales en medio de la oscuridad. Un rato después, ya estábamos cien metros más arriba y la temperatura era de dos grados positivos, así que todo pintaba muy bien.

Pero pronto vimos luces que bajaban, lo que significaba que alguien descendía antes de tiempo. Era un chaval con dolor de cabeza. Luego bajó también una mujer joven, con vómitos y molestias en el estómago. Había llegado a los cinco mil, que era donde estábamos nosotros en aquel momento, pero no había podido seguir.

Saber parar a tiempo es un aprendizaje indispensable tanto para el viajero como para cualquier plan que acometamos. También cuando nos hallamos en medio de una discusión que puede acabar dañando una relación personal. El mismo Napoleón decía que una retirada a tiempo es una victoria. Ese es un lema que a menudo me repito, porque a mí, que soy un poco impulsivo y tozudo, a veces me cuesta frenar.

De todas formas, suponíamos que aquello era lo normal en una ruta tan masificada. Eran muchos los que tenían que abortar la ascensión a la cumbre. Venía gente poco preparada, algo habitual allí, y era lógico que no pudieran llegar hasta la cima. En otros sitios es imposible encontrarse a gente inexperta porque las condiciones son muy duras desde el principio, y los que no son buenos montañeros ni lo intentan ni les dejan intentarlo.

Una de las cosas más fuertes que vi fue un chavalín de unos ocho años, con los padres dándole palmaditas y obligándolo a seguir. Qué majetes, pensé con ironía. El niño se tambaleaba, pero los padres seguían insistiéndole en que subiera. Una temeridad absoluta que no entendía ni me cabía en la cabeza.

A cada paso que dábamos hacia arriba, nos encontrábamos a alguien bajando. Dolores de cabeza, colapsos por el frío, por no llevar la ropa adecuada..., algo de lo que también habíamos hablado mucho.

Las nieves del Kilimanjaro

Aún de noche, alcanzamos el Gilman's Point, a 5.685 metros de altura, donde pisamos las primeras nieves. Las míticas nieves del Kilimanjaro, algo espectacular. Ya estábamos a doce grados bajo cero, que era lo que tiraba para atrás sin remedio a los que iban con una ropa cualquiera.

Ya iba quedando poco, solo dos kilómetros de caminar por el cráter hasta el punto más alto.

Entonces empezó el gran fenómeno del amanecer rojizo, a lo lejos, potenciada su belleza por la altura. Era absolutamente espectacular y con las primeras luces atravesamos los glaciares del volcán.

Los últimos metros, de repente, se convirtieron en una carrera entre Marcos y yo, que nos olvidamos de la fatiga y del frío para disfrutar de aquel momento.

Mientras tanto, mi hermano le decía al cámara que si estábamos representando la película *Dos tontos muy tontos*, en vez de seguir andando con calma y buen tino. Mientras nosotros nos comportábamos como críos, el tío estaba tan sereno. Pero es que estábamos emocionados, sobre todo Marcos, que nunca había subido tan arriba.

Y al fin llegamos al punto más alto, la cumbre, señalada con unos grandes carteles de madera. Estábamos a 5.895 metros de altura. Por fin pisábamos la cumbre de África que a tantos había echado atrás, no solo aquella misma noche sino a lo largo de los años.

Ahora tocaba descansar un poco en aquel cráter, y disfrutar del jamón y del chorizo que nos habíamos llevado expresamente desde León para celebrar que lo habíamos conseguido, mientras esperábamos a Cristina y María, que llegarían mucho rato después. Muy fatigadas, María totalmente reventada, pero muy feliz de haber conseguido un reto tan exigente para ella, ganado con fuerza de voluntad, con la fuerza de la mente. Allí estábamos, en el pico de África, disfrutando de los productos de nuestra tierra.

Un final pintoresco para aquella aventura pintoresca en el corazón del continente africano.

El Kilimanjaro nos había dado muchas historias, algunas cómicas y otras mucho más trágicas. Algo impensable al inicio, porque considerábamos que era una montaña fácil.

Pero haber escogido la ruta de la Coca-Cola fue un acierto. Nos permitió hacer un programa con mucho contenido, con tensión incluso, que marcó lo que sería nuestro formato.

Íbamos a hacer un programa espontáneo, con mucha interacción con la gente. Buscando el humor y lo que ocurre de verdad en las montañas; no queríamos quedarnos en el discurso épico manido de siempre.

El lugar más frío del mundo

Estamos muy cerca de morir, pero de ninguna manera perderemos la alegría.

ROBERT FALCON SCOTT

El Vinson es la montaña más alta de la Antártida, una de las siete más altas de cada continente, así que tenía que convertirse en un «Desafío Extremo». No solo por su altura, sino por lo inhóspito del terreno y el frío que iba a tener que afrontar. Este macizo tiene casi cinco mil metros de altura y está a poco más de mil kilómetros del Polo Sur. El techo del mundo en su punto más bajo.

Fui allí antes de entrar en Cuatro, o sea, que todavía no iba con equipos de televisión profesionales. Solo me acompañaba mi camarita de mano. Conseguir solventar la logística fue una hazaña. Para empezar, hay que pagar el billete de avión a la Antártida, cuyo precio es estratosférico. Para volar en un carguero ruso en el que nos sentamos en sillas plegables y donde no hay ningún tipo de normas de seguridad, hubo que apoquinar nada menos que veinticuatro mil eurazos, que no es moco de pavo. Pero para mí viajar a la Antártida era lo máximo, un objetivo que no podía abandonar.

Pasajeros a la Antártida

Llegué a Punta Arenas (Chile) con un canario llamado Diego. Allí había que esperar a que las condiciones meteorológicas fueran las idóneas para que el grande y pesado avión ruso Illusin pudiera aterrizar en medio de una explanada de hielo azul de ocho kilómetros de longitud, donde no podría pisar los frenos: por lo tanto, el tiempo tenía que ser casi perfecto o semejante aterrizaje no se podría hacer. Lo más importante de todo era que el viento se mantuviera por debajo de los 45 km/h y no fuera muy cruzado. Además, la visibilidad tenía que ser buena.

Todo esto en la Antártida no es fácil, así que la organización te dice que te tomes al menos un mes como margen de espera... ¡Un mes! Incluso algún año no se ha podido hacer ni un solo vuelo al interior de la Antártida a la base Patriot Hills.

Los días pasaban, pero una noche nos sacaron corriendo de la cama diciéndonos que teníamos una hora para estar con el equipaje en el aeropuerto. ¡Al fin volábamos a la Antártida!

Yo me imaginaba subiendo a ese monstruo de avión con un montón de exploradores que querían formar parte de la élite de la aventura. Valientes que volaban a un lugar increíble, lleno de peligros y emociones.

Cuál sería mi sorpresa cuando, al entrar en el avión, vi a los presuntos *exploradores*, a los *aventureros*. No había nadie de ese perfil en el viejo carguero ruso.

Lo que me encontré fue una mujer con unos taconazos de miedo y casi con vestido

de noche, porque su millonario novio le había dado esta soberana sorpresa esa misma noche, para que tuviera más efecto: «Cariño, mañana nos vamos a sacar una foto al Polo Sur. ¿A que mola?». A juzgar por el careto de la moza, que lucía tipazo con un modelito y estaba toda llena de joyas, mucha gracia no le había hecho. Desde mi punto de vista, o a esa chica le dejaban ropa de verdad o jamás sobreviviría a la foto del Polo Sur... Y eso que aún no sabía cómo serían las comodidades del largo vuelo que nos esperaba...

También había un tejana que, con su hijo y dos amiguitos más, volaba para ver con sus propios ojos cómo sería el lugar donde, según él, muy pronto se sustraerían las codiciadas reservas de petróleo. Lo sé porque en nuestra conversación, que no duró mucho, me decía que nosotros, los ecologistas (no sé por qué decidió que yo era ecologista, aunque sin duda lo soy; supongo que sería por mi ropa), hablamos mucho de conservar el planeta, pero ellos, los hombres del petróleo, son los que lo hacen funcionar.

La prepotencia y el aspecto de este individuo, con un hijo un tanto corto que solo asentía con la cabeza mientras se le movían los camafeos sobre el cuello, no augura mucha esperanza para la implantación progresiva de nuevas tecnologías energéticas más baratas y sobre todo ecológicas. Viendo con mis propios ojos cómo actúan estos locos del petróleo, para los que todo vale, miedo me da...

«Por Dios, dejad la Antártida como está. Es patrimonio de la humanidad», le espeté yo.

Sus carcajadas aún deben de resonar por el Illusin... Me miró con tal desprecio que yo mismo agaché la cabeza, porque si sigo provocándolo me zumba.

Luego estaban los turistas con dinero que persiguen la foto más exclusiva, aunque para ello tengan que pagar setenta mil euros. La foto del mismísimo Polo Sur bien valdría esa suma, porque al menos había unos veinticinco turistas vestidos típicamente con la ropa de Coronel Tapioca, nada acorde con el frío que les esperaba. Iban con tres guías americanos.

Uno de estos guías, que era muy simpático, me confesó que menos mal que en la base antártica de Patriot Hills tenían equipamiento para todos estos turistas, porque, si se fiaban de su atuendo, sin duda ninguno regresaría vivo. También me dijo que cada vez aumenta más este tipo de turismo, así como el de los cruceros a la Antártida. Fue así como descubrí que hasta al rincón más remoto se puede llegar. Todo tiene un precio.

Aunque en el avión también conocí a un astronauta ruso que siempre que miraba por la escotilla de la estación espacial internacional se fijaba en la Antártida, y que se prometió a sí mismo que algún día conocería aquello. Fue muy agradable la conversación con este astronauta, del que aprendí muchas cosas, y de cuyas vivencias espaciales tuve, en cierta medida, envidia sana...

Era un personaje que encajaba en aquel viejo y enorme avión ruso, heredado de la antigua URSS, cargado hasta el techo de contenedores. Íbamos sentados en los laterales sobre trasportines plegables. Ni una sola comodidad, ni una galletita o nada por el estilo. Solo un ruido ensordecedor, pues el avión no estaba insonorizado. Los servicios que no tenía estaban resueltos con un WC de esos que ponen en los conciertos donde todo rebosa y se sale pasillo adelante...

Para colmo, el avión había regresado de Patriot Hills sin tiempo de que lo limpiaran, pues había que asegurarse de que pudiéramos aterrizar ahora que había unas horas de calma. Y en ese vuelo anterior lo que habían viajado eran unas cuantas toneladas de residuos orgánicos humanos, léase caca y pis procedentes de toda la base, pues el protocolo antártico prohíbe tirar ni una sola gota de estos residuos sobre el terreno, ya que

permanecerían allí decenas de años sin degradarse.

Así que allí estábamos ese nutrido grupo de *aventureros*, dispuestos a llegar a la Antártida. Al canario Diego y a mí nos daban igual el ruido, la incomodidad e incluso el repugnante olor. Íbamos de verdad a una aventura con mayúsculas. De hecho, éramos los únicos deportistas en ese carguero.

Al resto les resultarían un infierno esas casi siete horas de vuelo... Encima habían pagado veinticuatro mil euros, solo por el billete de avión de ida y vuelta, para viajar en clase «mierda».

Aterrizaje en la Antártida

Cuando íbamos a aterrizar, me quedé maravillado con la pericia del piloto. Siendo yo mismo piloto, era capaz de entender el peligro y la dificultad que iba a entrañar aquello. Porque aterrizamos en mitad de la nada sobre el hielo azul, que es el más resbaladizo que existe.

Sobre este hielo, como ya he dicho, no pueden usarse los frenos. Simplemente tienes que aterrizar con gracia, utilizar la reversa de los motores y dejar que el monstruoso avión se desplace sobre la placa de hielo hasta que se detenga solo. Y resultaba que esa pista de aterrizaje, que era la única pequeña porción libre de nieve por allí, medía dos por ocho kilómetros nada más. Casi nada.

Fue bastante espantoso porque el aparato vibraba sobre las rugosidades del hielo y el ruido era atronador. Para mí era incomprendible cómo habíamos podido aterrizar y salir del bicho sin un rasguño. Pero, como todo lo que al principio da miedo y se resuelve bien, fue muy emocionante. Y ya estábamos en el extremo sur.

Al fin habíamos aterrizado, no me lo podía creer. Estaba muy emocionado. Una vez abajo todos los visitantes y todos los bártulos, nuestro primer destino era el cercano campamento de Patriot Hills, montado por la empresa norteamericana que organizaba aquellos viajes.

Era la única empresa que por aquel entonces tenía permisos para operar allí, y los americanos que se hacían cargo eran muy severos en el seguimiento de las normas ecológicas y de seguridad, que son muy estrictas en la Antártida.

Ahora estábamos a dos mil kilómetros del Polo Sur, que es lo que tendrían que recorrer por turnos los turistas en una avioneta para vivir esa extravagante experiencia y hacerse las dichas fotos.

Pero cada uno a lo suyo, y yo tenía que prepararme para mi desafío.

El funesto destino de Scott y sus hombres

En su carrera contra Roald Amundsen, el británico Robert Falcon Scott no solo llegó al Polo Sur un mes después que el noruego, que lo hizo el 14 de diciembre de 1911, sino que en el fracasado viaje de vuelta moriría de hambre y de frío junto a sus cuatro compañeros.

Uno de ellos, Lawrence Oates, acabó saliendo de su tienda de campaña y antes de

alejarse voluntariamente dijo estas últimas palabras: «Voy a salir fuera y puede que por algún tiempo».

Los americanos cobran mucho, pero lo que hacen lo suelen hacer bien. El campamento estaba compuesto por poco más que las tiendas dormitorio y la tienda comedor, que en aquellas condiciones inhóspitas era como un hotel de cinco estrellas. Las tiendas eran espaciosas y había unos colchones que ya hubiese querido yo en todos mis campamentos.

Una nevera natural

Mientras esperábamos vientos favorables que permitieran a la avioneta llevarnos hasta el campamento base, nos enseñaron una de las cuevas de almacenaje que habían construido en el campamento. Esto era útil y bajé a ver qué se cocía, porque durante el ascenso al Vinson tendríamos que dejar atrás parte de los bártulos y habría que usar algo parecido.

Estos almacenes antárticos son cuevas que los expedicionarios excavan en el hielo y refuerzan con estructuras de madera. Luego las señalizan para poder encontrarlas de nuevo. Ahí meten los bártulos cuando se acaba la temporada de expediciones, y quedan allí almacenados hasta que con la siguiente temporada sean necesarios otra vez.

El temible viento catabático

Cuando al fin el viento nos dio un respiro, salimos en la avioneta hacia el campamento base del Vinson. Esa misma avioneta sería la que luego llevaría a la masa de turistas al Polo Sur, mientras nosotros hacíamos nuestro ascenso.

Fue una hora y veinte minutos de sobrevolar montañas y valles donde el único color que se veía era el blanco, y el negro de la sombra de la avioneta. Nada más: el mundo se había vuelto monocromático y vacío.

Una inmensidad de nada. El paisaje más sobrecogedor que jamás he visto.

En aquel periplo increíble solo éramos tres: un canario llamado Diego, un americano que respondía al alegre nombre de Andy y yo, que iba alucinado por el increíble paisaje. Íbamos a hacer la ascensión juntos.

Siempre es mejor escalar acompañado, y además era agradable tener a alguien con quien hablar en castellano. Aunque me parecía que el canario, viniendo de donde venía, iba a pasar más frío incluso que yo. Lo suyo sí que iba a ser un reto.

Cuando la avioneta nos dejó a los tres en la base de la montaña, sentí una sensación de aislamiento como nunca antes. Si aquel frágil vehículo, por la razón que fuera, no regresaba, o si nosotros no estábamos a la hora y el lugar exacto de la recogida, íbamos a quedarnos solos en la inmensidad del desierto antártico.

El campo base estaba a 2.134 metros de altura, y el termómetro ya marcaba veintinueve grados bajo cero. Y eso que hacía bueno... Porque aquí puede fastidiarse mucho el tiempo, mucho de verdad. Puede llegar a producirse uno de los fenómenos más

terroríficos que se puedan imaginar para los expedicionarios, y que responde al inquietante nombre de viento catabático.

Ya el nombre no hace otra cosa que alertar. En resumidas cuentas, estos vientos, que también se producen en Groenlandia, lo que hacen es coger el aire de alta densidad de las grandes alturas y llevarlo hacia abajo como si fuesen un tobogán. Pero es un tobogán tan bestia que, aquí en la Antártida, esos vientos pueden alcanzar hasta los doscientos kilómetros por hora, y hacen bajar la temperatura una cosa mala no, peor.

Por lo tanto, visto así, nos hacía buen tiempo a los veintinueve grados bajo cero, comparado con el huracán helado que se nos podía venir encima en el momento menos pensado. Si una cosa así te coge en medio de un ascenso, estás listo.

En el centro de meteorología nos comentaron que, con las ráfagas de ochenta kilómetros por hora que teníamos en ese momento, la sensación térmica bajaba hasta unos treinta grados de menos, así que hacía un frío de mil demonios. Y eso con relativo buen tiempo. Iba a ser duro: lo veía venir.

El Everest de la Antártida

Si mirabas a tu alrededor desde aquella meseta, te quedabas sin habla. Tan solo veías páramos blancos sin rastro alguno de civilización. Era como estar en otro mundo, en uno donde no había ni rastro de vida.

De hecho, la población más cercana se hallaba a una distancia monstruosa, y apenas llegaba nadie hasta allí, ni siquiera en la temporada buena. En la mala era impensable. Eso hacía que sintiera una sensación de aislamiento brutal.

Pero desde allí podíamos ver la ruta de ascenso hasta el campo uno, y las marcas que indicaban que había pies que la habían recorrido antes. Las ganas de empezar a recorrer aquel camino ayudaban a contrarrestar la sensación de frío y aprensión.

Era una aventura subir a la montaña más alta de la zona más baja del planeta. No había muchos que lo hicieran, y yo quería ser uno de ellos.

Para cualquier desafío que he afrontado he contado con el miedo, que puede ser un seguro de vida o bien un freno. Gran parte del éxito de todo proyecto reside en saber distinguir el miedo lógico y regulador del que está injustificado y obedece solo a nuestras inseguridades y a nuestros propios fantasmas. Si controlamos el miedo y lo conocemos, podremos gestionarlo y nos guiará siempre en la mejor dirección.

Campo uno

Dadas las malas previsiones de tiempo que se esperaban, decidimos hacer la ruta en la mitad de tiempo. Por suerte, el grupito que había formado con el canario y el americano era majo y fuerte, y ellos estaban tan ansiosos por llevar a cabo el desafío como yo.

Así que nos pusimos en camino hacia lo desconocido, arrastrando todo lo que iba a permitirnos sobrevivir en aquel lugar inhóspito en los trineos que eran nuestras sombras.

Al campo uno llegamos sin muchos percances salvando el frío insoportable. Ahora estábamos a dos mil novecientos metros de altura, y montamos la tienda dentro de un nido de nieve en cuyo centro pusimos la cocina. Incluso dentro de la tienda el vaho era increíblemente denso cada vez que respirabas.

Y afuera, aunque eran las doce y media de la noche, hacía un sol increíble. Porque en la Antártida, en esta época, el sol no se esconde: está ahí arriba todo el rato. Y la radiación era tan bestial que había que dormir con las gafas de sol puestas para no tener después problemas en los ojos.

Dormir era muy complicado, porque se rompían mucho los ritmos y los esquemas. Era difícil saber cuándo había que conciliar el sueño. Era difícil dormir en sí.

Al día siguiente, tocó dejar bártulos atrás para acometer el campo dos, desde el que haríamos un ataque rápido a la cumbre. Así que, para no andar subiendo y bajando y haciendo porteos, guardamos los trineos en una cueva y cargamos lo estrictamente necesario en las mochilas.

Solo mochilas grandes y muy pesadas, pero que nos permitirían avanzar más rápido hacia nuestra meta. Llevábamos un trineo ligero.

Por eso sé que es tan importante ir acompañado: no solo porque otro humano te ayuda a no volverte loco en aquella soledad, sino porque podéis salvaros la vida el uno al otro. En cualquier aventura es importante elegir bien a los compañeros a los que te atas. Si son positivos y suman fuerzas contigo, harán tu travesía más agradable y segura. Si son negativos o vagos, caminarás peor que si vas solo.

Otra cosa muy importante era unirse con cuerdas. En esa tierra hostil, donde no solo los vientos catabáticos sino también cualquier descuido puede matarte, es importante la seguridad. Por eso, al unimos con cuerdas los unos a los otros, disminuíamos el riesgo de caer al vacío si alguno de nosotros se encontraba con un trozo de hielo demasiado resbaladizo o una grieta.

La expedición japonesa

Nos pusimos en marcha hacia el campo dos. Con ánimo pero con cautela. Eran mil metros de desnivel los que teníamos que superar en esa etapa, nada menos.

El paisaje era espectacular. A medida que subíamos, veíamos el serac, el trozo de hielo colgante que tendríamos que escalar para, algo más allá, llegar al campo dos.

Lo que también vimos y que resultaba tan curioso allí fue otras figuras moviéndose. Un grupo de japoneses que se acercaban.

Me paré a hablar con uno de ellos, que no estaba muy animado. Era un tipo llamado Matsamoto que en una mezcla de castellano e inglés me explicó una historia aterradora. Estaban avanzando hacia el campamento cuando les habían pillado unos vientos muy fuertes. Y el amigo Matsamoto sintió que no movía la mano. Tenía los dedos congelados, los cinco. Los tenía tirando a negros y muy hinchados.

Era trágico, de aquellas cosas que antes de empezar sabes que te pueden suceder, y que esperas que no te toquen. Pero a Matsamoto le había tocado.

Primeros auxilios en caso de congelación

A muy bajas temperaturas, además de las dificultades propias de la altitud, el alpinista se enfrenta al peligro constante de las congelaciones. Por muy protegidos que vayamos, las orejas, la nariz y los dedos de las manos y los pies quedan expuestos a este azote tan común entre los montañeros de riesgo.

Las congelaciones avanzadas se muestran en forma de placas negruzcas que pueden derivar, si no se tratan a tiempo, en gangrena e infecciones.

Las primeras curas que deben aplicarse, mientras se espera al traslado hospitalario urgente, son las siguientes:

- Evitar que la zona congelada quede comprimida por las prendas de vestir, por lo que hay que denudar esa zona.
- Calentar la parte afectada con las prendas de abrigo que tengamos a mano. Si disponemos de agua caliente, sumergir a 40 °C durante unos minutos puede paliar los efectos de la congelación.
- En ningún caso hay que frotar la zona afectada, ya que se agravarían las lesiones.

Le di las gracias por pararse a hablar conmigo y le deseé suerte, diciéndole que iría bien. Aunque lo cierto era que la cosa pintaba bastante mal para el pobre montañero. Y eso era algo que nos podía pasar a cualquiera de nosotros. Eso o incluso algo peor.

Es el peligro que tienen estas montañas que parecen tan serenas, tan quietas. Pueden lesionarte o matarte sin inmutarse siquiera. Ya les había pasado a muchos, y les pasaría a otros que vendrían después.

De hecho, cuando contratas la expedición, firmas un papel en el que aseguras ser consciente de que, si las condiciones no son buenas, quizás no puedan rescatarte si te pasa algo.

En el último campamento

Pese a todo, seguimos adelante. El frío es tan intenso en ese lugar que tienes dolor de cabeza constantemente por el aire helado que inhalas. Al final casi no puedes hablar, por el cansancio y porque tienes la mandíbula congelada. Cualquier fluido, una lágrima o un poco de saliva, se congela enseguida, igual que el sudor.

Comunicarse se convirtió en otro desafío extremo de los que había que superar para llegar al objetivo final, que se hallaba en la cumbre que nos observaba desde el techo inferior del mundo.

En el campo dos llegamos a estar a 42 grados bajo cero. Pero la sensación térmica a aquellos tres mil novecientos metros de altitud era, por la intensidad del viento, de unos sesenta grados bajo cero. El viento siempre está ahí, acompañándote a cada paso y mientras duermes en tu tienda helado.

Y aunque te acostumbras a él en cierto modo, siempre estás pendiente de alguna

ráfaga más fuerte que indique que va a hacerse huracanado. Catabático.

Aquella noche de sol intenso trabajamos como bestias para montar el campamento dos. Incluso dentro de la tienda casi no podía mover las mandíbulas. Y mientras hablaba con esfuerzo para el programa, la cámara se movía como loca porque Diego el canario, que era el que estaba filmando, temblaba de forma descontrolada.

No me cansaré de repetir que el humor es una herramienta imprescindible siempre. En situaciones críticas o difíciles, lo uso para relajarme y relajar a los demás, para conectar con mis compañeros de una forma más positiva. Así el pensamiento lógico fluye mejor y te ayuda a tomar decisiones más acertadas. Y, además, pasas un buen rato, que es de lo que se trata en el fondo: pasar el máximo rato de la vida disfrutando, aunque sea con bobadas.

Cuando te encuentras en una situación complicada, reírte te relaja y te ayuda a encontrar soluciones. Sin duda, el humor es la mejor arma de la que disponemos para enfrentarnos a las circunstancias más duras que nos ponen a prueba.

Mientras hacíamos la cena, nos dábamos cuenta de que coronar la cima no iba a ser tan fácil como pensábamos en un principio. Aquí no era una cuestión de altitud, pues hay picos mucho más altos, sino de condiciones físicas y mentales. Dependía de saber soportar el frío y de las capacidades de cada uno.

En aquel lugar inhóspito, todo se congelaba: el cuerpo, la sangre, cualquier parte del cuerpo expuesta. Y todos los objetos quedaban recubiertos por una fina capa de hielo. Los cristales de las gafas del canario eran hielo cuando se las quitaba y los cubría la escarcha en que se convertía el vapor de nuestra respiración dentro de la tienda.

Aquella noche íbamos a pasarla a menos cuarenta grados. Dormíamos con todo puesto, con cada pieza de ropa que teníamos además del saco. Hacía un frío atroz. El viento había empezado a soplar con más fuerza y temí que acabara siendo demasiado fuerte, que nos enfrentáramos al desastre.

Fue una noche dura.

El ataque

Al día siguiente, el clima se tranquilizó y nos preparamos para emprender el camino hacia la cima. La última etapa de aquel ascenso desafiante.

El paisaje era un espectáculo increíble. Tras avanzar un poco, pudimos ver a lo lejos el collado en el que habíamos dormido, a los pies del pico Shinn. Y a nuestro alrededor se alzaban cordilleras de las que no sabíamos ni el nombre.

Estábamos solos en aquella altura: los otros grupos que habíamos encontrado en el campamento base ni siquiera se veían. Pero lo más importante era que también podíamos vislumbrar la cumbre del Vinson, hacia donde nos dirigíamos.

Seguimos adelante, con mucha precaución. Nunca nos acercábamos demasiado los unos a los otros y, cuando nos deteníamos, dejábamos una distancia de seguridad entre los miembros del grupo.

No puedes juntarte con tus compañeros para comentar el itinerario o beber: no puedes despistarte. Porque si te paras encima de un puente de nieve, puede colapsarse con

el exceso de peso, y caerías a una grieta de la que difícilmente podrías salir. Eso si llegas abajo con vida.

Ha pasado más de una vez. Por eso hay que estar alerta y mantener siempre la distancia de seguridad.

Detrás de nosotros solo quedaba un gran blanco: estábamos solos con nuestros bártulos.

La crisis

Entonces empezó a nevar por encima de nosotros en el camino hacia la cumbre que se desdibujaba. En esos casos, si llega la niebla, tienes que orientarte con la brújula y el GPS porque no se ve nada.

Seguimos ascendiendo y de repente empecé a encontrarme mal. Pero mal de verdad. No cansado y desfallecido y helado, sino enfermo. Uno se conoce, y en este tipo de desafíos hay que analizarse hasta el último milímetro.

Es cuestión de supervivencia. Hay que saber cuáles son los propios límites y lo que es normal en uno mismo y lo que no. Yo sentí que la forma en la que se me iban las fuerzas y la cabeza no era normal. No era solo el frío y el cansancio, era algo más. Incluso mis compañeros empezaron a darse cuenta de que algo pasaba.

Así que bajé de la pared por la que estaba subiendo, que era casi vertical. Tenía que parar en aquel momento, aunque faltara poco para llegar a la cumbre. Porque hay que tener cabeza y no abocarse al propio desastre, ya que puede ser fatal. Nos quedaban doscientos cincuenta metros hasta la cumbre y me sentía muy perjudicado. Tanto que no me veía con fuerzas para seguir, al menos por un rato. Aunque estuviésemos a un tiro de piedra de la ansiada cumbre del Vinson.

Me había sentado mal algo en el estómago y necesitaba esperar a ver si me recuperaba un poco.

En momentos de extrema dificultad, cuando el dolor o la desesperación parecen a punto de doblegarnos, la práctica de la atención plena puede ser un gran alivio. Centrar nuestros sentidos en una imagen, en un movimiento determinado o incluso en una canción sirve para descargar la ansiedad y recuperar el control sobre uno mismo.

Para evadirme del malestar, me dediqué a admirar el paisaje. Era increíble la forma en que en algunas zonas el suelo se fundía con el cielo en la blancura brumosa, cómo sobre nosotros la cumbre se dibujaba contra el azul como si estuviera dibujada y perfilada.

Asalto final

Volvimos a ponernos en marcha. Yo casi me arrastraba por la nieve para poder avanzar. Me parecía inaudito: nunca había ascendido en unas condiciones tan malas. Me sentía fatal, pero mis compañeros me animaban y en parte tiraban de mí. Física y

psicológicamente.

Creo que conseguí avanzar aquellos últimos metros gracias a ellos, a su apoyo y sus ánimos. Sin ellos no lo habría conseguido.

Y así de maltrecho conseguí llegar a la cima; creo que nunca hasta aquel momento había llegado a una cima tan extenuado. Me costó recuperarme casi veinte minutos, pero estábamos a 4.897 metros de altura en el extremo inferior de la tierra. Era la cima del Vinson, y sobre mí, mientras yacía en el suelo helado recuperando las fuerzas, veía a Andy el americano agitar los brazos con alegría pese al cansancio. «¡Amigo!», exclamaba aquel camarada.

Allí estábamos, con el americano, el primer leonés y el primer canario en pisar la cumbre del Vinson. Gracias a ellos lo había conseguido. Congelados, pero allí estábamos abrazándonos con una sonrisa inmensa en el rostro helado.

En esos momentos te sientes eufórico; y durante la bajada, aunque es el momento más peligroso, se te hincha el pecho de orgullo. Cuando llegas al campamento base y ves el brillo del reconocimiento en los ojos de los que están acostumbrados a aquel lugar, cuando les explicas lo que has hecho, te inunda la felicidad.

La Antártida me había impactado por su crudeza, pero también por su increíble belleza serena e inhóspita, vacía. Me iba, pero estaba seguro de que volvería. Mientras tanto, aún quedaban muchos desafíos por acometer.

La epopeya del *Endurance*

El nombre de Shackleton es conocido por todos los aventureros que se acercan a los confines del sur, pues fue uno de los pioneros en la conquista del inhóspito territorio antártico. Nacido en Irlanda en 1874, estuvo desde su niñez sometido a un gran deseo de conocimiento y a un espíritu aventurero.

Quizás su travesía más conocida es la que llevó a los veintiocho miembros de la tripulación a perder su barco *Endurance* en el mar de Weddell y quedar varados en la Antártida durante casi dos años. Sin embargo, la persistencia y el ánimo de Shackleton no desfallecieron jamás y, tras llevarlos primero a la isla Elefante y salir en busca de ayuda con la única compañía de dos hombres valientes, consiguió devolverlos a todos sanos y salvos a tierra firme.

«Se buscan hombres para viaje peligroso. Salario bajo, frío agudo, largos meses en la más completa oscuridad, peligro constante y escasas posibilidades de regresar con vida. Honores y reconocimiento en caso de éxito», rezaba el anuncio con el que el aventurero buscó hombres para esta expedición; pese a lo advertido, y contra todo pronóstico, los mantuvo a todos a salvo.

Hacia el Polo Norte

La aventura consiste, básicamente, en mala planificación.

ROALD AMUNDSEN

Tenía que haber emprendido la expedición del Polo Norte un año antes, pero mi accidente en Marruecos y las múltiples operaciones me hicieron retrasar el viaje. Eso sí: cuando estuve al cien por cien de nuevo, ya no quedaba otra que ponerse manos a la obra y petate a la espalda.

Siempre he sido un culo de mal asiento. Es placentero quedarnos en nuestro entorno conocido, haciendo aquello que ya hemos demostrado que sabemos hacer, pero el gran reto de un ser humano es adentrarse en el terreno de lo desconocido y descubrir el placer de la sorpresa, de lo nuevo, de conocer a personas diferentes. Aquello que nunca has intentado exige prudencia y preparación, pero te puede procurar a cambio placeres inesperados. Hay escritores y artistas que han descubierto su arte en la madurez o incluso en la vejez, y han llegado a brillar más que nadie. Nunca es tarde para hacer lo que jamás habrías soñado emprender. Para mí, ir a los puntos geográficos más alejados del planeta es una forma de exploración que tiene un atractivo formidable. ¿Cómo es ese lugar del fin del mundo del que tanto leemos y hablamos?

Aquello me tenía un poco nervioso porque no son montañas, que es lo que yo controlaba, pero de todas formas estaba con muchas ganas de emprender el viaje.

Esta vez el grupo lo compondríamos el gran experto en los polos Ramón Larramendi, el cámara Emilio Valdés y yo mismo, que ya estaba haciéndome a la idea de las temperaturas extremas que tendría que soportar.

Pero si alguien sabe cómo moverse por allá arriba es Ramón, así que íbamos con un gran guía. En este programa queríamos explicar lo más básico del Polo Norte, que a menudo resulta confuso para mucha gente.

Hay que tener muy en cuenta la deriva, el hecho de que, a diferencia del continente antártico, el Polo Norte no está situado en tierra firme, sino cubierto de placas de hielo flotantes que se mueven continuamente.

Para llegar a nuestro objetivo nos propusimos hacer un viaje del todo inédito. No por lo arriesgado o porque estuviera destinado a batir un récord, sino porque seguramente era absurdo. Queríamos ir dos veces seguidas al Polo Norte en una expedición dura pero ortodoxa: cubrir el último grado mediante una travesía de esquís, arrastrando un trineo o pulca, hasta alcanzar el polo norte geográfico. Dormir allí en nuestra tienda y, al día siguiente, kilómetros más lejos debido a la deriva, volver al mismo punto y desde allí salir en un helicóptero que vendría a recogerlos.

La originalidad en los proyectos resulta vital: es un ingrediente básico para despertar el interés de los demás, tanto si te ven en televisión o leen tus crónicas, como si se trata de despertar el entusiasmo de tus compañeros, de los jefes o de los que buscan divulgar lo que haces. Si emprendes un proyecto, pregúntate antes de nada: ¿dónde está mi originalidad? ¿Qué puedo ofrecer que sea diferente?

En esta expedición pretendíamos ser originales. Y no inventando algo más difícil (esa es la lógica de muchos aventureros), sino provocando contenidos distintos. Por encima de una expedición de exploración o deportiva, estábamos realizando un programa de televisión que buscaba divulgar y entretener. Por este motivo, era imprescindible encontrar fórmulas diferentes, que nunca se hubiesen hecho con anterioridad.

Rumbo a los hielos

Lo primero a lo que nos tocó enfrentarnos fue el viaje eterno que, con tres escalas intermedias, debía llevarnos a las islas Svalbard.

Estas islas son el último refugio para los seres humanos antes de llegar al Polo Norte; cuando llegamos, a las tres y pico de la madrugada, la suave claridad polar nos iluminó un paisaje asombroso. Allí hay seis meses sin noche y seis meses sin día, y a nosotros nos tocaba el día.

Para llegar hasta este lugar recóndito tuvimos que volar muchas horas desde Noruega, así que ya te puedes imaginar lo arriba que está. Aunque cueste creerlo, Noruega está más cerca de África que de estos territorios, que se hallan a tan solo mil trescientos kilómetros del Polo Norte, nuestra meta.

Al aterrizar, nos fuimos directos al albergue, aunque en parte lo que me apetecía era volverme a casa. Me lancé directo a mi cama, que era un colchón en el suelo, y dormimos solo cuatro horas porque había muchas cosas que hacer.

Longyearbyen

Con el pelo revuelto y cara de sonámbulo, fui a encontrarme con el resto del grupo. Además de Ramón Larramendi, nos iba a acompañar también María March, una expedicionaria intrépida. No la conocíamos, pero se unió a nuestro grupo porque, para nuestro propósito de ir dos veces al Polo Norte, necesitábamos recursos y tiempo. Fue muy valiente. Sin conocer más que a Ramón, se introdujo en nuestro equipo para vivir con nosotros en una tienda de campaña enana un mes entero.

Fuera del albergue nos esperaba la ciudad de Longyearbyen, que es tan extraña como su nombre. Fue fundada en 1906 y pertenece a Noruega. Hay pocas edificaciones, pero abundan los funcionarios, los científicos y los empresarios y guías de turismo extremo. Casi todas las expediciones al Polo, ya sean por trabajo o por placer, parten de estas islas, que son el último refugio en un mar congelado.

¿Llegó Peary primero al Polo Norte?

Existe controversia sobre quién fue el primer hombre en llegar al Polo Norte. Oficialmente, el primero fue Robert Peary en 1909, un honor que el explorador y médico Frederick Cook reclamó un año antes.

Según el relato de su expedición, Peary partió el 6 de julio de 1908 de Nueva York junto con veintitrés hombres, y pasaron el invierno en la isla de Ellesmere. Luego reanudaron la ruta hacia el Polo Norte, donde habrían llegado el 1 de marzo de 1909. Solo cinco de sus hombres lo acompañaron en el tramo final.

Algunos historiadores modernos dudan de que lo consiguiera, porque el grupo de seis expedicionarios no realizó mediciones precisas y podrían haber terminado a 37 kilómetros del verdadero polo.

En la época, los que defendían la gesta de Peary atribuían esas dudas a conspiradores del bando de Cook.

Tal vez nunca lleguemos a saber realmente lo que sucedió. Pero la historia de la conquista de este punto geográfico mítico y abstracto es formidable. Muchas expediciones buscaron esa gloria, muchas perecieron, otras salieron en su búsqueda y tampoco regresaron.

Hacía un frío insoportable y me costaba vocalizar, pero íbamos bien pertrechados. Todos menos Ramón, que paseaba por Longyearbyen ligero de ropa, en mocasines, como si se encontrara en Madrid.

Un nuevo artefacto

Para nuestro objetivo había dos opciones: o dedicar muchos días a atravesar el océano a pie hacia el norte, o bien coger una avioneta hasta la base rusa Barneo, que es lo que haríamos nosotros.

Visitamos unos hangares llenos de trineos y otros trastos necesarios para alcanzar la última meta de este viaje. Y entre esos artilugios estaban los que nosotros íbamos a someter a prueba. Porque Ramón es un inventor de métodos de transporte para los polos, como el catamarán con el que cruzó la Antártida. Y en esta expedición quería que probáramos su última ocurrencia: un trineo anfibio.

Su invento tiene triple función, porque, además de servir como trineo, también podía usarse como catamarán o canoa doble. O eso decía Ramón.

Emilio y María fueron más afortunados, porque utilizarían los típicos «pulca», unas góndolas para llevar el equipo que son más ligeras y, como demuestra la experiencia, seguras. En teoría nosotros no tendríamos que bajarnos del artilugio cuando tocase atravesar un canal, pero, cuando tuviéramos que acarrearlo, nuestro trineo pesaría como diez veces más que el suyo. Y a ese peso teníamos que añadir el de nuestro equipaje nada menos.

Una bestialidad, por mucho que se deslizara.

A los demás les daba la risa al ver nuestro cacharro de transporte. No se lo dije a

Ramón, pero su experimento me parecía una faena. Ya iba a ser duro el viaje como para tener que arrastrar el armatoste y nuestros bultos.

Coincidencias en el aire

Al día siguiente volamos hacia la base Barneo, una estación temporal flotante emplazada en un témpano a la deriva a un centenar de kilómetros del polo.

En el avión éramos unos veinte. De nuevo me encontré con turistas que iban a llegar hasta el Polo Norte en helicóptero. La excursión les costaba la friolera de unos dieciocho mil euros, pero estaba claro que podían permitírselo. Me sorprendió ver a gente bastante madura, pero de todos ellos quien más quien menos ya había llevado a cabo grandes aventuras. Un hombre ya había atravesado la Antártida y una inglesa había cruzado el Atlántico a remo con su hijo.

Así que estábamos rodeados de valientes. Valientes menos cargados que Ramón y yo, eso sí.

Y lo que son las coincidencias: lo que más me alucinó fue encontrarme a un guía que me saludó alegremente. Decía que nos habíamos conocido en la Antártida, e incluso recordaba mi nombre. Con lo grande que parece el mundo, sobre todo cuando estás en un extremo de la tierra conocida. «El mundo de la aventura es pequeño», me dijo el tipo. Una gran frase, y muy cierta.

Mi vida, como la de cualquier persona, está llena de coincidencias que no son siempre cosa del azar. Personas con intereses parecidos, con un espíritu similar, nos encontraremos en cualquier punto del planeta, porque es muy posible que hayamos tomado decisiones semejantes. Esa es una de las cosas mágicas del mundo viajero, pero las coincidencias significativas, o sincronicidades, están también muy presentes en la vida cotidiana. Debemos prestarles atención, ya que estos encuentros afortunados acostumbran a llevar un mensaje. Si alguien que ha sido importante para nosotros aparece de nuevo, es que hay algo importante que debemos compartir.

El campamento que se alejaba

A diferencia de la de Patriot Hills, en la Antártida, la base Barneo es rusa. Son varios hangares de lona convertidos en dormitorios, cocina y comedor. Para construir estos campamentos flotantes —que permanecen abiertos solo dos meses al año—, primero tienen que lanzar en paracaídas la máquina para allanar la nieve, y se lanzan también en paracaídas los que tienen que preparar la pista para que luego pueda aterrizar el avión que lleva el resto de los bártulos.

El jefe de la base me explicó que ese año esperaban a unos doscientos visitantes, quizás unos cincuenta menos de lo que podía ser habitual, debido a las malas condiciones climáticas. Ese año, la base estaba situada a ciento ochenta kilómetros del Polo Norte, en vez de los ciento treinta kilómetros de otros años, debido a la fuerte deriva que arrastraba

las placas hacia el sur.

Así que estábamos más lejos de lo que debíamos y nos alejábamos más a cada minuto que pasaba. El resto de los grupos iba a salir sin demora, porque cada minuto es dinero perdido allí, pero nosotros teníamos tiempo de sobra. El plan era esperar en la base a ver si la placa cambiaba de rumbo. Entonces nos uniríamos a algún otro grupo que fuera a desplazarse en helicóptero hacia el punto desde el que se suponía que teníamos que salir.

Pero el tiempo pasaba y la placa seguía alejándose del polo. Ese año la deriva estaba siendo bastante fuerte. Tanto, que ni siquiera el jefe de la base recordaba haber visto una tan rápida.

Nos alejábamos cada vez más y más. Bromeamos diciendo que, si seguíamos así, íbamos a llegar a España.

Un dato curioso y catastrófico

Los hielos del Polo Norte están desapareciendo con rapidez debido al calentamiento del agua, y con ellos la fauna que vive en ese hábitat. El que más sufre es el oso polar. Pero si las placas de hielo de esa zona se deshicieran por culpa del cambio climático, el desastre ecológico no aumentaría el nivel de los océanos, porque solo sería hielo transformándose en agua y ocuparía prácticamente el mismo espacio.

En cambio, si se descongelara la Antártida, al estar sobre tierra firme, el nivel del mar aumentaría tanto que sería una catástrofe mundial.

A la deriva

La espera la pasamos entre intentar convencer a los rusos de que me dieran alguna de las chuletas que se cocinaban y entrenar con los trineos. Me convertí en motivo de risa para los demás al intentar ponerme el arnés de arrastre del artefacto infernal inventado por Ramón.

La primera vez estas cosas nunca son tan fáciles como parecen. Pero me animé un poco, porque, a pesar de que eran ochenta y cinco kilos de peso, comprobé que podía arrastrarlos. Aunque iba a ser duro. Tanto como el frío, que llegaba a los treinta grados bajo cero y helaba las manos, los labios y las pestañas, que se convertían en témpanos de hielo.

Me alucinó saber que todos los grupos que habían salido a hacer su ruta habían estado caminando durante todos los días que nosotros esperamos allí, y que aun así estaban más atrás de donde habían empezado. Es decir, que habían perdido terreno porque, aunque caminaban dieciséis o veinte kilómetros cada día, cuando se acostaban por la noche las placas de hielo a la deriva volvían a llevarlos hacia el sur.

Como una escalera mecánica por la que intentas subir al revés, bromeaba el jefe de la base. Aunque a aquellos expedicionarios poca gracia les debía de hacer. Era una faena. De hecho iban a ir a rescatarlos, porque pese a todos esos días de caminar no habían avanzado nada hacia el polo y podían quedarse sin gasolina y sin comida.

Así que nosotros aprovecharíamos uno de los vuelos de rescate para acercarnos al último grado y empezar nuestra andadura. Esa noche montamos la tienda a un lado del

campamento y la probamos para acostumbrarnos a ella.

Como hormigas en el hielo

Al día siguiente cargamos nuestros bártulos en el helicóptero y alzamos el vuelo para iniciar nuestra expedición terrestre.

Fuimos haciendo paradas para recoger a los diferentes grupos, que eran como hormigas en medio de las grandes extensiones blancas. A los primeros que recogimos se les veía una expresión de derrota impresionante, y tenían zonas de la cara congeladas. Se notaba que lo habían pasado mal. No solo física, sino también moralmente. Habían ido hasta allí, gastando todo su dinero y sus fuerzas, y se volvían sin haber alcanzado la meta.

Una muestra de lo que nos podía esperar.

Pero, aun así, nosotros nos bajamos del helicóptero en su último aterrizaje y allí nos quedamos, sin hangares ni calefacción ni nada más que nuestros bártulos, los trineos y el camino hacia el polo por delante.

Yo estaba nervioso porque me daba cuenta de que iba a ser muy, muy duro. Y los treinta y cinco grados bajo cero eran casi imposibles de soportar.

Le pregunté a Ramón si nos íbamos a acostumbrar a aquello para que me tranquilizara, pero su respuesta de que más nos valía no fue del todo lo que esperaba. Quedaban muchos días por delante de pasar frío, arrastrar el armatoste y retroceder por la noche mientras dormíamos todo lo que habíamos avanzado durante el día.

Allí empezaba de verdad el desafío extremo.

La travesía helada

Al final del día, con el sol siempre arriba, agradecemos meternos en la tienda de campaña, pero seguía haciendo mucho frío dentro. Tanto que el vapor de nuestra respiración acababa convirtiéndose en hielo que cristalizaba en las paredes de nailon.

Por la mañana nos pusimos en camino y pudimos comprobar de propia mano cómo se movían las placas.

El hielo ártico nunca está quieto, y si te quedas parado puedes ver cómo las crestas de hielo se mueven unas encima de las otras con un ruido bestial. Allí apenas hay silencio, porque el hielo cruje y chirría sin parar. Era como mirar al cielo y ver moverse las nubes, pero frente a ti. Si te subías a una placa en movimiento, incluso podías sentir la vibración bajo los pies.

La cuestión era, decía Ramón, que no se rajara ninguna placa justo debajo de nosotros.

Seguimos el camino viendo el hielo moverse a nuestro alrededor, sin cesar y con aquel ruido tan característico que a mí me recordaba al arrullo de las palomas. Y a medida que seguíamos adelante, la extenuación aumentaba más y más, y yo me acordaba del día en que accedí a probar el experimento de Ramón.

Hay que tener en cuenta que, debido a la terrible humedad, en el Polo Norte hace más frío a -35° que a -50° en la Antártida, donde el frío es muy seco y cala menos.

Estábamos caminando sobre un mar helado.

Las expansiones de hielo son enormes en el polo, además. Allí donde las placas chocan unas con otras se forman pequeñas montañas que pueden ser de unos cuatro metros. Eso era lo más difícil de atravesar, y hacía que arrastrar el trineo fuera una verdadera pesadilla.

Había que buscar el mejor lugar para hacerlo sin desviarse mucho del rumbo, trepar con los esquís puestos y luego apurar el peso muerto en que se convertía el trineo, antes de bajar por el otro lado. Una tortura que me daba ganas de decirle a Ramón cuatro cosas sobre su invento. Las escasísimas paradas de diez minutos para beber un poco y comer unos frutos secos no mejoraban mi ánimo.

Además, resultaba que aquella temporada había una ola de frío polar, valga la redundancia, y cualquier masa de agua estaba congelada. O sea que no íbamos a poder probar la dichosa capacidad anfibia de los experimentos de Ramón. Que era para lo que cargábamos con cuarenta kilos más que Emilio y María.

Me juré que, si no atravesábamos ni un mísero canal, usaría lo que me quedara de gasolina para quemarle el trasto aquel a Ramón.

En esos parajes celebré mi cumpleaños. María, que además de exploradora es una cocinera *cordón bleu*, se las apañó para hacer un guiso de carne y un pastel en la única cazuela para cocinar que teníamos y que ya estaba recubierta por una capa de grasa.

Necesidades vitales

Por suerte, en el inexistente atardecer, porque allí siempre hacía sol, el hielo empezó a resquebrajarse entre silbidos cerca de la tienda. Allí el sol no sube y baja en el movimiento elíptico al que estamos acostumbrados, sino que da una vuelta de trescientos sesenta grados alrededor del horizonte. Siempre está ahí y muchas veces hasta parece triple por el fenómeno de la iridiscencia. Pero hay que saber cuándo parar a dormir, incluso si el hielo chasquea a tu alrededor.

Tuvimos que estar atentos para que no se abriera una raja justo debajo de nuestro campamento, y eso nos puso un poco nerviosos. Igual que el momento de tener que salir a hacer nuestras cosas, porque salir de la tienda y poner el culo al aire a treinta y cinco grados bajo cero es una tortura. Tienes que ser lo más rápido posible y luchar contra el dolor del frío en la piel. Son esas cosas que nunca se cuentan pero que yo creo importante que se sepa cómo son.

Parece de risa, pero es dramático. Allí un proceso tan natural y vital como ese puede convertirse en un calvario. Y hay que pasar por ello. Igual que por el ritual de raspar el sudor convertido en hielo antes de entrar en la tienda para que al volver a entrar en el mísero calor que podíamos conseguir no se convirtiera en agua y mojara la ropa.

Para saber lo que es ese frío hay que vivirlo, experimentarlo. Al menos teníamos la música de Elvis para animarnos. Hay que estar en el *concepto* para llevar a cabo con éxito una expedición así.

Esta secuencia se convirtió en un gag muy reconocible de la serie. En la línea de contar la verdad más prosaica de las expediciones, se me ocurrió que, ya que ir a hacer caca era una odisea en sí misma, sería gracioso contarlo segundo a segundo. Pudimos hacerlo y editarlo con gracia, sin que fuera cochino, y sorprendió a todo el mundo.

La prueba del prototipo

Cuando nos levantamos por la mañana, la grieta de agua medía por lo menos diez metros y aún no se había congelado. Así que al fin llegó el momento de probar el experimento de Ramón.

Usando los esquís, unimos los dos trineos haciendo una especie de catamarán, y allí nos subimos los dos. Nos dejamos caer por una orilla de la grieta y con los remos nos impulsamos hacia el otro lado como si estuviésemos atravesando un río. El trasto funcionaba muy bien, deslizándose sobre la superficie y separándonos de los cuatro mil metros de agua helada que se encontraban bajo nosotros. Lo que no me hizo nada de gracia fue probar el traje para nadar en aquella agua. Me costó una vida ponérmelo, cómo no, pero me arriesgué a usarlo para acompañar por el agua a María mientras ella pasaba al otro lado con el catamarán.

Y así seguimos en la rutina de sufrir lo indecible arrastrando el trineo entre las crestas de hielo, buscando fuerzas donde apenas quedaban, y pasando frío incluso mientras dormíamos.

La comida tampoco era fácil. Teníamos unas chuletas, pero nos resultaba imposible descongelarlas. Y estaba el asunto del culo al aire, no lo olvidemos. Pero avanzábamos.

El temporal

Parecía que las cosas marchaban relativamente bien, tanto que incluso cambió la deriva y durante la noche la placa nos acercó al polo.

¡Solo estábamos a seis kilómetros!

A lo mejor éramos la primera expedición que llegaba durmiendo al Polo Norte. Eso sí que hubiese sido bueno.

Pero las cosas no podían ser tan buenas, claro, y empeoró el tiempo.

Al despertarnos nos encontramos con que no veíamos casi a dos metros fuera de la tienda, porque nevaba y hacía viento. No había sol y, según Ramón, tendríamos que orientarnos con el viento y las agujas que el hielo formaba en el suelo por causa del aire.

Yo estaba totalmente perdido y la brújula en esos casos no sirve para nada porque marca el norte magnético, y nosotros buscábamos el norte geográfico.

Norte geográfico y norte magnético

Así como el Polo Norte geográfico es fijo (el eje sobre el que gira la Tierra), el Polo Norte magnético está en constante movimiento debido a que en el núcleo externo de la Tierra hay elementos magnéticos que flotan alrededor de la roca fundida. Estos son los que generan el campo magnético de nuestro planeta, que se desplaza unos cuarenta kilómetros cada año, por lo que el polo geográfico nunca coincide con el magnético.

Así que aquel día en que teníamos que llegar al polo, estando a unos tres kilómetros nada más, íbamos prácticamente a ciegas. Por suerte teníamos a Ramón, que era capaz de orientarse con un cordel y las agujas de hielo que el viento creaba en el suelo. El *concepto*, esta vez inuit, nos salvaba de tener que abortar la misión a apenas unos kilómetros de nuestra meta.

Dos kilómetros, uno, ochocientos metros...; ya estábamos cerca, y ahora solo quedaba encontrar el punto exacto del Polo Norte. Para eso ya no valía el concepto: había que tirar de GPS.

El tejado del mundo

Pero al fin estábamos ahí, ¡en el tejado del mundo! Pese al cansancio y el frío, nos abrazamos, saltamos y gritamos de pura alegría.

Plantamos la bandera: era otro desafío extremo conseguido.

Otros nos seguirían en el futuro: expedicionarios, turistas y científicos, pero en aquel momento allí estábamos nosotros acampados en la cúspide del mundo. Era mágico estar en aquel punto, tan solo rotando sobre tu propio eje. Una de esas cosas que vale la pena hacer en la vida, por las que todos los males se olvidan, al menos por un rato.

La fiesta del fin del mundo

Ese año solo llegamos nosotros caminando al Polo Norte. El resto de las expediciones, entre ellas una de las fuerzas especiales de la India y otra checa, también de un cuerpo de élite, no lo consiguieron, pues decidieron ir en línea recta desde donde nos habían dejado, pero la deriva dio al traste con su éxito.

Para lograr un objetivo es importante rodearse de los mejores profesionales en la materia. Si pretendes abarcar un espacio muy grande, como nosotros con el programa «Desafío Extremo», en el que realizamos disciplinas muy diversas, es vital saber distinguir a la persona más adecuada para que te acompañe. De ello depende el éxito de la misión, y a veces tu vida misma. Hay que saber reconocer a los buenos y después confiar en ellos, no dudar de su liderazgo en las cuestiones que dominan mejor que tú.

El zorro de Ramón, con su sabiduría esquimal, había trazado un recorrido que era una elipse a favor de las corrientes y, aunque a priori éramos el equipo más débil, llegamos a la meta.

Moraleja: no te dejes engañar por las apariencias.

Después de la euforia, el viento intenso nos mantuvo aprisionados en la tienda, pero podíamos hablar, escuchar música y contar batallitas de aventureros.

Nuestra celebración terminó porque nos interrumpió un rugido inesperado. Se acercaba un helicóptero hacia nosotros y estábamos atónitos, ya que no habíamos pedido

que nos recogieran. La expedición no había terminado.

Llegó cargado de rusos ricos a los que les sobraba el dinero para coger el pájaro hasta allí y brindar con un poco de vodka en el polo. Y entonces vivimos uno de los momentos más surrealistas de la expedición, bebiendo vodka, comiendo caviar y danzando al corro de la patata alrededor del eje del mundo con una panda de rusos y rusas más que alegres.

Esa noche, en la que las pasamos canutas para montar la tienda, dormimos profundamente. Al despertar, la deriva nos había desplazado doce kilómetros de nuestras coordenadas. Volvíamos a estar alejados, justo lo que pretendíamos, ¡pero no tanto! Recordad que nuestro propósito era ir dos veces seguidas al Polo Norte para explicar de forma literal el concepto de la deriva y el movimiento de las placas.

Si tienes un propósito, busca la forma de llegar a él. A veces no es el camino más directo. Considero muy importante buscar el lenguaje adecuado para que tu reto, lo que te propongas hacer, tenga visibilidad y llegue con fuerza. En el Polo Norte exploramos nuestro lenguaje más a fondo que en ninguna otra expedición que hubiéramos realizado hasta el momento.

Esa tarde tuvimos la oportunidad de grabar otra secuencia insólita y sorprendente: María March me retó a correr y nadar en calzoncillos en mitad del hielo.

La seguí en la primera parte, lo de correr, pero ni hablar en la segunda, la del baño. Hay que estar muy loco para entrar en agua a medio grado, y salir de ella trepando por el hielo cortante. Uno debe ser consciente de sus límites, y el mío en ese momento estaba claramente definido.

Nuestra carrera desnudos en el polo y el baño de María fue otra secuencia que marcó el estilo que buscaríamos en el programa. Alguna gente pensó que éramos unos majaderos, y no los culpo. Pero nosotros estábamos trabajando para dotar a «Desafío Extremo» de un contenido ameno y divertido. Queríamos envolver con humor un programa en el que también hablamos de la deriva, de los polos y del cambio climático.

Después de llegar por segunda vez al polo, nuestro propio equipo de rescate vino a recogernos con el helicóptero que nos iba a devolver a la tierra firme. Y con prisa, porque el deshielo se estaba acelerando a marchas forzadas y la base Barneo iba a ser desmantelada antes de que ocurriera una catástrofe.

Habíamos estado al filo del abismo, apurando al máximo.

Pero habíamos alcanzado el tejado del mundo, allí desde donde solo puedes viajar hacia el sur. Habíamos atravesado las masas de hielo del frío círculo polar ártico y luchado contra la deriva y la congelación.

En ese momento volvíamos a la civilización, pero solo para preparar nuevas aventuras. Seguro que el mayor desafío aún estaba por venir.

Misión Aconcagua

El pesimista ve la dificultad en cada oportunidad.
El optimista ve la oportunidad en cada dificultad.

WINSTON CHURCHILL

Terminaré esta parte dedicada a las alturas con una montaña que es menos fácil de lo que parece.

El Aconcagua es uno de esos desafíos que se me atragantó la primera vez que lo intenté, un año antes de lograr pisar la cumbre. En el primer intento nos pilló una ventisca que nos obligó a desistir cerca de la cima. Las tormentas eléctricas, la nieve y las ráfagas de ciento treinta kilómetros por hora eran demasiado, y lo importante es sobrevivir, porque si no se acaba todo.

Lo que tenía claro era que volvería, porque era el último pico que me quedaba por subir para hacer las cimas más altas de los siete continentes, y quería cumplir ese desafío.

Un día en Mendoza

Con 6.962 metros de altura, el Aconcagua es el pico más alto de América. Aunque no tiene demasiada dificultad técnica y en ese sentido es una montaña bastante sencilla, no hay que dejarse engañar, porque requiere una gran aclimatación a la altura y el frío. De hecho, por su facilidad de ascensión, es vendida como reclamo para los turistas, que se lanzan a la montaña sin saber lo que les espera. Muchos tienen problemas que pueden llevarlos a la muerte. En ese segundo ascenso, fuimos testigos de varios dramas.

Para llegar hasta el Aconcagua, la mejor ciudad base es Mendoza, en el oeste de Argentina.

Lo primero, como siempre, era ir a pagar y que nos dieran los permisos para ascender la montaña, 390 dólares para el Aconcagua. En esta ocasión íbamos mi hermano Kike, el cámara Emilio, que también había estado allí anteriormente, y yo.

Primera tarea y primer chasco, porque con tanto vuelo no nos acordamos de que era domingo. Hasta que nos encontramos con la oficina de los permisos cerrada a cal y canto, claro. Cosas que pasan cuando cruzas medio mundo.

Pero no íbamos a perder el tiempo y nos fuimos a hacer un poco de turismo.

Tomando algo en una terraza nos encontramos con el que iba a ser nuestro guía, el «Negro Quiroga». Se decía que era una máquina de subir montañas, y la verdad es que estaba bien tostado el tío. Con unas cervezas nos relajamos, escuchando música en directo y disfrutando del buen tiempo. Así querría yo los inicios de todas mis expediciones.

Penitentes

Salimos con el sol en una furgoneta camino del Aconcagua. Dormitamos mientras el conductor nos llevaba por parajes desiertos de colinas con vegetación baja, bastante desértica, hasta la estación de esquí de Penitentes, que viene a ser una masa de edificios junto a la carretera, debajo de una de las muchas colinas que había por allí.

Descargamos todos los bártulos y nos preparamos para alojarnos en el hotel, donde nos enteramos de que la mayoría de las expediciones no habían subido a la montaña por mal tiempo.

Al parecer, empezábamos ya de perlas.

Las habitaciones eran espartanas y antiguas, con muebles desfasados y un televisor que debería estar en un museo, y unas vistas desangeladas desde el balcón que echaban para atrás. Pero esa era nuestra vía de acceso al Aconcagua, así que bien felices que estábamos.

Nuestra siguiente parada, después de montarnos en un todoterreno con todos los trastos, era la base de Horcones.

Allí nos registramos en la tienda de los *rangers*, que controlan quién sube y quién baja para minimizar al máximo las pérdidas humanas. Son buena gente que hace un gran trabajo. Por ellos nos enteramos de que en aquel momento había unas ochocientas personas subiendo y bajando la montaña. Y eso que era temporada baja.

Pero aquel día tuvimos suerte. Hacía tan buen tiempo y estaba el aire tan nítido, que podíamos ver el pico nevado del Aconcagua con toda claridad. Allí estaba, recortado contra el azul del cielo y brillando al sol con su pico cubierto de una capa blanca. Ese era nuestro objetivo: allí nos dirigirían nuestros pasos cuando nos hubiésemos aclimatado. Y esta vez pensábamos llegar hasta arriba.

El año anterior la montaña nos había echado abajo con sus ventiscas endemoniadas, pero ahora íbamos a esforzarnos. Era el último pico que me quedaba por ascender para conseguir mi reto de escalar las siete montañas más altas de los siete continentes, y esta vez iba a conseguirlo, costara lo que costara. Pero pensamientos como aquel, lo sabía yo muy bien, podían llevarte al desastre en las grandes altitudes. Así que había que prepararse a conciencia.

Cuando empecé a escalar, pude comprobar que la montaña atrapa por la libertad que procura: hay pocos deportes que enganchen así. Cuando estás agobiado o cansado, te vas a la montaña y pronto te sientes como nuevo. Si a esto le sumas que es una actividad física intensa, que comporta esfuerzo y una buena forma física, y si además alcanzas la cima, cuando se combinan ambas cosas y les añades el ingrediente del riesgo y de la adrenalina, todo resulta muy excitante. Hay algo extraño, misterioso y visceral que nos lleva a escalar montañas e incluso a poner nuestra vida en riesgo. La montaña es muy importante conocerla, ir con un guía experimentado que sepa llevarte de la mano, ya que en muchas ocasiones es traicionera y el tiempo meteorológico la puede convertir en una trampa.

Confluencia

Paseando bajo el Aconcagua para ir aclimatándonos, vimos bajar a lo lejos uno de los grupos de mulas que llevan los trastos durante el primer tramo del ascenso. Y mientras mirábamos, vimos cómo una mula salía desbocada sin más y se liaba a correr cuesta abajo lanzando su carga a un lado.

Los bártulos de alguien habían salido despedidos del lomo de la mula. Pasó a nuestro lado sin detenerse, libre de los fardos, que mucho nos temimos que habían ido a parar al río. De ser así, era muy posible que su dueño ni siquiera los encontrara.

No me pude resistir y lo dije: «¡Tiene que ser de un japonés!». Y es que parece que en esas expediciones es a ellos a quienes les pasa todo lo peor.

Pero ese era un riesgo por el que teníamos que pasar, porque nuestro equipo también tendría que ser transportado en las mulas y no era raro que alguna se trastocara de aquella forma. Fantástico, vaya.

Aquel sistema era de una gran ayuda, en realidad, porque permitía hacer el primer tramo de la ascensión mucho más fácilmente y en la mitad de tiempo. Durante aquella primera parte se podía caminar casi sin esfuerzo, de una forma monótona e incluso aburrida, pero sin perder tiempo ni energías.

La siguiente parada era Confluencia, a 3.390 metros de altura, donde nos encontramos a los campamenteros que habíamos conocido el año anterior y que eran muy majos. Allí nos quedaríamos dos noches para ir preparándonos contra la altitud.

Aclimatarse de forma apropiada es muy importante, incluso vital, como hemos visto en anteriores capítulos, porque puede ahorrarte edemas cerebrales y pulmonares, aparte de los horribles dolores de cabeza debidos a la altitud y el aire frío que respiras.

Además, en el Aconcagua, debido a los cambios barométricos, el mal de altura puede acusarse mucho y pillar desprevenidos a los menos preparados.

A lomos de una mula

Por la mañana amanecimos cubiertos de blanco, pues durante la noche nos había caído la primera nevada.

Subiríamos a Plaza de Mulas, cómo no, en mulas. Tuve mis problemas para encaramarme a mi montura, pero con unas cuantas directrices ahí estaba, preparado para trotar.

Siguiendo a los experimentados arrieros, fuimos subiendo, cruzando fácilmente los pequeños bancos de nieve y los riachuelos.

Las mulas eran muy dóciles, y muy fuertes, pues hacían hasta cien kilómetros diarios. De la jornada de cuarenta kilómetros que nos tocaba cubrir aquel día, la mitad la hicimos sin ningún esfuerzo. Pero luego tocaba andar otra vez y estábamos frescos para hacerlo rápido.

Hicimos una parada para comer en Playa Ancha, que es un refugio abandonado a mitad de aquella ruta.

Seguimos subiendo mientras la nieve empezaba a caer a nuestro alrededor. Entendí entonces por qué a aquel tramo lo llamaban Cuesta Brava, y es que parecía que, por cada paso adelante que dabas, volvías dos hacia atrás. Y la ventisquilla que empezaba a arreciar no ayudaba nada. La nieve nos acompañaba siempre, fastidiándonos, pero de momento el pulso a la montaña lo estábamos ganando nosotros, y finalmente llegamos a Plaza de

Mulas.

Ese iba a ser nuestro campamento base, a unos cuatro mil cuatrocientos metros de altura.

Un hotel en los Andes

Allí nos encontramos con los campamenteros de aquella altura, que nos saludaron con mucho entusiasmo al recordarnos del año anterior. Son gente alegre, a la que parece que no afectan ni el mal tiempo ni el aislamiento o la altitud. Allí siempre estaban de fiesta y, si te animabas, conseguían emborracharte rápido.

Aquel campo base es de los mejores que he pisado nunca, con buenas instalaciones, comida por un tubo y mucha variedad para elegir. ¡Incluso fruta! Mientras nos preparaban unas chuletas, yo le decía muy convencido a mi hermano que todos los campos base tendrían que ser como aquel, recordando el del Himalaya en el que habíamos estado hacía poco.

Aunque no nos desfasamos mucho, porque había que pensar en el ascenso, al menos brindamos en aquel pub improvisado con un «cóctel de altura» a la salud de nuestros porteadores, que se habían pegado la paliza hasta allí cargando nuestros trastos. Eran unos máquinas.

Por el camino nos encontramos con unas altas columnas de hielo, lijadas por el viento cargado de arenilla del oeste que les va dando esa forma tan peculiar. Hay campos enteros de ellos y ese fenómeno solo se da en Sudamérica.

Para seguir con la aclimatación, subimos hasta el campo uno, a cinco mil metros de altura, para volver a dormir después al campamento base.

Estos entrenamientos arriba y abajo hacen que el cuerpo reaccione aumentando la producción de glóbulos rojos para optimizar la circulación del oxígeno.

Al día siguiente, nos pareció que estábamos en muy buena forma, sin síntomas de mal de altura, así que decidimos acortar el periodo de aclimatación en dos días. Empezaríamos directamente el abordaje al campo dos del Aconcagua, a cinco mil quinientos metros de altura. Y así hacia arriba, tan tercos como las mulas. Después, otra parada de dos noches en el campo tres, a seis mil metros de altura, y desde ahí hasta la cima.

Deserciones y descensos forzados

Esperábamos no estar pasándonos de listos al acortar tanto el periodo de aclimatación. Hay que tener cuidado, porque la montaña y tus ansias te pueden jugar una mala pasada si te dejas llevar por el entusiasmo.

Mientras aún estábamos en Plaza de Mulas visitamos a los médicos, para preguntarles por qué cada día tenían unas colas tan largas delante de su tienda. Nos explicaron, como tristemente era de esperar, que con tanto turista y montañero inexperto eran muy comunes las afecciones por la altitud y el frío. Las empresas de turismo engañan a veces a los turistas, asegurándoles que el Aconcagua es una expedición fácil y sin riesgo,

y estos se encontraban aquí arriba sin preparación física ni mental, y muchas veces sin siquiera la protección apropiada contra el frío.

Los médicos hacían ciento cuarenta controles obligatorios al día para evaluar posibles problemas cerebrales o pulmonares, y si no lo veían claro mandaban a los montañeros hacia abajo. Y lo que ellos decían iba a misa, aunque los montañeros se quejaran.

Había incluso quien intentaba chantajearlos para que los dejaran subir, pero romper las reglas puede llevar a la muerte a quienes lo intentan. Si los médicos te dicen que es arriesgado, hay que hacerles caso por las buenas o por las malas. Era también el pan de cada día que hubiera alguna evacuación en helicóptero hacia los hospitales.

Como yo nunca me canso de repetir, para subir a las montañas hay que estar bien preparado. Porque puedes salir muy mal, o incluso no salir de allí nunca más si te pasas de listo o no te preparas.

Aquel mismo día iban a evacuar a tres, y nos encontramos a unos japoneses en condiciones bastante delicadas.

Hacia el campo dos

Nosotros no éramos ningunos principiantes y había que aprovechar la ventana de buen tiempo que parecía que se acercaba. Estábamos dispuestos a desafiar al Aconcagua por segunda vez.

Pero no tardó mucho en venir el mal tiempo, y una tormenta blanca empezó a esconder la cumbre de nuestra vista. La misma pesadilla del año anterior, que nos hizo esperar un mes para luego tener que abandonar.

Fuimos a pedir información meteorológica a los *rangers*, que nos dijeron que las condiciones eran bastante bárbaras. Lo mismo del año anterior, qué horror.

Nos desanimamos un poco, pero como la cosa no era todavía demasiado bestia decidimos subir de todas formas al campo dos al día siguiente para decidir allí arriba. Iban a ser dos etapas de golpe, con un fuerte desnivel, y eso implicaba un dolor asegurado. Habría que tirar de aspirina al llegar arriba, seguro. Pero antes de rendirnos queríamos subir hasta allí y ver cómo estaban las cosas.

El transcurso de aquella noche nos dio el último empujón para salir hacia la cumbre. Los que venían de arriba y tenían problemas respiratorios roncaban tan fuerte que fue imposible dormir. Había que marcharse y no iba a ser hacia abajo todavía. El campo dos nos esperaba.

Si no consigo mi objetivo a la primera, lo haré a la segunda, a la tercera o a las veces que haga falta. Perseverar y no tirar la toalla a las primeras de cambio es un lema en mi vida. Cada vez que repites el intento, lo haces con mejores opciones, porque acumulas las experiencias y el conocimiento del pasado.

Al menos llegaríamos hasta allí. No íbamos a dejar que la montaña nos echara para atrás si no se trataba de un caso extremo como el del año anterior.

Así que nos pusimos en marcha con el amanecer y empezamos a subir por un

escenario inhóspito, duro y que sabíamos que nos iba a agotar. Salir del saco, «la bolsa», como decían allí, había sido traumático. Nos esperaban mil doscientos metros de desnivel con mal tiempo, frío y viento. Era un mal día, pero en caso de urgencia siempre podíamos detenernos en el campo uno en vez de seguir de un tirón al campo dos.

Avanzábamos con esfuerzo, pero avanzábamos.

Pasamos por el Semáforo, que es un punto con una pequeña vía para ascender y descender, así que si te encontrabas con alguien de cara había que dejar paso.

Algo más adelante nos cruzamos con un montañero que bajaba y tenía muy mal aspecto. Estaba alicaído y se tambaleaba un poco.

Era duro. Cuando los vientos arreciaban, nos tocaba pararnos y esperar a que pasaran, porque así no se podía continuar. La nieve que se levantaba no permitía ver nada alrededor. Pero así, entre pausas y quejidos, seguíamos andando y subiendo y quedaba menos cada vez.

Nido de Cóndores

Hasta que al fin llegamos sin resuello al Nido de Cóndores, el campo número dos, aunque para nosotros era el uno.

Estábamos a cinco mil quinientos metros de altura, y habíamos subido mil doscientos de un tirón. No teníamos que haberlo hecho, porque el cuerpo se resentía, pero ya estábamos allí.

Vimos mucho movimiento, y nos explicaron que había una persona perdida por encima de nosotros, en un corredor que en aquellos momentos estaba sumido en la niebla. Era de un grupo de dos montañeros: uno ya había sido localizado, pero el otro estaba bastante mal al final de la canaleta. Y lo tenía crudo si no se hacía algo rápido.

La policía de montaña salió a buscarlos sin demora; la verdad es que hacen un gran trabajo. Si las condiciones son mínimamente aceptables, no se lo piensan y salen a rescatar a quien necesite ayuda, porque la vida de los montañeros, como en aquella ocasión, puede depender de ellos y de su valentía.

Tiempo después aparecieron con un japonés que estaba al borde de la muerte, aunque por suerte había un médico por allí. El pobre decía cosas incoherentes y tenía un edema cerebral bastante grave, así que tuvieron que sacarlo de aquella altura a toda prisa porque si no era probable que muriera esa misma noche. Se fue sujetado por dos *rangers*, y todos esperamos que se salvase.

Por lo que supimos después, afortunadamente consiguió llegar al hospital.

Mientras tanto, nosotros teníamos que pensar en nuestras propias necesidades. Había que derretir nieve para beber y para cocinar, y es un proceso largo y laborioso, sobre todo cuando estás tan agotado. Porque la nieve no se puede beber sin más.

Hacer lo tuyo también tenía su qué, porque, igual que en el Vinson, había que hacerlo en bolsas que después los portadores bajaban hasta el campamento base. Allí arriba, sin bacterias que los degradaran, los desperdicios se acumulaban sin más.

Campo Cólera

Aquella noche heló de lo lindo pero, aun así, por la mañana tocaba ponerse en marcha para llegar al campo tres, a seis mil metros. El viento seguía arreciando y me preocupaba que la cima se nos atragantara cuando la abordáramos dos días más tarde.

Pero había que ir por partes y acometer cada etapa en su momento, y pensar luego en lo que vendría después.

La subida al campo tres parece fácil, pero es una de las partes más duras. Sobre todo con mal tiempo, que es lo que teníamos nosotros. Subíamos poco a poco, porque el aire parecía no llegar a los pulmones. Era duro, mucho, y avanzábamos muy lentamente, pero con la intención de llegar arriba pasara lo que pasase.

Y así llegamos por fin al campo tres, el campo Cólera, que tal vez reciba ese nombre porque está azotado por el viento. Las condiciones climatológicas eran bestiales, pero la cima estaba allí mismo, al alcance.

El frío era brutal; las vistas, magníficas.

Por eso me enamoré de las montañas: por panoramas como aquellos. No hay atardeceres más espectaculares que los que contemplas desde esas alturas. Lo que estaba viendo hacía que merecieran la pena todos los sufrimientos y todos los males. Era algo maravilloso.

Cada paso, por mucho que cueste, es un paso menos hasta nuestro objetivo. Cuando estás muy fatigado, concentras la mente en cada paso, como si te fuera la vida en él. La suma de esos pasos te lleva arriba, y te encuentras en la cima sin darte cuenta. Esa es una lección que nos da la montaña, una verdadera escuela para cualquier expedición cotidiana que afrontemos.

Por la noche nos pusimos a hacer la cena y, aunque estábamos agotados y nos costaba dormir, aún nos quedaba tiempo para bromear. Ahora ya no había chuletas, y yo me preguntaba melancólico qué hacía comiendo sopas de sobre en el país de la carne de vacuno por excelencia.

Estoy convencido de que el compañerismo, comunicarte con los demás y convertir en risas las complicaciones, es lo que me mantiene cuerdo. En las situaciones difíciles, socializar con buen ánimo es tan importante como las condiciones físicas cuando todo lo que te rodea intenta echarte para atrás.

Hacia la cumbre de América

Antes del amanecer nos pusimos serios, porque las condiciones de viento, frío y nieve eran muy duras. Demasiado. La mayoría de la gente no salió siquiera de las tiendas; parecía que éramos los únicos que íbamos a intentarlo.

Nos pusimos en marcha rodeados de oscuridad, viendo tan solo lo que alumbraban nuestros frontales. Cada poco había que mover los dedos de los pies para que no se congelaran y, aun así, costaba mucho caminar.

Con el amanecer llegó la luz y, aunque el viento todavía era colosal, al menos podíamos ver por dónde caminábamos. Estábamos agotados, pero seguíamos avanzando. Sin detenernos, aunque transcurriera una eternidad entre un paso y otro. Aunque respirar doliera y pareciera que se escapaba el alma en cada resuello.

Y así, animándonos los unos a los otros en los últimos metros y arengándonos para no detenernos, llegamos a la cumbre.

Al fin estábamos arriba y el resto de las dos Américas se extendía por debajo de nosotros.

Por un momento olvidamos todos los dolores: al fin habíamos conquistado el Aconcagua, después de que él nos hubiera derrotado un año atrás.

Reímos, nos abrazamos y nos hicimos fotos sin parar, porque por fin lo había conseguido. Había cubierto las siete cimas más altas en los siete continentes.

¿Y ahora qué? Pues si los desafíos habían terminado por arriba, tocaba mirar hacia abajo, a lo más profundo de nuestro planeta.

Terror en la sima

La adversidad hace que algunos hombres se rompan, pero también hace que otros rompan récords.

WILLIAM ARTHUR WARD

Muchos años después, ya en la séptima temporada, abordamos una aventura que se convertiría en uno de los peores momentos vividos durante los múltiples desafíos extremos, y sin duda el más peligroso. Fue el que nos sucedió tratando de alcanzar el punto más bajo de la sima Krúbera-Voronya, muy cerca del mar Negro, en el Cáucaso, la cueva más profunda del planeta. Románticamente, lo llamábamos viajar al centro de la Tierra.

Tras quedar atrapados varios días, estuvimos a punto de morir allí.

Ese fue el primer programa que tratamos de contar en directo, con conexiones diarias. Así que aparecíamos en la tele, en las noticias, donde hablaban de la situación en la que nos encontrábamos, mientras nosotros estábamos atrapados a mil setecientos sesenta metros bajo la superficie de la Tierra, tratando de sobrevivir.

Calcular bien tus objetivos es una forma de asegurarte, al menos razonablemente, que puedas cumplirlos. Es verdad que no debes poner límite a tus sueños, pero, si no tienes al menos una oportunidad de alcanzarlos, o si ello supone un peligro excesivo, relájate y diseña el plan de nuevo. A veces los motivos por los que hacemos las cosas son equivocados. Si el motivo no es bueno, pones en peligro tu objetivo y tal vez, como en este caso, tu propia vida.

Esta fue una aventura mal medida. Consideré que podíamos hacerlo, en parte, cegado por la vanidad. Me atraía la idea de ser el primero en alcanzar los cuatro récords cardinales. Si lograba bajar al fondo de la sima, sería la única persona en el mundo que ha estado en el Polo Norte, en el Polo Sur, en la cima más alta y en el agujero más profundo: los cuatro puntos extremos del planeta.

Y he de decir que, aunque no llegáramos a lo más profundo, sí que soy el único que ha alcanzado estos cuatro puntos cardinales.

Pero la expedición era más exigente y dura de lo previsto y, sobre una situación ya de por sí crítica, tuvimos un tiempo de perros. Así que casi no lo contamos.

Viaje al centro de la Tierra

Con esa finalidad nos trasladamos al Cáucaso, donde se halla la sima Krúbera-Voronya, que con 2.191 metros es la más profunda de la Tierra.

Esta cueva, situada en un territorio que se disputan los georgianos, los abjasios y los rusos desde hace mucho tiempo, fue descubierta por el equipo de espeleología ruso hace veinte años. Curiosamente, dicho equipo está liderado por Sergio García-Dills, un sevillano que imparte clases de arqueología romana. Formado en la espeleología por sus padres desde muy pequeño, conoció a los rusos mientras estudiaba en la Universidad de Moscú. Lleva muchos años investigando esa cueva, y a veces lo hace en condiciones increíbles.

La cueva solo había sido retratada hasta los setecientos metros por un equipo de *National Geographic*. Nosotros queríamos descender hasta el final.

En esa ocasión el equipo iba a ser reducido. Mi hermano se quedó arriba con Dani Lora y Borja Casademunt y bajé solo con Emilio Valdés, cuya especialidad es la espeleología, y con el experto Sergio García-Dills, para rebajar al mínimo las posibilidades de accidente. Nos acompañaba un pequeño grupo de rusos para organizar la intendencia entre campamentos y apoyarnos en la seguridad. Yo había practicado esta disciplina, pero pocas veces. A mí en general me gusta estar sobre la montaña, no debajo de ella.

El abismo de la Tierra

La cueva más profunda conocida se encuentra en los montes de Gagra, en el Cáucaso.

En 2001, una expedición ruso-ucraniana logró descender hasta 1.710 metros. Tres años más tarde, otras expediciones lograron bajar de los dos mil metros bajo tierra, por primera vez en la historia de la espeleología.

En 2005 se encontró una zona sin explorar que permitió fijar la profundidad a 2.140 metros. A partir de aquí los angostos accesos están inundados, pero se logró un nuevo récord de bajada hasta los 2.191 metros, que era nuestro desafío extremo en aquella expedición.

Bajada a los infiernos

La cosa empezó bien, o todo lo bien que puede ir una expedición como esa. Era un avance duro hacia el fondo de la Tierra, con poco aire y sin ninguna luz, donde sabes que todo lo que bajes tendrás que subirlo luego.

En este desafío hay que descender verticalmente siempre: casi no existen los tramos horizontales y, cuando los hay, son trampas estrechas, agujeros tan pequeños que hay que quitarse todo el equipo y aun así casi no cabe. Los pozos llegan a ser de trescientos metros verticales donde en ocasiones no puedes ni tocar las paredes. El agua cae sin cesar sobre el cuerpo a casi cero grados, y te pasas todo el tiempo tiritando de frío. No puedes parar o te congelas.

Hay un tramo especialmente complicado y muy peligroso, que consiste en atravesar un sifón inundado en agua oscura como el chocolate, donde no ves nada, ni tan siquiera la mano, y hay que usar equipos de submarinismo dentro de una galería muy estrecha inundada por completo. En definitiva, es una trampa sin salida si todo el sistema se inunda.

En nuestro descenso dependíamos de las cuerdas y los arneses, y de la valentía y la

voluntad también. Tal como decía Sergio, lo fácil es descender. Lo realmente complicado es volver a la superficie de nuevo. Había que mantenerse mentalmente fuerte para no volverse loco. La angustia de saber que solo podrás salir de allí tú mismo, y a pulso, se va acrecentando a medida que pasas horas y horas, hasta días enteros, descendiendo.

Avanzamos con buen ritmo, pero afuera, según nos dijeron desde la superficie, empezaba a llover con fuerza. Y eso era peligroso para nosotros, porque el agua se colaba en el interior de la sima y podía ahogarnos o crear desprendimientos.

Otro error de cálculo. Yo soy fanático de la climatología. Consulto el tiempo siempre con las herramientas más sofisticadas a mi alcance. Por supuesto, cada vez que estamos en una expedición hago un seguimiento exhaustivo. Pero en esta ocasión no lo hice. Ir con este equipo de rusos liderado por Sergio García-Dills me relajó. Ellos son auténticos especialistas en esto, pensé. Lo que no imaginaba es que ellos son muy fuertes: no les arredran los malos pronósticos. Yo nunca debería haber renunciado a hacer mi propio análisis del tiempo.

Las lluvias se intensificaron. Era una gota fría clásica y, en aquellos valles, esta cueva actuaba como un sumidero. Es decir, que muchísima agua iba a colarse por la sima. Primero suavemente, después en tromba, por encima de nuestras cabezas.

La verdad era que nos la estábamos jugando y, aunque al principio seguimos descendiendo, al final tuvimos que pararnos en el campamento tres, a 1.650 metros, y pensar. El agua caía de forma torrencial, se colaba por todas partes y amenazaba con inundar la cueva y enterrarnos allí abajo. El sonido de las cascadas era constante, parecía no detenerse nunca.

Las horas pasaban, y ya llevábamos días allí abajo.

Atrapados

Arriba estaban muy intranquilos y mi hermano no dormía de angustia, porque con cada nueva gota que caía nos quedábamos más atrapados. Y anunciaban que las lluvias seguirían. En esta zona puede llover semanas seguidas.

En el campo tres tomamos la decisión de no continuar. Estábamos a mil seiscientos cincuenta metros bajo tierra. Tampoco podíamos ascender, porque caía un manto de agua. Nos quedamos atrapados en un lugar que, para colmo, no tenía víveres, porque los que estaban previstos los había consumido una expedición anterior sin haber avisado.

El control mental es imprescindible para atar en corto los pensamientos negativos o absurdos y las pérdidas de voluntad. Todo está en nuestra cabeza, todo lo podemos dominar desde ella. Con un buen control mental llegarás mucho más lejos y con menos peligros. El control mental se ejercita. Una forma de hacerlo es con el entrenamiento físico. Nuestra mente siempre puede llevarnos mucho más lejos de lo que nuestro cuerpo nos pide.

Estar parado, después de tres días enteros de descenso, y quedarte horas y días

comiéndote la cabeza es una sensación de agobio y claustrofobia que solo puedes combatir con control mental. Sin ejercer ese músculo, sería fácil entrar en pánico.

Yo estaba bastante angustiado. Pero cuando vi que nuestra compañera rusa, una espeleóloga fortísima, escribía una carta que Sergio me dijo que era para sus hijos, en plan despedida, ahí me acojoné de verdad.

Intentaba que mi cabeza no diera vueltas al hecho de que aquel podía ser nuestro final. Allí, en un triste agujero sin luz, lejos de todo.

Tuvimos que esperar a que dejara de llover, confiando en que eso ocurriría antes de que el agua llenase toda la cavidad y fuera aumentando de nivel en su punto más bajo.

Ahí debo reconocer una vez más el liderazgo de Sergio. Presionado por la claustrofobia y la falta de alimentos, que hacía que nos debilitáramos cada día un poco más, yo hubiese tomado la decisión de ascender de inmediato. Pero él, con todos sus años de experiencia, tenía la estrategia de contar las horas que pasaban desde que caía la lluvia en la superficie —nos informaban mediante un teléfono por cable— hasta que el agua nos alcanzaba. De esta forma, calculaba la ventana de tiempo sin tromba que teníamos para ascender desde el campo tres hasta el campo dos cuando la lluvia se detenía.

Mi trabajo me ha obligado a enfrentarme a muchas crisis. En casos extremos de peligro, la tensión te sirve para gestionar tu supervivencia; lo demás no importa. Solo en momentos puntuales te da fuerza pensar que quieres ver la luz de nuevo. No puedes dejarte arrastrar por la nostalgia de volver a ver a los amigos, a la gente, a la familia y a los padres: si piensas eso, te hundes. Los momentos de extrema dificultad no están hechos para el sentimentalismo, sino para la acción.

El primer atisbo de esperanza llegó después de tres días atrapados, cuando entre un frente de lluvia y otro concluimos que podíamos intentarlo. En medio estaba el temible paso del sifón, que debíamos cruzar con un equipo de aire comprimido.

Aunque me quedé congelado de frío, cuando conseguí pasar el sifón y llegar hasta el campo dos, se abrió ante mí un nuevo mundo.

Pasar un sifón a esa profundidad, sin saber si nuestros equipos de buceo estarían al otro lado de la riada, fue una aventura de lo más angustiante. Corríamos el riesgo, además, de encontrarnos la galería inundada, lo cual acabaría dramáticamente con nuestras posibilidades de salvarnos.

Jamás había vivido una experiencia tan desesperada.

Tras la proeza de volver al campo dos, empezamos a ver una luz al final del túnel, aunque todavía nos rodeara la negrura total. Quedaban aún mil cuatrocientos metros por subir, pero al menos habíamos pasado la peor parte.

Yo estaba mojado y helado, pero solo pensaba en salir. Cada comunicación con mi hermano era una dosis de esperanza, y mi objetivo era que, al menos por un rato, mi familia dejara de sufrir por que me hubiese pasado algo allá abajo. Era la primera vez que relatábamos una expedición casi en directo, y esa circunstancia, además de que la aventura se complicó más de lo habitual, llenó de angustia a todos los que la seguían desde fuera.

En cada situación suele haber alguien con más experiencia que los demás. Si eres consciente de ello, apuesta por ceder el liderazgo a esta persona. Si no estás acostumbrado a hacerlo, porque sueles ser el jefe en esas situaciones, como me ha ocurrido a mí durante

tantos años como guía de montaña y en las expediciones de la tele, debes aprender a ceder y a dejarte guiar por quien conoce mejor ese lugar o esa disciplina. Nadie domina todas las materias, y la experiencia en la naturaleza es un atributo valiosísimo.

Buscando la luz

Pero fuera la lluvia y el granizo aumentaban, y desde allí nos dijeron que debíamos detenernos para no quedarnos atrapados más arriba en la cueva. Otra vez estábamos atascados. Era como una pesadilla pero, tal como decía Sergio, la locura sería obcecarse en salir. Aquello nos estaba angustiando un montón; incluso a él, que se había visto en más marrones bajo la tierra.

Por suerte, al final el tiempo mejoró y afuera salió un sol espléndido. Desde arriba se estaban organizando para bajar e instalar la cuerda que necesitábamos para llegar a la superficie. Así que por fin nos disponíamos a subir al campo uno.

Nos dejamos el pellejo en ir subiendo para alcanzar la libertad.

No era nada fácil, pues, cuanto más cerca de la superficie, más fuerte golpeaba el agua, y el ascenso resultaba muy peligroso. Pero conseguimos llegar al campo uno, y pude notar el grandísimo alivio en la voz de mi hermano cuando contacté con él.

La superficie se encontraba a solo unas horas. Si todo iba bien, al día siguiente podíamos estar fuera.

Al día siguiente ascendimos los últimos quinientos metros sin dejarnos devorar por el miedo. Íbamos sin detenernos hacia arriba.

Es imposible imaginar la felicidad y el alivio que sentí cuando, durante los últimos metros, pude oír la voz de mi hermano y finalmente lo vi allí arriba, animándome, contra el cielo.

Nos abrazamos y creo que se notaba lo perplejo que me sentía al estar otra vez al aire libre, cegado por la luz, aunque fuese tenue. Era un milagro estar de nuevo en la superficie tras haber pasado diez días allá abajo.

Sergio nos había salvado la vida. Mientras se me escapaban las lágrimas, yo lo tenía claro: «Vivir es lo más grande que podemos hacer».

No habíamos conseguido llegar a lo más bajo de la sima, pero habíamos logrado otro desafío extremo, el más importante de todos: *salir vivos de allí*.

En la desesperante negrura me planteaba que, si salía de esa, cambiaría cosas en mi vida. Llevábamos diez días padeciendo una pesadilla que todavía no había terminado, y por momentos llegué a pensar que no lo contaríamos. Así que me dije que, si lograba salir, disfrutaría más de las pequeñas cosas de la vida. Quería vivir, porque nunca antes había pasado tanta angustia. Es una sensación parecida a la que experimenta un enfermo de larga duración o alguien que ha sufrido un accidente. Desde el mundo asfixiante del hospital, te replanteas tu vida y tomas decisiones que pueden suponer un antes y un después. Cuanto más profunda es la crisis, mayor es tu lucidez.

Sergio ha seguido explorando esta sima incluso en plena guerra civil, llegando a ella a través de las montañas cuando no se sabía a quién pertenecía este territorio. Siempre se la ha jugado por el conocimiento.

Estaba convencido de que aquella sería la sima más profunda de la Tierra y no le importaba morir en el intento de demostrarlo. De hecho, su intervención fue providencial en el accidente que aún hoy sigue siendo el que ostenta el récord absoluto de un rescatado grave en profundidad.

Siguiendo la estrategia diseñada por Sergio, el equipo de rescate tuvo que dinamitar controladamente cientos de metros para meter una camilla. Hicieron bajar incluso a un médico para practicar algunas intervenciones antes de sacarlo de un lugar donde el herido, un espeleólogo ruso, permaneció ¡casi un mes!

La enfermera que se quedó allí abajo con él se acabó convirtiendo en su esposa. Se conocieron en esas difíciles circunstancias y se casaron nada más salir de la sima, en el primer pueblo que encontraron.

Sergio es un sevillano que imparte clases en la universidad, y es un auténtico Indiana Jones: ningún alumno sabe que tiene otra vida, la del explorador más radical que uno se pueda imaginar en espeleología extrema.

Este español socarrón lleno de coraje estudió en Moscú en una época difícil en Rusia y se convirtió en el líder indiscutible del equipo de espeleólogos más puntero y radical del país. Ha conseguido el récord absoluto de profundidad y, lo que es más sorprendente aún, ha descubierto vida a una profundidad donde los científicos decían que era imposible. Ahora la NASA estudia con muchísimo interés estas muestras como posibles formas de vida en otros planetas.

La aventura del presidente

Necesitamos más gente que se especialice en lo imposible.

THEODORE ROETHKE

Hace algunos años, concretamente entre la segunda y la tercera temporada de «Desafío Extremo», surgió una posibilidad de realizar un programa insólito. Sería el precursor de lo que estamos haciendo ahora, aunque entonces no lo podíamos prever.

Para entender el origen de esta vivencia, debo remontarme otra vez a mi infancia.

Cuando yo era pequeño, vivíamos en la avenida José Antonio Primo de Rivera número 16, donde mis padres también tenían la peluquería. En ese bloque, nosotros ocupábamos el séptimo piso, puerta A, y en el quinto A teníamos un vecino que acabaría siendo célebre: José Luis Rodríguez Zapatero, el expresidente del gobierno.

José Luis tenía seis o siete años más que yo y de niño le cortaban el pelo en la peluquería de mis padres. Mi padre y el suyo siguen siendo amigos y jugando al mus.

Al año de estar en Cuatro, les dije que podíamos intentar hacer un programa con Zapatero. Como no podía ser de otra forma, me tomaron por loco. No sabían que la baza que yo jugaba era de índole personal.

Un *reality* inesperado

María, la directora del programa, creyó que en esa conexión personal habría alguna posibilidad, pero consideró que era tan improbable que decidimos no informar a nadie hasta verlo muy cerca. Sin duda, con semejante propuesta me tacharían de loco en Cuatro. Y yo necesitaba proteger mi credibilidad, porque andaba siempre con historias de montañas, del Himalaya, de los *sherpas*, del yeti y de los pueblos perdidos, y sonaban tan alejadas de aquel mundo de ejecutivos que algunos me veían como un rubio majete y divertido pero demasiado fantasioso.

Así que fuimos gestando este desafío con el entorno personal de Zapatero y, cuando vimos que la cosa iba en serio, lanzamos la propuesta.

La expectación que se creó alrededor de ese programa fue impresionante. Imagínate lo que es llevar a un presidente del gobierno a una aventura así, rodeado de escoltas y policías... La cantidad de medidas de seguridad que hay que tomar es una barbaridad.

El equipo de seguridad de Zapatero vio el montaje como una locura, pero a él la propuesta le divirtió. Seguramente le pareció una oportunidad de que lo vieran haciendo montaña, un deporte que admira mucho. Conocerme, sin duda, ayudó a que aceptara esta propuesta insólita.

Su entorno lo vio más complicado, pero al final negociamos y lo arreglamos todo.

En las negociaciones surgió una historia muy divertida. El jefe de prensa y el jefe de seguridad, dos señores maduros y barrigones que pasaban de los cincuenta, se enfrascaron en una competición personal para ver cuál de los dos sería capaz de cumplir el «Desafío», una ruta exigente de varias horas de ascenso. Se crearon grupos de apuestas, y al menos uno de ellos se entrenó específicamente para el reto. Fue la comidilla de la Moncloa durante unas semanas.

Hicimos la ruta de las Colladinas hasta el refugio de Collado Jermoso. Estuvimos dos días fuera y dormíamos en el pueblo más cercano.

Por delante enviaron a los geos de la montaña. Su equipo de seguridad peinó la ruta y se aseguró de que estuviera exenta de riesgos. Lo que no sabían ellos era que, justo antes de empezar el rodaje, yo cambiaría la ruta: llegamos incluso a meternos por un sitio donde ha habido un muerto. Es una zona muy empinada: hay que echar las manos y no se puede asegurar con cuerda. Se llama el canal de Pedabejo.

Todo el sistema de seguridad se alarmó por la modificación. Pero pudieron reaccionar. ¡Había más de sesenta guardias civiles en aquella montaña!

Los círculos del presidente

Cuando Zapatero quería aliviarse, aquello merecía un despliegue especial. Ante la posibilidad de que hubiera un *paparazzi* con un *superzoom* en la montaña, tenía que hacerlo dentro de un círculo de protección de seguridad muy reducido para que no se viera nada.

Aunque llevamos el proyecto muy en secreto, siempre podía haber fisuras en la información y teníamos que protegernos de esa posibilidad.

Zapatero siempre iba al lado de una persona de superseguridad que debía manejar todo tipo de artes marciales y armas y que no se separaba jamás de él. Luego había un anillo de guardaespaldas pegado a él, y otro anillo más con su guardia personal. Finalmente había un último anillo de guardia civil. O sea, que estaba rodeado de tres anillos de seguridad. Algunos guardias tenían puestos fijos y estaban escondidos.

Cuando empezamos la ruta, yo no veía toda esa seguridad de la que me habían hablado, y comenté que me parecía que íbamos muy pocos. Al decirlo, hicieron levantar vía radio a todos los que nos acompañaban y salieron un montón de hombres de detrás de las rocas.

Si el presidente tenía sed y yo le ofrecía agua, venía enseguida alguien y se la quitaba, pues solo podía comer y beber de sus cosas para evitar un envenenamiento. Aquello era como lo que ves en las películas.

También es verdad que Zapatero empezó a comportarse como le dio la gana a lo largo de la aventura, porque en realidad éramos amigos y ese peligro no existía.

El jefe de prensa subió resoplando, lejos de nosotros. Al llegar al refugio, una hora más tarde que el grupo principal, recibió una ovación espectacular. Fue el héroe del día. Había ganado la apuesta, porque el jefe de seguridad se plantó en helicóptero.

Este programa fue un momento curioso para la historia de la televisión, pues ningún presidente del gobierno había hecho nada parecido antes en ningún otro país. De hecho estuvimos investigando y le comentamos a Zapatero que posiblemente era el primer presidente del mundo que aceptaba estar en un programa de aventuras.

En mis programas siempre he tenido una fijación por encontrar el lado humano de los protagonistas, por muy alto que sea su rango. La montaña, en ese sentido, es el entorno ideal, ya que nos enseña a ser humildes y a caminar codo con codo.

Para nosotros no fue una cuestión política invitar a un presidente socialista. Solo queríamos mostrar a la gente que era humano. Lo hicimos con el ánimo de animar a los montañeros, porque en la tele siempre se habla de fútbol y nunca de otros deportes.

El programa fue eso: un homenaje a los alpinistas.

Ahora que tengo más tablas, le hubiera hecho al presidente más preguntas y de otro tipo, pero entonces la crisis solo empezaba a apuntar y el gobierno todavía la negaba. La economía no se había hundido y parecía que España estaba muy avanzada.

Actualmente sería más difícil llevar a un presidente a nuestro programa, aunque, si Rajoy quisiera, me encantaría repetir.

Esta aventura nos hizo ver de nuevo que no hay proyectos imposibles.

Yo creo que, si existe la más pequeña posibilidad, hay que pelear hasta conseguirlo. Y el primer paso para el éxito es confiar en uno mismo y hacer que los que están a tu alrededor confíen.

Me encanta motivar y demostrar la capacidad ajena

Después de nuestra segunda temporada de «Desafío Extremo», tuvimos la idea de llevar a gente inexperta y crear «Desafío con Aspirantes». Era lo que yo había hecho durante tantos años antes: guiar a personas en las montañas. Queríamos hacer un programa aspiracional.

La idea era llevar a chicos corrientes y sin ninguna experiencia, ayudarlos a que culminaran una aventura y se curtieran. Elegíamos a la gente mediante un *casting* bastante complejo. El perfil era el contrario al del supermáquina que sabe hacer de todo.

Buscábamos a personas a las que demostrar que podían hacer cualquier cosa, ya que solo es una cuestión de mentalización, de motivación y de ponerse a trabajar en ello. Nuestro objetivo era que fueran capaces de cambiar sus vidas.

Algunos de ellos lo han logrado. Uno dejó las drogas, otro se ha vuelto guía, otro se ha puesto de meta subir el Everest. Nuestro objetivo era inyectar en ellos la convicción de que los sueños están en nuestro horizonte para intentar cumplirlos.

Hicimos cuatro ediciones. La más impresionante para todos nosotros, la que no olvidaremos jamás, fue la ascensión al campo tres del Everest.

Lo hicimos en otoño, para estar solos y no estorbar a otras expediciones. ¡La única pega era que hacía un frío de mil demonios!

Llevamos a diez personas inexpertas: uno de ellos ni siquiera había visto la nieve en su vida. El desafío de la logística, la movida de yaks y *sherpas*, la coordinación con otro guía, Willy Benegas, y los cámaras de altura, entre ellos un buen amigo, Juanjo Garra, que luego murió en el Dhaulagiri, fue espectacular.

Cinco de los diez novatos ascendieron hasta el campo uno, pasando por la peligrosa

y cambiante cascada de hielo del Solukhumbu; tres alcanzaron el campo dos, tras cruzar el valle del silencio; y dos ascendieron hasta el campo tres, a siete mil quinientos metros de altura, en la llamada barrera de la muerte, habiendo escalado la extraordinaria pared de hielo del Lhotse, que entonces tenía un color azul malva aterrador.

Para mí no hay meta imposible: ese es el mensaje que transmito a los que están a mi alrededor. Intento infundirles optimismo sobre sus propias posibilidades, pero es un optimismo que combino con la seguridad. Aunque a veces me paso un poco, lo reconozco. El equipo sufrió un frío terrible en aquel campo base del Everest, en octubre. No había otra expedición que la nuestra.

No existe ningún programa en el mundo que haya llevado a gente totalmente inexperta a vivir experiencias como las que les organizábamos nosotros.

Esos diez chicos eran de ciudad, llenos de temores, algunos sin posibilidades de acceder a una experiencia semejante, otros sin trabajo... De repente, varios de ellos han sido capaces de escalar al más alto nivel, con el coraje que hace falta para demostrarse a uno mismo de lo que somos capaces.

Fue la expedición más larga que hemos hecho, porque metimos a doscientos porteadores para llevar el material, cuatro helicópteros, de los cuales uno era ruso y gigante. Pusimos todo el valle a trabajar para poder hacer ese programa. Fue una barbaridad.

Reinventarse siempre

Actualmente realizamos «Planeta Calleja», un programa en el que, como sucedió con Zapatero, llevamos de aventura a *celebrities* para que muestren su lado más humano y desconocido. Seguimos viajando, pero con un invitado que vive situaciones nuevas, en una expedición distinta en la que veremos cómo reacciona y cómo se esfuerza para cumplir el objetivo. Pretendemos que el público conozca mejor a nuestro invitado y además pase un buen rato. He descubierto que me gusta hacer entrevistas y ahora mi reto es mejorar en este género, ¡que es más complicado de lo que uno imaginaría!

Siento que he vuelto a vivir una renovación en mí mismo al reinventar mi profesión.

Salir de la zona de confort

Una de las primeras cosas que hay que hacer para reinventar la propia vida es enfrentarnos a nuestra zona de confort para salir de ella.

Este concepto fue acuñado por primera vez por la autora Judith Bardwick, quien lo incluyó en el título de uno de sus libros motivacionales en 1991. Posteriormente han sido muchos los entrenadores personales, oradores y psicólogos que lo han aplicado, así como muchas personas en su vida privada.

La zona de confort es aquella en la que, sin ser necesariamente felices ni sentirnos realizados, nos sentimos cómodos porque la conocemos y dominamos. Pero, quedándonos

en ella, no evolucionamos.

Para enfrentarse a nuevos proyectos y descubrir nuevas realidades, hay que asomarse a lo desconocido, a lo inestable, y aceptar que ese nuevo camino puede cambiarnos por fuera y por dentro. Pero siempre será para mejor, porque, alcancemos o no la meta, siempre habremos aprendido algo al recorrer ese camino desconocido.

«Hasta que las personas logran penetrar el presente, ellas mismas crean su propio dolor continuo porque no pueden construir un futuro. No se pueden mover hacia delante en la vida porque no pueden desanclarse de los triunfos del pasado. No saben dónde ir ni qué hacer», indica Bardwick.

Marc Márquez

Nos estrenamos con Marc Márquez. Al iniciar «Planeta Calleja», lo más chocante de grabar con el campeón del mundo de MotoGP fue que aceptara hacer el programa a un mes de empezar el Mundial.

Su mánager tampoco se interpuso porque ya habíamos hecho un programa con motoristas en el Mont Blanc al que fueron Marc Coma, Dani Pedrosa, Nico Terol y Héctor Barberá, y eso causó mucho revuelo en el *paddock*. Nico Terol también había venido al «Desafío» de cruzar el Hielo Norte, en la Patagonia chilena. A los motoristas les encantó que los sacáramos de ese mundo en el que están desde pequeños. Los llevamos a un ambiente muy distinto al de las motos, y allí aprendieron valores tan positivos como el esfuerzo, la superación y el vencer el miedo a lo desconocido.

Colaborar en un programa con todos esos valores era algo con lo que todos ganábamos.

Para llevarnos a Pedrosa, tuvimos que firmar una extensión de responsabilidad que nos llegó de unos abogados de Japón, porque él corría con Honda. Fue una movida enorme.

Con Marc fue todo muy sencillo y no hubo que firmar nada. Yo iría a entrenarme a su casa, a su entorno, subido en una moto, y luego él vendría al mío. Era un intercambio.

Lo llevé al Aneto y durante la ascensión tuvimos mal tiempo. El plan era dormir en el refugio de la Renclusa, a unos dos mil quinientos metros, y de ahí salir hacia la cima. Pero el día se puso muy malo y, como no se veía nada, tampoco íbamos a poder grabar con el helicóptero.

Por eso le propuse subir a un pico que teníamos enfrente. Estaba mucho más cerca pero era más escarpado y tendríamos que hacer manos, cuerdas y cosas técnicas, mientras que al Aneto se sube caminando.

Lo que le proponía cambiaba de repente todos los esquemas.

Metí a Marc a hacer una cosa muy aparatosa e impactante que para el chico excedía lo que él sabía que era razonable. Creyó que iría por un sendero y de repente se encontró escalando, cosa que no había hecho en su vida.

Logramos acojonarlo, que es un poco de lo que trata el programa: enseñar la humanidad de las personas. Es bonito verlos reaccionar ante situaciones totalmente nuevas e imprevisibles para ellos y causarles un poco de miedo, cansancio y temor, todo eso en relación con la naturaleza.

Autorretrato

El camino hacia la cima es, como la marcha hacia uno mismo, una ruta en solitario.

ALESSANDRO GOGNA

En este capítulo final voy a hacer una disección de lo que soy y lo que me motiva, entre otras cosas.

Volar a toda costa

Aunque siempre me había apasionado volar, fue en la mili cuando, al ver aquellas avionetas, quedé tan fascinado que me entró la semilla del vuelo y, a partir de ahí, me dije que yo un día pilotaría aeronaves.

Decidí que ese iba a ser otro objetivo en mi vida: aprender a volar y después tener mi propio helicóptero, que utilizamos para los programas.

Procuro gastar poco, lo cual es fácil porque siempre estoy de viaje. Así pude cumplir mi sueño y comprar un helicóptero de segunda mano muy económico. Cuando empezó la última crisis mundial, el primer país rescatado fue Irlanda y, como la situación en ese país estaba mal, se vendían muchas cosas. Allí salió la oportunidad de comprar un helicóptero a un precio imposible en España.

La aeronave no es solo para uso privado: también la utilizamos para trabajar. Ahora mismo, por ejemplo, estamos desmontando todas las puertas para poner una tecnología nueva de giróscopos que nos permita grabar sin que se mueva la cámara.

Empleamos el helicóptero para filmar nuestros programas y para viajar a lugares inaccesibles.

Cuando estudias para ser piloto de aviones, las matemáticas y la física que hay que aprender no son tan complicadas como la gente cree.

Todo está ajustado al entorno del avión, así que la física que se emplea es la de carga y centrado de la aeronave, que es la que explica por qué vuela un avión. Había un montón de cosas que estudiar que me recordaron a mi época de instituto.

Hay otra cosa que es mucho más complicada y engorrosa, el derecho aeronáutico: leyes aeronáuticas nacionales e internacionales que hay que empollar.

Por suerte, cuando leo algo ya no se me olvida nunca más. Por eso puedo leerme un libro y me acuerdo perfectamente de todo. Tengo muy buena memoria: puedo ir años atrás y sigo acordándome.

El humor: mi arma secreta

Yo no soy actor. No hago ficción, ni vengo del mundo del teatro, ni del cine, ni de la televisión. Vengo de la alta montaña.

No sé fingir. Cuando lo hago, soy malo. Lo que ve sobre mí la gente en la tele es una verdad; bueno, una parte de la verdad, ¡una verdad mejorada!, porque en la tele me tengo que cortar. Fuera de ella soy todavía más transgresor.

Como ya he comentado anteriormente, el humor es un arma secreta que lo puede todo.

Cuando me topo con un obstáculo imposible de superar, lo taladro con el humor. Si una vez al año, o un par de ellas, me encuentro en una situación que digo «Hostia, casi nos matamos», incluso en esos momentos en que hemos estado a punto de perder lo más preciado que tenemos, que es la vida, el humor me salva y me ayuda a no cometer más errores.

La risa descarga adrenalina y relaja las equivocaciones que puedan cometerse.

El poder del humor

Desde tiempos remotos, los sabios sabían que el humor puede potenciar la calidad de vida. Los estudios recientes de psiquiatras y psicoterapeutas demuestran que una terapia con humor acelera la recuperación del cuerpo y la mente.

En su artículo «Emociones positivas: humor positivo», los investigadores Carbelo y Jáuregui citan el caso de un terapeuta estadounidense que se enfrentaba a un joven problemático: «Me trajeron al joven Jim por sus malos resultados académicos, sus pequeños hurtos en las tiendas y su hostilidad hacia su familia. Al entrar en la oficina del terapeuta la primera vez, Jim dijo: “Eres el psicólogo más feo que he visto en mi vida”. Brooks rápidamente consideró sus opciones y escogió una que era tanto humorística como desconcertante para su nuevo paciente. ¡Brooks propuso realizar la entrevista desde el armario para que Jim no tuviera que mirarlo! En la segunda sesión procedió de la misma manera, pues a Jim le siguió pareciendo que el terapeuta era feo y le pidió que volviera al armario. Al inicio de la tercera sesión, Jim dijo: “No eres tan feo como creí al inicio. Hoy no hace falta que te metas en el armario”».

También en el ámbito personal el humor puede hacer nuestra vida más sencilla, ya que cambiando la perspectiva se puede conseguir que los obstáculos y los conflictos se disuelvan con facilidad.

Pues tal como dijo Oscar Wilde, la vida es demasiado importante para tomársela en serio. ¡Mejor con un poco de risa!

La guía del miedo

En mi vida, hago lo que hago y he llegado adonde he llegado porque me apasiona, pero también porque he tenido miedo.

El temor me ayuda a encontrar el límite y el control para seguir haciendo lo que me gusta. Porque el miedo es algo que debe existir. La cuestión es cómo modularlo.

Voy avanzando hasta que me detengo, porque esa línea que no debo cruzar me la ha marcado el miedo. Y ahí sé que no debo dar ese paso al abismo que me puede llevar a perderlo todo o a matarme.

El temor te advierte de esa barrera que no hay que cruzar, pero sobre todo de la barrera que no debe llevarte al pánico.

Personalmente creo que sé administrarlo bien y eso me permite hacer todo lo que hago. Quitando mi accidente en Marruecos, que supuso un antes y un después en mi manera de gestionar el riesgo, de mis sesenta expediciones en televisión y otras setenta u ochenta que he hecho en mi vida privada he vuelto sin ningún rasguño, ni una uña congelada, ni nadie que se haya matado a mi lado ni haya tenido un accidente grave.

Soy un obseso de la seguridad.

Yo pienso honestamente que tanto el pánico como la ausencia de temor pueden matarte, mientras que el miedo en sí te protege.

Mis manías

No me gusta que me pregunten cómo estoy o cómo me encuentro cuando estoy enfermo. No quiero hablar de ello: lo que necesito es curarme rápido. Hablar de ello es para mí un síntoma de debilidad. Es absurdo, pero lo siento así. Cuando estás enfermo, te sientes débil, y yo no quiero que nadie detecte esa debilidad, porque de hecho no me siento débil si los demás no me sienten débil.

Si cuando estoy enfermo no me quejo, cuando alguien tenga la intención de venir a quejarse a mí no se atreverá a hacerlo.

Entiendo que hay personas que han podido nacer en lugares tediosos, pero con imaginación se sale de cualquier sitio. Por ejemplo, mi amigo Sonam, del que hablé capítulos atrás, vivía en las montañas del Himalaya perdido y sin ninguna posibilidad, pero tuvo un plan y con esfuerzo logró llevarlo a cabo.

Es más difícil salir adelante en un país del tercer mundo que en España, a pesar de todas las crisis que tengamos. Sigue habiendo más oportunidades aquí y, si no las encuentras, al menos tienes la suerte de haber nacido en un país que te ha dado unas libertades y una educación que no existen en otros lugares. Tienes unas herramientas para poder salir fuera, si es necesario, a buscarte la vida.

A lo mejor es políticamente incorrecto decir que te vayas de tu país, pero, si hay que irse, uno se va y punto.

Todo son ciclos. Nosotros hemos sido emigrantes, luego volvimos y recibimos inmigración, y ahora estamos otra vez en un momento bajo del que iremos saliendo. Hay que entrar y salir de los países y perder el miedo a dar esos pasos.

Afuera, además, se nos valora mucho. En la India, por ejemplo, un arquitecto es muy valorado, o un ingeniero en Chile. Aunque no lo creamos, tenemos muchas capacidades y buena fama fuera de nuestro país, pero si nos asustamos no lograremos dar ningún paso.

Siempre existe la posibilidad de crecerse. Si te dejas arrastrar por el mal hábito de

quejarte, entrarás en un camino erróneo para conseguir cosas. Quejarte no resuelve nada, mientras que el buen humor y una mentalidad de acción sí que lo consiguen.

Superar los propios límites

A veces nuestros sueños parecen estar en lo alto de una montaña tan alta que pensamos que resultará imposible llegar a esa cumbre. O incluso si empezamos el ascenso, las dificultades nos llevan a detenernos en algún punto a medio camino porque nos sentimos exhaustos. Y abandonamos.

Sin embargo, es un hecho que el ser humano siempre puede superar sus propios límites, y que para ello hay que hacer de nuestra mente una aliada para avanzar por el camino hacia el éxito.

Un buen ejemplo de ello es el nadador Michael Phelps, que empezó a nadar siendo un niño cuando le diagnosticaron problemas de falta de atención e hiperactividad. En su libro *Sin límites: cómo superar los obstáculos y lograr tus sueños* habla de las dificultades personales y deportivas que él mismo tuvo que afrontar antes de lograr el éxito.

«Mi entrenador me enseñó que nada es imposible y que, por lo tanto, tienes que soñar a lo grande. Por el camino, sea cual sea tu meta, habrá gente que te diga que dejes de soñar; pero solo hay que echarle imaginación. Las ganas de triunfar lo son todo —asegura Phelps y añade—: Porque créeme, verdaderamente los sueños pueden hacerse realidad. Con trabajo duro, con fe y con confianza en ti mismo y en los tuyos, no hay límites.»

Un héroe de infancia

Recuerdo al trampero Georg Hoffer, de Canadá, como una de las personas que más me han marcado en la vida. Salió en un reportaje de Félix Rodríguez de la Fuente. Aquel hombre vivía de la naturaleza, junto a un lago en una cabaña, y pescaba en una canoa de piel que se había fabricado él mismo. Era un tipo que vivía en el siglo XX pero parecía un personaje de los cuentos de Jack London. Ya de pequeño, decidí que iba a ser como el trampero. De hecho, mi vida es un poco paralela a la de aquel tipo.

A Rodríguez de la Fuente y a aquel programón les debo buena parte de quien soy. Desde que vimos ese programa en casa, mis padres empezaron a sacarnos a la naturaleza todos los fines de semana para que fuera entrando en nosotros su esencia. *El hombre y la Tierra* fue mi guía, mi enciclopedia; Rodríguez de la Fuente fue mi maestro y mi segundo padre. Me guió y me instruyó en cómo tenía que salir a la naturaleza, en la importancia de comprender a los animales y a su entorno.

Libros y películas que han marcado mi vida

De joven me encantaban todos los libros que hablaban de exploración. Desde la

conquista del Polo Norte por Robert Peary hasta la conquista del Polo Sur, o la epopeya de la supervivencia de Shackleton, todos estos eran mis libros de cabecera.

Me fascinaba la exploración en todas sus facetas. Todo lo relacionado con la conquista de la Luna por Armstrong o con cualquier otra cosa que antes no se hubiera hecho.

La novela de ciencia ficción también me gustaba mucho. Me tragué todo Isaac Asimov, que me pareció un visionario porque muchas cosas de sus novelas se han convertido en realidad. Los divulgadores científicos como Carl Sagan también me gustaban mucho. Y Julio Verne fue el inspirador de mis cuentos.

De niño escribí un cuento que se llamaba «Argo Topotierra». Argo venía de un pueblo que se llama Argoviejo, y era un topo que se incrustaba en la Tierra. Para ello utilizaba un vehículo pilotado por una serie de personajes que describía en el cuento, y que en realidad éramos unos amigos míos y yo.

Después de leer el libro *Viaje al centro de la Tierra*, elaboré mi versión técnica de cómo se podría llegar al centro de la Tierra.

Entre los programas de televisión, me encantaban los documentales de Cousteau, que mostraban el mundo submarino que luego he explorado.

El ingrediente básico

Los pasos en la vida hay que darlos cuando estás convencido de ello. En el mal llamado primer mundo, parece que cuando naces ya se esperan de ti cosas que tienes que ejecutar. Básicamente todo gira en torno al trabajo, para que seas un hombre o mujer «de provecho», que te asegures una buena vida, una familia y una buena vejez.

Al final me he dado cuenta de que el sueño americano o la vida europea tienen infinidad de fisuras. Y hay un error de bulto: en esa fórmula de vida no metemos el ingrediente de la felicidad.

Por eso no creo que, en general, la gente sea muy feliz. Un tío al que le pagan mil euros por pelearse en la carretera con su furgoneta vendiendo lo que sea, y además en la situación económica en la que nos encontramos, no creo que se sienta en un mundo ideal.

En mis encierros hay una constante que se repite y que nunca falla y es la búsqueda de la felicidad. Ese es mi objetivo final y toda una actitud de vida. En ocasiones la felicidad te la da un negocio, generar una idea brillante, o bien tener poco dinero pero estar en un valle en mitad del Himalaya escuchando al amigo sherpa explicar historias de yetis o de cómo conoció a su mujer, mientras planeamos la próxima escalada a un gran ochomil.

Esos momentos pueden llevar una carga de felicidad mucho más grande y positiva que perseguir la estabilidad del futuro. La obsesión por el futuro no nos permite disfrutar del presente. Nos preocupa más lo que pasará en nuestra tercera fase de vida que lo que vivimos ahora. Y yo me digo: ¡disfruta del presente! Los pasos para el futuro ya los darás.

Cuestionario Proust

Hace poco un periodista me pasó algunas preguntas del cuestionario que había

contestado en su época Marcel Proust, el autor de *En busca del tiempo perdido*, junto con otras nuevas. Las reproduzco aquí porque, además de incluir algunas curiosidades, me hicieron reflexionar sobre cosas que considero importantes:

¿Cuál es tu mayor temor?

La muerte: me parece absurda. Intento consolarme con la idea budista de que me voy a reencarnar.

¿Cuál es el principal rasgo de tu carácter?

La transgresión.

¿Cuál es la cualidad que más aprecias en una persona?

La lealtad, sin ningún tipo de duda.

¿Cuál crees que es tu principal defecto?

El exceso de rebeldía y tozudez. Me gusta controlarlo absolutamente todo. Entiendo que no se puede estar siempre en posesión de la razón, pero cuando alguien me la quita me fastidia muchísimo. Me cuesta negociar. En mis encierros soy muy analítico y, cuando luego alguien me contradice, después de lo que me ha costado llegar al punto en cuestión, me enfado mucho. Soy demasiado intransigente en ese sentido.

¿Cuál es tu ocupación favorita?

Explorar el mundo. Creo que la figura del explorador murió cuando se descubrieron los grandes continentes, se conquistaron los polos, se llegó a la Luna... Como estamos en un mundo de velocidad y tecnología, hemos matado esa figura que creo que debería seguir existiendo porque es, en realidad, la que nos ha llevado donde estamos.

¿Cuál es tu idea de la felicidad completa?

Cuando todo está en equilibrio. Cuando mi familia está bien y no existen problemas graves y puedo estar en cualquier lugar del mundo viviendo cada segundo con la máxima intensidad, con una aventura, una meta y mi equipo.

Si no fueses Jesús Calleja, ¿qué personaje te gustaría ser?

Pues sin ninguna duda me hubiera gustado ser Neil Armstrong y pisar la Luna.

¿En qué otro lugar del mundo vivirías?

En Nepal. Probablemente en el entorno de Katmandú, en un lugar que me permitiera ver la ciudad y desde donde pudiera llegar rápido a todas partes. Eso es fácil en Nepal, porque es muy pequeño.

¿Tu color favorito?

El azul turquesa y el azul celeste. Pero el que me da tranquilidad y no me distorsiona es el no color, el blanco.

¿Flor favorita?

El rododendro. Es la flor nacional de Nepal y puede medir hasta un metro, formando como una cascada que cuelga de los árboles y que parece salida de un bosque de

hadas. Cuando florece en mayo en Nepal, los bosques se convierten en lo más hermoso que se puede ver. No dejan de sorprenderme.

¿Animal favorito?

Encuentro que la pantera negra es perfecta. Es un animal que expresa la pureza de las formas y del color.

¿Cuál es tu héroe de ficción?

No tengo ninguno, pero, si tengo que escoger, el que verdaderamente me gusta más es Tintín.

¿Algún disco que haya marcado tu vida?

Como la música va por etapas de la vida, cuando empecé a escalar y a descubrir otros lugares fuera de España, oía discos de la movida madrileña. Luego me encantaban La Polla Records y Kortatu. Después me he ido estabilizando y lo que me gusta hoy es el rock y el pop, y mi grupo favorito es The White Stripes.

¿Algún pintor?

Me encanta Van Gogh por ser un transgresor en su época. Dalí también me gusta mucho.

¿Alguien que te haya impresionado por su ideología o coherencia?

Mahatma Gandhi y el dalái lama, sin ninguna duda. Son los dos personajes de los que más he leído. Para mí son líderes porque arrastraron al pueblo entero, que los sigue queriendo, y han logrado cambiar la vida de millones de personas desde la no violencia.

¿Comida favorita?

No tengo un plato favorito, pero me encantan las alcachofas. Si hay un plato que las lleve, me quedo con ese.

¿Bebida?

El agua con gas.

¿Nombre favorito de hombre?

Karma Kalsang Gyurme: me encantó que me pusieran ese nombre.

¿Peor defecto de una persona?

El cinismo. Que te digan una cosa y luego cuenten cualquier otra por ahí.

¿Cómo te gustaría morir?

No lo he pensado, pero posiblemente soñando.

¿Cómo defines tu estado de espíritu?

Ahora mismo estoy muy equilibrado, probablemente en el mejor momento de mi vida.

¿Tu lema?

Después de «Que me quiten lo bailao», mi lema es lo que he hecho a lo largo de toda mi existencia: «Si no te gusta tu vida, ¡cámbiala!».

¡Buen viaje!

La vida está llena de altibajos, accidentes y sorpresas. Tal vez en tu camino descubras que lo que parecía difícil está resultando fácil, mientras que aquello que iba a ser sencillo se complica de repente.

Esa es la magia de la vida.

¿Qué sería de la aventura sin imprevistos?

Gracias por acompañarme hasta aquí, por latir y sufrir conmigo, por reflexionar y trazar planes. Si este libro, además de entretenerte y hacerte viajar, ha servido para que pongas en marcha tu sueño, tu objetivo, me sentiré más que orgulloso.

¡Un abrazo y buen viaje!

Agradecimientos

Es justo ser agradecidos, porque, en los avatares de la vida, los amigos y la familia son las piedras angulares que lo determinan todo. Sin ellos nunca habría nada para disfrutar: por encima de viajes, experiencias y aventuras están ellos, las personas que quiero y que me dan la felicidad más grande.

Hago amigos por todos los lugares del planeta, pero hay un puñado de ellos que son insustituibles. Son mi pandilla de toda la vida, y ni que decir tiene mis padres y mi hermano.

Quiero terminar este libro dando las gracias sobre todo a mi hermano Kike Calleja, que me ha acompañado a muchas de las expediciones y me aporta una serenidad que me cuesta alcanzar. Me muero de la risa con su humor inglés y, de paso, quiero decir públicamente que en gran medida gracias a Kike escalé el Everest. Cuando casi todo el mundo había tirado la toalla y abandonado las expediciones, yo me quedé. Aún recuerdo sus gritos por el teléfono satélite para convencerme cuando también yo estaba decidido a cancelar mi escalada. Kike siempre está ahí, muchas veces injustamente en la sombra, pero sé que siempre está conmigo y jamás protesta por nada. Es la persona que más admiro de este mundo, así que GRACIAS, HERMANO.

Sin duda, mis padres han sido los pilares maestros de mi vida: a ellos les debo todo. Ahora procuro pasar el mayor tiempo posible con ellos, porque no hay nada más reconfortante que el cariño de tus padres.

A Ganesh, mi hijo. Sobre él sobran las palabras.

A mis queridos Suresh y Sundari.

Aunque suene a frase hecha, hay tanta gente, sobre todo amigos, a los que quería darles las gracias, que simplemente no caben en este libro. Por eso nombraré a los que están presentes en mi vida casi diaria. Es mi pandilla, la de toda la vida. Solo pido que el resto de mis amigos, que son muchos, no se ofendan si no se ven en esta lista: estáis todos en mi corazón.

A José Díez, gracias por su incondicional lealtad y paciencia.

A María Ruiz ya os la presenté en el libro. Es mi amigasocia-hermana adoptada...; me ha guiado por los abismos y las cimas de la televisión con total pericia y generosidad. Desde aquí mi agradecimiento a una de las personas más sorprendentes que he conocido. Juntos nos divertimos, y mucho, diseñando y llevando a buen puerto increíbles proyectos en la televisión. María, ¡millones de gracias por tu amistad!

A Mila: somos amigos inseparables y siempre tiene un buen consejo para mí.

A Jesús López. Nos conocimos en la mili y es como mi hermano: no hay detalle de mi vida que no conozca.

A Manuel Caballero, mi inspirador y motivador indiscutible en cualquier disciplina deportiva. Con él he alcanzado mi máximo nivel como alpinista y con él vivo un bonito y continuo «pique» deportivo.

A Fernando López. Nunca me he reído tanto como con él, y quiero darle las gracias por todo lo que hemos pasado juntos, tanto en el trabajo como en el deporte.

A Roberto de Paz, risa y deporte siempre juntos y buena gente donde la haya. Con él, que ha colaborado en «Desafío Extremo», he hecho expediciones muy potentes.

A Jesús Silvano, fiel amigo de la pandilla con el que paso largas horas charlando mientras entrenamos.

A Aparicio, el más sosegado de los nuestros que siempre quiere escalar, pero no le hables de correr.

A Urdiales, inventor y optimista.

A Nacho, el detallista y el *gentleman* de la pandilla. Me ayudó mucho con lo de Zapatero, pues son familia.

A Cesaroto, al que llamamos así porque es el bruto de la pandilla: el Supermúsculos, aunque es muy inteligente. También colaboró en «Desafío Aspirantes».

A Toni y Lita: no hay un segundo que estemos juntos que no nos partamos de la risa mientras entrenamos muy duro y con disciplina.

A Álvaro: somos amigos inseparables desde la niñez.

A Javi Rivas, un líder nato siempre cargado de ideas.

A Emilio Valdés, mi amigo desde la infancia y el cámara que siempre ha estado a mi lado filmando los programas. Millones de gracias, amigo.

A Toño, un fiel amigo.

A las esposas y parejas de todos estos compañeros de vida, por aguantar nuestras aventuras.

A Phuntchok, que vive en el Himalaya y me enseñó y me sigue enseñando los rincones más excitantes de su tierra. Somos amigos inseparables.

A todos mis amigos nepalíes y *sherpas*, especialmente a Pasang y Chiring, aunque merece mención especial mi amigo Sonam, fuente de inspiración continua para mí por sus brillantes y transgresoras ideas; y también a su hijo Nanmgial, fiel heredero del conocimiento de su padre.

A Jesús Romo y Adolfo Aguayo, que me enseñaron a profesionalizar mis aficiones.

A Juan Vicente Herrera; todo empezó contigo, amigo.

En el ámbito de la televisión, les debo todo a David Alonso, Elena Sánchez, Daniel Gabela y Paolo Vasile, por su valentía al creer en mí y por su apoyo incondicional.

A mis compañeros de Zanskar: Gabriela, Dani, Sonia, Cristina, Bengi, Álex y todos los demás.

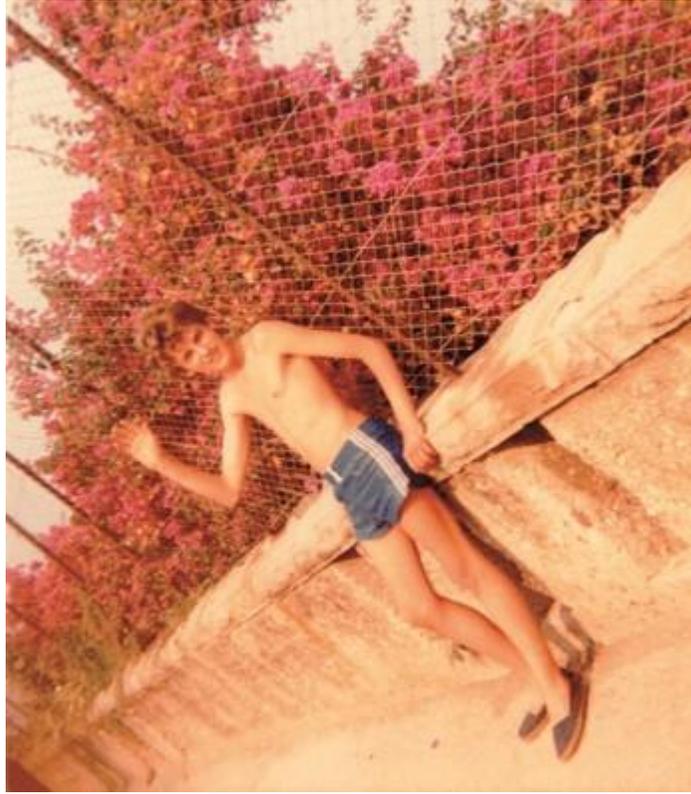
Quiero cerrar esta exaltación de la amistad celebrando los momentos de emoción y de risa que nos quedan por disfrutar juntos en el futuro.



Mi afición desde niño: escalar los árboles.



En el molino de mi abuela, con mis hermanos.



Vacaciones en coche por Europa.



En la peluquería de León.



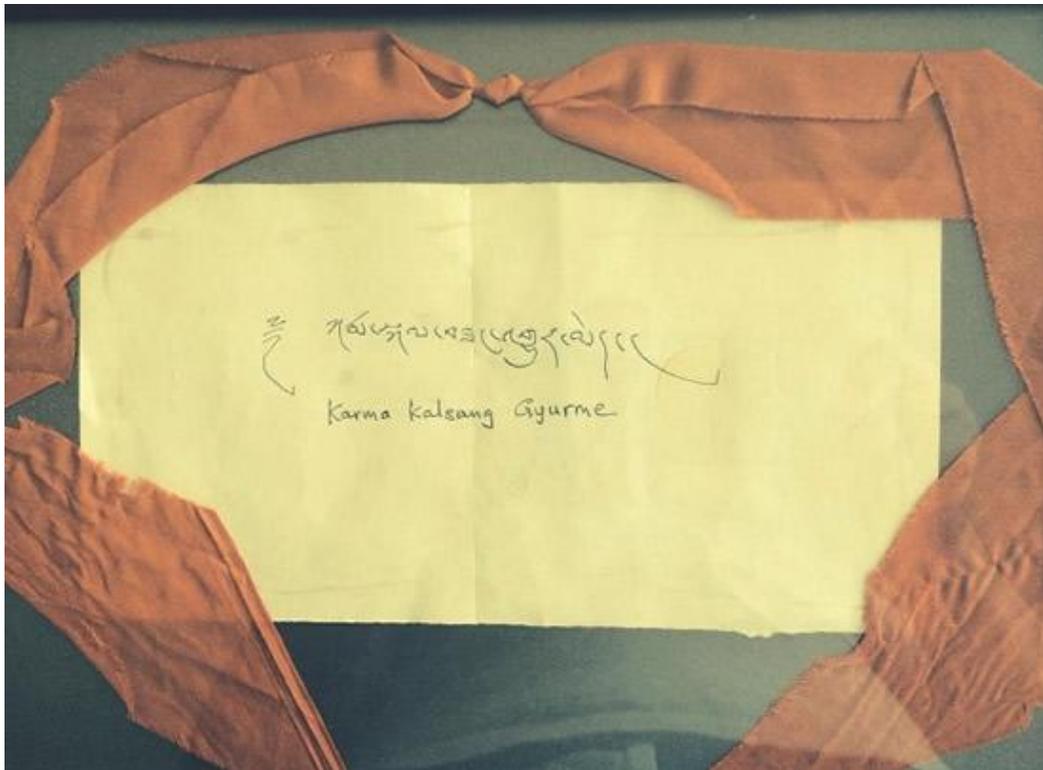
En la mili.



Un descanso en la travesía del río Zanskar.



Conviviendo con una familia zanskarí.



Mi nuevo nombre, dado por el *karmapa*.



En la cima del Cho Oyu, mi primer ochomil.



La última arista antes de llegar a la cima de la montaña más alta, el Everest.



El momento más emocionante de mi vida, en la cumbre del Everest.



En el Rally de los Faraones, con la muñeca y el hombro vendados.



Dunas en el desierto Blanco de Egipto, en el Rally de los Faraones.



Con mi amiga y socia María Ruiz en el Kilimanjaro.



En el volcán Nyamulagira, en el Congo.



Foto de familia en la boda de Suresh.



Subido al mástil, navegando hacia la Antártida.



Arrastrando el famoso trineo-canoa de Larramendi, con ochenta kilos de peso.



En el Polo Norte se congelan hasta las pestañas.



Sobre una mula, hacia el Aconcagua.



Momento mágico con los pingüinos emperador.



Una noche en las hamacas con mi hermano Kike, en el rodaje de «Desafío en el Abismo».



En Wadi Rum, Jordania, con mi amigo el cámara Emilio Valdés.



Descendiendo la sima más profunda del mundo, Krúbera-Voronya, en Abjasia.



Agotado tras salir de la sima Krúbera-Voronya.



En el insólito rodaje con el presidente Zapatero.



José Mota descubre conmigo el Ártico.



Con José Coronado y su hijo Nicolás en Katmandú.



Marc Márquez se entrena conmigo en «Planeta Calleja», en los Pirineos.



En el monte Cervino con Santi Millán.



Celebrando la cumbre del monte Cervino con Santi Millán, Emilio y Kike.



Dani Rovira descubre la pared que está a punto de escalar, en Krabi, Tailandia.



Si no te gusta tu vida, cámbiala. Yo lo hice.

Si no te gusta tu vida, ¡cámbiala!

Jesús Calleja

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta

© de las fotografías de la portada, Sung-II Kim / Corbis / Cordon Press y archivo del autor

© de las fotografías del interior, archivo del autor

© Jesús González Calleja, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2014

ISBN: 978-84-08-13288-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com